

ENTRE FRONTERAS

Una novela que se sumerge en el drama
de los inmigrantes peruanos en Chile

ALFREDO GAETE BRISEÑO

Aguja Literaria

ENTRE
FRONTERAS

Alfredo Gaete Briseño

ENTRE
FRONTERAS

Aguja Literaria

TERCERA EDICIÓN

14 de febrero del 2016

Editado por Aguja Literaria

Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago de Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: aguja-literaria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página Facebook: Aguja Literaria

ISBN-13: 978-1530060085

ISBN-10: 1530060087

N° INSCRIPCIÓN: 118.475

DERECHOS RESERVADOS

Oscar Alfredo Gaete Briseño

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

DISEÑO DE TAPAS

Josefina Gaete Silva

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco a los inmigrantes peruanos que acogieron mis inquietudes, pues su valioso aporte permitió que mi investigación fuera fructífera.

A Isabel, quien me animó a entrar en esta feliz aventura.

A mi madre (Q.E.P.D.), involucrada en este proyecto con una fe y una generosidad tan grandes que resultan imposibles de calcular.

A Carmen Gloria, cuyas sugerencias me permitieron modelar mejor el cuerpo de esta novela.

A Josefina, por sus recomendaciones a la 1ª edición, y su apoyo en esta publicación.

A Cristián, por sus acertados comentarios.

A Joaquín, por la importante información que aportó.

A Alfredo, porque desde la distancia percibo sus buenas vibraciones.

A esos amigos y amigas que están siempre presentes.

A todos, deseo representarlos en una muchacha peruana, quien a través de su tiempo, su afecto y su extraordinaria disposición, me introdujo en aquel mundo:

¡Gracias, July!

*“Todos los seres humanos
nacen libres e iguales en dignidad y derechos
y, dotados como están de razón y conciencia,
deben comportarse fraternalmente
los unos con los otros”.*

*Declaración de Derechos Humanos
ONU, 1948*

Contenido

CAPÍTULO I
REENCUENTRO CON ELISA

CAPÍTULO II
LO QUE LUCRECIA NUNCA CONTÓ

CAPÍTULO III
DECEPCIONES

CAPÍTULO IV
UNA HISTORIA DIFÍCIL DE OLVIDAR

CAPÍTULO V
ENFRENTADO A LA SEGREGACIÓN

CAPÍTULO VI
SUCEDIÓ EN HUARAL

CAPÍTULO VII
CHILE, TIERRA DEL DINERO FÁCIL

CAPÍTULO VIII
ENTRE EL HOSPITAL Y LA CALLE

CAPÍTULO IX
LUCRECIA, EN COMPÁS DE ESPERA

CAPÍTULO X
NÉSIDA Y LUCRECIA, EMIGRANTES

CAPÍTULO XI
CAMINO A SANTIAGO DE CHILE

CAPÍTULO XII
ENTRE RECUERDOS

CAPÍTULO XIII
UNA BUENA RAZÓN PARA VIVIR

CAPÍTULO XIV
EN BUSCA DE NUEVOS HORIZONTES

CAPÍTULO XV
EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS

CAPÍTULO XVI
DE VUELTA EN LA PLAZA

CAPÍTULO XVII
UNA APARICIÓN DESASTROSA

CAPÍTULO XVIII
NÉSIDA, SAMUEL... Y ANITA

CAPÍTULO XIX
UN ESCRITOR ENTRE FRONTERAS

CAPÍTULO I

REENCUENTRO CON ELISA

–Está bien, de acuerdo, me has convencido. Buscaré la forma de ayudarte.

Aquella afirmación resonará para siempre en mi mente. No deja de asombrarme cómo mi desesperación influyó tanto para conseguir de Elisa, la famosa editora que asegura el éxito, aquel favor.

No fue fácil lograr la primera entrevista. Su secretaria resultó imposible de traspasar: atenta, más bien encantadora, aleccionada para deshacerse de uno sin sacar ronchas, demostró ser de una eficacia insoportable. Acostumbrada a intermediar entre las llamadas telefónicas y Elisa, sobre todo las de los escritores que la buscan desesperados por conseguir aunque sea unos pocos minutos de su atención, sabe a la perfección cuales son las que pueden pasar.

Así, por teléfono me fue imposible acceder a ella. Mi ego lo hubiera agradecido, pero sin duda yo no estaba en la lista de los afortunados.

La obsesión por hablarle me condujo hasta su lugar de trabajo, y enfrentado a su secretaria, me pregunté en qué maldito momento había tomado la ridícula decisión de ir. Su amabilidad fue la misma que por el auricular, y luego de registrar mi nombre y teléfono, se comprometió a comunicarse conmigo apenas pudiera concertar mi anhelada entrevista.

Me sentí tonto, parado ahí, a sabiendas de ser imposible un buen resultado. Tuve deseos de acercarme a la puerta de su despacho, y contra toda norma de urbanidad, abrirla y exigir una entrevista, de inmediato, sin importar con quién estuviera reunida, si es que había alguien. Pero dudé y recapacité, era una idea demasiado estúpida, de modo que agradecí a la secretaria su gentileza y di la vuelta para retirarme a esperar una llamada que de seguro nunca recibiría.

No se me pasó por la mente, al girar, encontrarme con ella de frente.

–¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? –Había olvidado por completo ese modo condescendiente que me resultaba insoportable, adquirido a medida que subía uno a uno los peldaños de la escalera del éxito, sin dar un solo paso en falso.

–Quisiera hablar contigo unos minutos... si los tienes, por supuesto. –La timidez con que hablé me hizo sentir avergonzado, sobre todo al recibir su respuesta, impregnada en una calidez propia de quien ha conseguido una equilibrada seguridad en sí misma.

–Pero por supuesto, ven, entremos a mi oficina. –Dirigió la mirada hacia su secretaria–. Ya sabes, Fernanda, no me pases llamadas.

Por instantes, tanta amabilidad me hizo sentir que aquella Fernanda era una inútil que jamás le había dado mis mensajes, pero de inmediato recapacité: su obligación era defender los deseos de negativa provenientes de la jefa, ocupándose de que nunca alguien pudiera percibir desprecio.

–Gracias. –La seguí hasta su despacho, una cálida habitación rodeada de ventanales, ambientada con muebles Reina Ana en caoba, frágiles en apariencia, igual que su figura. Observé la pulcritud y el orden: cada cosa en su lugar.

Recordé la primera vez que entré allí. Recién contratada por la editorial como editora, me fue presentada para ocuparse de mis asuntos. En silencio, durante algunos instantes, su mirada recorrió mi figura del pelo a los pies. De aquello a su apartamento en avenida Providencia, mediaron solo un par de reuniones. Cualquier mujer, en la actividad que fuera, hubiera querido coquetear, y en lo posible acostarse, con aquel escritor considerado “el hombre del siglo” por la crítica feminista.

Me pareció bien trabajar con ella y a la vez gozar de una intimidad que mientras duró, fue encantadora. Pero los tiempos cambiaron...

Observé, a través del grueso ventanal, el atascamiento de vehículos y la gran cantidad de peatones que circulaban por la vereda de enfrente. Por enésima vez me pregunté qué había ocurrido conmigo, dónde estaba el exitoso escritor capaz de dar vida nueva a quien se le ocurriera tomar en sus manos uno de sus libros de crecimiento personal, o como ahora le dicen, autoayuda. Hojearlo era suficiente aliciente para no soltarlo y hurgar en las librerías hasta encontrar otro, del mismo autor, y tener más capítulos llenos de mensajes para leer y repasar una y otra vez.

Pero los tiempos cambiaron y gasté mis fondos, mientras pensaba que serían eternos.

–Te has perdido durante mucho tiempo, y... no se te ve bien. ¿Qué te ha sucedido?

–Tú lo sabes, Elisa, me abandonaste, y...

–¡Ya, por favor no empecemos con eso! Los humos se te subieron a la cabeza, enloqueciste con todas las ofertas que otras mujeres más atractivas que yo te hicieron, y terminaste por creerte eso de que el éxito, una vez que se consigue, es eterno. Y ya ves... no siempre.

A pesar de la instrucción dada a su secretaria para no ser molestados, era evidente que en cualquier momento podía entrar con algo urgente que le permitiera deshacerse de mí, de modo que decidí no andar con rodeos.

–Ayúdame, tú puedes hacerme resucitar.

–Gracias, me halagas, pero no es tan fácil.

–Pero tú, si te lo propones, puedes. Te necesito, Elisa, y reconozco que sin ti valgo la nada misma. Ya que nuestra relación afectiva parece no tener destino, lo que por supuesto lamento, y al mismo tiempo respeto, te ruego al menos que no cortes el lazo profesional. Recuerda que fui yo quien te llevó al estrellato, es tu oportunidad para devolverme la mano.

–Nunca he olvidado eso, pero tampoco el daño que me hiciste después... Déjame pensarlo, no sé si sea conveniente que tú y yo volvamos a involucrarnos.

–Pero será solo una relación profesional.

–Conoces igual que yo la falsedad de esa afirmación. Me mantiene alejada de ti el recuerdo, y tú te has hundido en tu decadencia, pero somos seres vulnerables: superada mi rabia y tú otra vez en las tablas, seremos como la miel para la abeja.

–Y eso, ¿te parece tan malo?

–Sí, porque ya una vez se convirtió la abeja en mosca y...

–¿Y?

–Pues, y la miel en... ¿Necesitas que termine la frase?

Sentí un golpe bajo y la obligación de congraciarme.

–Como has dicho, somos seres vulnerables. La fama me puso ciego, te perdí y me arrepiento. No fui consecuente conmigo, me desintegré no sé en qué momento y creo haber pagado con creces. Mira el estado en que me encuentro, y así, como alguna vez te alumbré el camino, puedes darte el lujo de hacerlo al revés.

–¿El lujo? No has cambiado mucho, ¿eh?

–Lo sé: *Genio y figura hasta la sepultura*; sin embargo, no es tan malo que sea como soy, ¿no te parece?

Elisa arqueó las cejas, indicando un grado de desconcierto.

–Quiero decir que en el estado en que me encuentro, ser así es lo poco que me mantiene en pie.

Calló durante un rato. Hice un esfuerzo para no cortar esa pausa, hasta que ella decidiera hacerlo.

–No lo sé, déjame pensarlo.

Otro silencio inundó el lugar. Me pareció indecisa y de nuevo le permití un espacio de tiempo para ordenar sus pensamientos. Su rostro se mostró más relajado y tuve la sensación de haber logrado influir en sus sentimientos.

–Está bien, de acuerdo, me has convencido... creo tener una buena idea.

No interrumpí.

–La editorial está interesada en un tema que podría ser un buen conducto para devolverte la figuración que tanto deseas: la inmigración de peruanos en Chile... Más bien, de peruanas. Hazme una novela entretenida, al límite, y te la publico.

Quedé perplejo. “¿Es la mejor manera de vengarse que se le puede ocurrir?”

–Tú sabes que esa no es mi línea, Elisa, ¿qué pretendes?

–Me has dicho que deseas ser resucitado, ¿no?

Asentí con la cabeza.

–Bien, entonces necesitamos lograr algo que venda.

–Pero las personas, en especial las mujeres, engulleron mis libros.

–Engulleron, sí, tres libros, pero eso es pasado. Escribiste tres libros diciendo lo mismo y no te importó, ¿por qué ahora te pones tan quisquilloso? Revivirte no será fácil y el camino, obviamente, no es publicar el cuarto: ese tema se te agotó. Debemos entregar a tus lectoras algo renovado: ¡Ahora, novelista! ¿Cómo te suena? ¡El escritor de los sueños de oro, rompe los esquemas: en lugar de salvar a las personas, ahora las destruye! Tiene que ser algo así, un impacto. Suena bien, ¿no te parece? Me gusta la idea, ese libro sí será devorado, y debemos dar en el clavo para conseguir continuidad, porque si no gustas, te mueres... y créeme que para siempre.

–Me parece detestable, aparte de ser una novela...

–¡Sí, detestable! Pues más que mejor, y debe ser un verdadero golpe. ¡Al límite!, como te acabo de decir, para que dé mucho sobre qué hablar. Una historia verdadera, cruenta, que lleve al lector hasta el último rincón de los personajes. Seres sacados de la vida real, trabajados para que suden patetismo. Y lo que no consigas, invéntalo, pero que sea fuerte, hasta llegar al borde de lo creíble. Tus lectoras han olvidado su lealtad hacia ti. ¡Las despertaremos! Será un escándalo para ellas, el más encantador de los escándalos. Ya tendrás tiempo de justificarte ante los medios de comunicación: televisión, radio, revistas... Ya armaremos algo.

–¿Y sobre peruanos?, ¿si nada sé de ellos? ¿No te parece pedirme demasiado? Ni siquiera he ido a ese país, y con el estado de mis finanzas las posibilidades de viajar son nulas. Creo que en verdad me estás tomando el pelo.

–Tal vez sea mejor que no los conozcas. Podrás evaluarlos con absoluta imparcialidad, míralo desde ese punto de vista y te parecerá una gran ventaja. Su risa apareció de improviso para sellar sus palabras, poniéndome los pelos de punta. En verdad estaba cambiada, sin duda no era la mujer que alguna vez conocí. Su largo rostro pálido, apenas delineados los ojos bajo esas cejas casi tan oscuras como el pelo liso que le caía sobre los hombros, le daban una expresión diferente, y su voz, otrora tímida, estaba repleta de mordacidad.

Yo no podía estar de acuerdo con aquella locura, me parecía una manipulación grotesca a mis lectoras, y por supuesto hacia mí mismo, pero me mantuve en silencio. Era una buena oportunidad para volver a brillar y no quise espantarla. Por eso, decidí darme un tiempo para pensar.

–Definitivamente, me pides algo que no sé si estoy dispuesto a hacer, aparte de tampoco saber si soy capaz... Déjame pensarlo, dame unos días.

Entornó los ojos, centrados en mí, como si con ellos fuera a lanzarme un dardo.

–¡No, olvídale entonces! Debo trabajar el tema de los peruanos cuanto antes y tengo otro escritor en mente, sin tus escrúpulos. Tal vez tengas razón y no seas el indicado. Estás pegado en eso del crecimiento personal, que no calentará a nadie. Lo siento, no fue una buena idea... Lo lamento. –Hizo el amago de enseñarme la puerta. Al menos yo lo interpreté así. Su semblante se había endurecido y sus palabras sonaban tan categóricas...

–¡Espera, creo que no me has entendido!

Levantó la ceja del ojo derecho y su cara tomó una encantadora expresión de curiosidad. Tuve que contenerme para no abrazarla. El corazón me saltaba y no era capaz de coordinar las ideas. Deseé retroceder algunos instantes en el tiempo y retomar el hilo antes de plantear mi escepticismo.

Sus ojos, un tanto alargados por el delineador, se agrandaron. Estaba parada junto a la puerta, con la mano en la manilla.

–*Genio y figura hasta la sepultura*, querido. Creo que nunca cambiarás. Has venido casi arrastrándote, y de pronto, determinas poner condiciones. Es que no puedes ser tan arrogante y desubicado. ¿Te das cuenta? Tienes la tupé de pedirme que me siente a esperar hasta que se te de la gana tomar una decisión...

–No, Elisa, es que no has entendido. Me expresé mal, escúchame por favor.

Alzó su ceja y la encantadora expresión de curiosidad regresó a su rostro.

Me sentía atrapado, era todo o nada. Tuve la sensación de que jugaba, pero tal vez era efectivo que tuviera a otro para encargar el trabajo. Probablemente lo tenía. Creí leer en su mirada sus pensamientos: “Quiero una respuesta y ahora, ¡ya!”

–Sabes que mi tiempo es valioso y no estoy dispuesta a perderlo de esta manera, has venido por una oportunidad y aquí la tienes: tómala o déjala.

Durante toda mi vida estudié, practiqué y defendí los valores y principios que permiten el equilibrio en los seres humanos y su interacción eficaz, y en ese momento tuve que escoger entre continuar mi camino en el anonimato o renegar de aquello para recobrar el poder que dan la fama y el dinero. Entonces, sucumbí. En sus ojos aprecié el brillo producido por el placer que sintió. Su venganza era perfecta.

Durante los días que siguieron investigué, y perfilé la historia de acuerdo a las exigencias de mi editora: detestable, cruenta, escandalosa.

CAPÍTULO II

LO QUE LUCRECIA NUNCA CONTÓ

De improviso, Lucrecia sintió un apretón en la muñeca. A su lado percibió una figura que le pareció alta y corpulenta. No alcanzó a captar más, pues el desconcierto la hizo perder por unos segundos la orientación. La mano que le apretaba la retiró de la fila que hacía frente a la ventanilla de extranjería y migración, para conducirla deprisa, en absoluto silencio, hasta una puerta que se cerró apenas entraron a un cuarto de tamaño regular, sin ventanas, amoblado con una pequeña mesa entre dos sillas, y decorado con algunos carteles de publicidad en contra de las drogas, una foto del primer mandatario con la banda presidencial cruzada, y más carteles.

Le tomó unos minutos adquirir plena conciencia de lo que ocurría.

El desconocido soltó su muñeca, y lo vio correr el cerrojo. Asustada, observó su dedo indicar hacia uno de los asientos.

—¡Siéntate!

Él lo hizo del otro lado y esbozó una sonrisa que a ella le pareció repleta de satisfacción. La observaba a los ojos con tanta fuerza, que la obligó a inclinar la cabeza, dejando al descubierto su vulnerabilidad.

—Así que de matute, ¿ah?

Sobresaltada, levantó la cara, y al sentirse penetrada por su mirada, la volvió a bajar.

La sonrisa desapareció del rostro del tipo, y se puso de pie. Contorneó la mesa y se sentó ante ella, sobre la cubierta, a escasos centímetros. No se molestó en presentarse ni le pidió su nombre. Su voz ronca se apresuró, haciéndole sentir que no tenía todo el tiempo del mundo.

—A ver, avancemos con esto... ¿Me pasas la mercadería o prefieres que te meta las manos?

Aunque las circunstancias eran obvias, recién en esos momentos, trémula, Lucrecia comprendió el embrollo en que se hallaba.

Su primer impulso fue gritar para que alguien la socorriera, pues no dudó acerca de la ilegalidad de aquella situación. “¿No debiera ser una mujer? ¿Por qué un tipo? ¿Cómo se permite...?” Sus pensamientos dieron paso a la cordura, que ahogó el grito en su garganta; le pareció que llamar la atención terminaría siendo para ella un pésimo negocio. “Mientras no involucre a más gente, podré convencerlo para que se apiade y me deje ir, aunque deba pagarle algunos dólares”.

El hombre se dejó caer de la cubierta y dirigió su mirada al escote.

—¿Sacas tú el matute, o lo hago yo? ¿O prefieres gritar para que todo el mundo se entere?

Lucrecia se sintió atrapada, pero no se atrevió a ofrecerle dinero y optó por obedecer. Sus pechos percibieron su mano fría, húmeda por el sudor. Se sintió apabullada ante aquella mirada asediadora, en la que volvió a leer una evidente sensación de placer. Escarbó en el interior del sostén y sacó varios collares de perlas montadas sobre finos hilos de plata.

—A ver, ¿qué tenemos aquí...? Mmh, tienes buen gusto, querida... ¿Es todo?

Lucrecia asintió con la cabeza y volvió a poner la vista en el suelo.

“¿Cuánto quiere?”, deseó preguntarle, pero de nuevo no se atrevió.

Él observó la clara diferencia de tamaño que mostraban ambos pechos y esbozó una sonrisa sarcástica, divertido por la evidente falta de experiencia de la mujer. Negó con la cabeza mientras chasqueaba con la lengua.

—¿Tú crees que soy tonto?

Ella palideció y su temor aumentó.

El hombre se le acercó más, haciéndole sentir su aliento.

Lucrecia introdujo la mano en el escote y sacó otro manojito de joyas. Los pechos, aunque menos abultados, aún mostraban una solidez que tentó al hombre.

—Sería tanto más fácil si no me hubieras mentido, cholita... ¿Comprendes?

Ella negó con la cabeza.

—Déjate de hacer tanto teatro y sácatelo.

Aquellas palabras retumbaron en el cerebro de Lucrecia. Apenas creía que le estuviera sucediendo eso a ella.

“¿Sacármelo? ¿Este tipo no estará yendo demasiado lejos? ¿Qué hago? ¿Cómo voy a desnudarme, así como así, frente a él?”

—¡Te lo sacas o llamamos a un par de guardias y terminamos con este cuento: tú tras las rejas y yo podré irme a almorzar! —Miró su reloj y meneó la cabeza.

Lucrecia se sintió más atrapada aún ante aquella infame disyuntiva. El tipo era un descarado que se extralimitaba protegido por su cargo, cual fuera, y ella una extranjera desamparada. Volvió a preguntarse cómo era posible que aquello ocurriera en las mismas instalaciones aduaneras, casi en presencia de todo el mundo; sin embargo, las intenciones eran claras y comprendió no tener más salida que obedecer, inquieta de que el asunto traspasara los límites de lo administrativo y se convirtiera en una situación de índole personal.

Sus pensamientos cambiaron de rumbo al recordar a Bartolo, su marido, postrado, inconsciente, como una planta más de Lima. Pensó en utilizarlo para conmover al desconocido, pero de inmediato comprendió que no era una buena idea. Cualquier cosa que aumentara su vulnerabilidad podía jugarle en contra. Capaz que estuviera con un maniaco sexual, caso en el cual mostrar sufrimiento era una excelente forma de aumentar su morboso placer, y si no, lo más probable era que no le creyera, y todo resultaría peor.

El hombre caminó hacia la puerta y mostró su clara intención de correr el cerrojo.

—¡No, espere! —Aterrada de que lo hiciera y la entregara para ser detenida, en un país extraño donde nadie abogaría por ella, le pareció que lo más sensato era darle en el gusto, luego vestirse, recoger sus collares y no volver a verlo. Se desprendió de la remera y quedó cubierta solo por un sostén negro con encajes semitransparentes. Llevó las manos hacia el broche.

Él mantuvo los dedos en el cerrojo.

Ella se detuvo, indecisa.

—Deja de hacerte la tonta, y sácatelo de una vez.

Ella observó el cerrojo para comprobar que seguía pasado. Suspiró, y considerando no tener alternativa, obedeció.

Apenas sus pechos quedaron a la vista, cruzó los brazos para esconderlos.

—Sácate los brazos de encima, y déjame mirar qué tal están. No todo tiene que ser trabajo, ¿no te parece?

Ella demoró unos instantes, y los bajó hasta quedar con las manos colgando.

El funcionario de migración observó, satisfecho: bien formados, sus pezones casi negros, hinchados y rodeados por una aureola café oscuro, le produjeron una grata sensación.

—Así está mejor... ¿Y quién me asegura que no tengas más mercadería en otro lugar?

—Se lo juro, no...

El hombre se encogió de hombros y permaneció en actitud de espera. Sus ojos apuntaron directo.

—¿Aquí? —Ella indicó con la mano hacia el ángulo formado entre sus piernas, incrédula por la

osadía de aquel hombre, que le pareció insaciable.

—¿Quieres que traiga a más gente o te es más cómodo en el cuartel de la policía? ¿Crees que en la cárcel, con el cuero que tienes, las demás presas te permitirán pasearte campante? Y puedo asegurarte que ser violada por un montón de mujeres desconocidas puede resultar bastante más doloroso que la mirada que me permita cerciorarme de que no llevas más contrabando encima.

—Por favor, señor, le juro que...

El hombre hizo un gesto de impaciencia.

—Mira, no jures, porque si has sido capaz de llenarte las tetas con joyas, no me extrañaría que entre las piernas te metieras papelillos o qué sé yo, y ahí peruanita, ahí sí que estamos jodidos... ¿Me comprendes?

—¿Coca? ¿Se le ocurre?

No sé yo, así que vamos, anda sacándote los pantalones, porque ahora sí que me entró la duda.

Lucrecia lo miró aterrada. La suposición de que pudiera ser traficante cambiaba por completo el escenario. Si llamaba a un par de mujeres para que la trajinaran, la detendrían por contrabandear joyas, y si él, despechado, la cargaba con droga, pasaría un buen tiempo en la cárcel. Y si dejaba que él la trajinara, además de la vejación, le quedaría debiendo un inmenso favor por su silencio. Nunca, ni en los comienzos de su actividad, ni después, habiendo adquirido cierta confianza, se le ocurrió que pudieran creerla traficante. Comprendió que no tenía opción, de modo que soltó el cinturón, desabrochó el botón de la presilla y bajó la cremallera. Sacó sus pies de los zapatos y deslizó los jeans hasta que apareció un pequeño calzón negro, más calado aún que el sostén, y de inmediato, sus muslos tostados.

El hombre sintió una sensación de poder combinado con placer. Recogió el pantalón y lo registró del revés, donde encontró cosidas algunas pulseras de oro de catorce quilates que extendió frente a sus ojos.

El rostro de Lucrecia, ya encendido, se puso muy rojo.

—Seguimos encontrando novedades, querida, así que continuemos con la búsqueda.

Ella volvió a cruzar los brazos sobre sus pechos.

Luego de un rato, el hombre se le acercó.

—Ya, peruanita, sigamos y apúrate, ¿o quieres que traiga un perro entrenado para que te olfatee? ¿Crees que soy tonto? Nos estamos demorando mucho, así que si no quieres amanecer en cana, apúrate. Sácate los calzones y terminemos de una vez con esto. Lo haces por las buenas, o lo hago yo: tú eliges.

Lucrecia miró el cerrojo, los muros color verde agua sin ventanas, y le pareció soñar una pesadilla de la que ansió despertar.

—¡Vamos, sácatelo de una vez y veamos qué tienes ahí!

—Si le juro que no tengo nada.

—No discutamos y demuéstreme que es cierto.

—Pero ya estoy casi desnuda.

—No lo hagas más difícil, ¿ya? Quiero verte entera.

—Pero no tengo nada.

—No te creo, bájate el maldito calzón y reza por no andar trayendo coca metida qué sé yo dónde, porque te costará muy caro. Nos han pedido especial cuidado. A pesar de los controles, no ha disminuido el tráfico. El aumento de ustedes, que les ha dado con pasarse para acá, creyendo que lograrán un futuro más próspero, alienta a la formación de mafias de traficantes que buscan pasar su mercancía por cualquier medio.

—¿Con qué derecho me trata así? ¿Quién se cree ser para humillarme de esta manera? ¿Por qué

se aprovecha de mí? ¿Por qué me tiene que trajinar un hombre y no una mujer?” Sus ojos brillaban, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no largarle todos esos pensamientos a la cara ni soltar el llanto.

–¿Está bien, si no quieres cooperar, será por algo! Avisaré para que un par de damas te trajinen, porque si estás cargada, prefiero no involucrarme. Vístete no más.

–No, señor, por favor, es verdad que no tengo más nada. Haga usted lo que quiera conmigo, ya me ha denigrado suficiente. –Sin dar más vueltas al asunto, tomó los bordes de la pequeña prenda negra y la deslizó por los muslos.

El hombre la observó enrollarse y ser arrastrada hasta los tobillos.

Lucrecia se sostuvo sobre un pie, luego en el otro, y quedó desnuda, ya sin intentar cubrirse, con los brazos colgando.

Él la recorrió con la vista.

–Estás harto bien, peruanita, harto bien...

Lucrecia volvió a sonrojarse.

–Por el bien de los dos, espero que no tengas algo grueso escondido por ahí... Agáchate para revisarte.

–¿Es necesario? ¿Todavía no me cree?

–¿Crees que me la voy a creer así, tan fácil? Vamos, ponte contra la pared y agáchate.

La muchacha obedeció y esperó, con las piernas abiertas y los pechos colgando.

–Está bien, date la vuelta.

El hombre apreció durante instantes su abultado pubis.

Hubiera querido dejarla así durante un tiempo mayor, de modo que lamentó escuchar sus propias palabras.

–Puedes vestirte. De haber sido honesta desde un comienzo, te hubieras evitado esta molestia. Es una pena, pero me has obligado.

Lucrecia se mordió la lengua. Cogió los calzones y se los puso con tal torpeza que se desequilibró. A punto de caer, fue el hombre quien la afirmó.

Terminó de subirse los pantalones y no fue capaz de sujetar el llanto.

–Y ahora qué, ¿creíste que te violaría o que te pediría una chupada?

–No, supongo que aquí no... –Hizo una pausa, aún con el torso desnudo– Debo vender estas joyas, pues es la única manera que tengo de pagar los tratamientos y los remedios.

–¿Qué tienes? ¿Me vas a decir que estás enferma?

En silencio, abrochó el sostén y se puso la remera. Terminó de vestirse y se sentó.

–Me oíste, ¿no? ¿Qué te pasa? Y cuidadito con mentirme, porque se me agota la paciencia.

–Es mi marido... Se me muere y todo es muy caro. Por eso tengo que dedicarme a esto, o...

–¡O qué! ¿O ser ramera?

Lucrecia se encogió de hombros y afirmó con la cabeza, entre sollozos que no la dejaron expresarse.

Sin creerle una sola palabra y entusiasmado con su figura, el desconocido iba acostumbrándose a la oscura tonalidad de su piel.

–Todas tienen una buena historia para contar y zafarse, así que no te creo nada de lo que dices. ¿Y quieres que te diga algo? No estás nadita de mal a pesar de ser oscura, y ya que parece no estar metida en la droga, podremos llegar a un acuerdo para beneficio mutuo. Te dejaré pasar, te indicaré un buen lugar donde alojar en Arica, más barato y mejor que lo que hayas podido conseguir en otras oportunidades, y a la hora de la cena conversamos... ¿Te parece?

Se produjo un silencio

–Y podrás vender tus joyas, total son pura fantasía. ¿Qué te parece?

Ella pensó que podría liquidarlas con rapidez y arrancarse. Asintió con la cabeza, en el más absoluto silencio.

“Ya pensaré cómo hacerlo”. Ansiosa por recibirlas y salir de allí, estiró las manos.

–Espérate, querida, no vayas tan rápido. Las joyas son mi seguro, y según a qué acuerdo lleguemos, será su destino. Pasaré por ti a las siete. –Abrió un cajón, sacó un timbre, lo golpeó sobre los documentos de Lucrecia, y se los entregó □. Aquí están tus papeles. Espero que comprendas lo conveniente que puede ser para ti tenerme a la mano.

Lucrecia asintió una vez más con su cabeza, entregada, como un cordero a las puertas del matadero. Se sintió en las manos de aquel tipo, no solo porque deseaba recuperar su mercancía, sino también porque tal vez podría ayudarle con su negocio, que le era más necesario que nunca. Volvió a pensar en Bartolo y sus ojos ya húmedos quisieron vaciarse otra vez, pero se mordió el labio. El tipo no le creyó antes ni lo haría entonces, sin importar la cantidad de lágrimas derramadas. En verdad, aunque su caso fuera cierto, era una explicación demasiado recurrente. Deseó que llegaran las siete de la tarde y al mismo tiempo lo encontró terrible. Imaginó de parte del hombre las peores intenciones y cerró los ojos, dudosa de poder hacer lo que le pidiera, nada bueno por cierto.

Él puso sus dedos sobre el cerrojo. Ella se percató del grosor de estos, en una mano roja, regordeta, con las uñas bien recortadas. Era todo lo que durante la tarde recordaría de su fisonomía.

Abrió la puerta, le dejó libre el paso, puso la palma de la mano sobre su espalda y la empujó con suavidad hacia el ir y venir del gentío. Caminó lento alejándose de la puerta, y la escuchó cerrarse con un golpe seco. No tuvo el valor de voltearse y se sujetó para no correr.

Ya afuera del edificio sintió el peso de lo ocurrido y pensó en la tarde, en cuando el encargado de migración aparecería para cobrarse del favor de dejarla ir y devolverle, esperaba, las joyas. ¿Cuál sería el precio a pagar? ¿Estaría ella en condiciones de hacer lo que el tipo le pidiera? Sintió una punzada en la boca del estómago y un hormigueo que se le repartió por el cuerpo, seguido de un prolongado escalofrío.

Durante el recorrido hacia Arica, no pensó más que en la visita que le haría ese hombre aquella tarde.

CAPÍTULO III DECEPCIONES

En Santiago, al llegar a la Plaza de Armas, Nésida sufrió su primera decepción. Cruzó frente a la pretenciosa fachada de la Catedral y caminó hasta la esquina de las calles Ahumada y Catedral, desde donde observó un imponente muro de piedra y granito con una superficie ancha en su base, que construida con fríos bloques color tierra, crecía en altura a lo largo de la propiedad. En sus primeros metros, a nivel de las piernas, le pareció una gran banca repleta de hombres y mujeres, en su mayoría adultos. Más allá vio otros apoyados, y algunos más parados a lo largo de la vereda. El panorama le pareció patético. ¿Cómo era posible que un pueblo, necesitado a más no poder de un poco de amor del prójimo, se congregara, arrinconado, al llegar a una plaza, en un país desconocido, como si tener cuerpo sólido fuera pecado? Por no ser invisibles y para no molestar con su presencia, debían arrumbarse allí, en ese pedazo de vereda, entre un muro y la calle.

Repasó a sus congéneres, la mayor parte proveniente de provincias: su piel oscura, curtida por el sol, los delataba. Y su aspecto –una gordura descuidada, las dentaduras corroídas, sus anticuadas y gastadas ropas– era propio de gente muy pobre. Le habían dicho en el terminal que allí se reunían los peruanos que se encontraban cesantes. Se preguntó si alguna vez lograrían conseguir trabajo. ¿Era esa una capital tan acogedora como le habían dicho en su país? ¿Y qué pensarían los chilenos pobres respecto a quienes iban a quitarles el pan de la boca? “Porque aquí habrá pobres, ¿no?”

Comparó todo lo que impresionada había visto hasta entonces en aquella magnífica ciudad, y el contraste con esa esquina le pareció burlesco... Aunque culpar a Santiago de la situación de los peruanos no era justo, pues si estaban allí era porque en su propio país no pudieron encontrar el sustento. Sus ojos se dirigieron hacia lo alto, en dirección al Todopoderoso. Solo entonces notó la extraña opacidad de aquel cielo.

Luego de viajar desde Arica durante casi dos días en bus, en el mismo terminal averiguó la manera de llegar a la Plaza de Armas.

Decidida, descendió por las escalinatas de la estación Universidad de Santiago para tomar el metro. Le impresionó la pulcritud de sus paredes y el brillo de los suelos, a pesar del trajín de tanta gente. Siguió bajando hasta llegar al andén, donde la limpieza continuó igual. De pronto, apareció una hermosa lombriz metálica de color celeste. Luego de entrar al primero de sus carros, vio las puertas cerrarse con suavidad. Se preguntó si los trenes subterráneos eran iguales en todos los países que tenían la suerte de poseerlos o era una gracia más de esta famosa capital tan desarrollada. No se alejó de las puertas, pendiente de la aparición de un rótulo cuyas letras indicaran la estación Baquedano, donde debía bajar para cambiarse a la línea que la conduciría a su destino.

Muy tensa, observó pasar varias estaciones, todas con sus indicaciones muy legibles, lo que la fue tranquilizando. Antes de leer el nombre de la siguiente, escuchó por los parlantes una voz femenina, lo que llamó su atención, desacostumbrada a que una mujer tuviera semejante participación en las actividades laborales de un país. Avisaba con voz nítida el arribo a la estación donde ella debía bajar para hacer el trasbordo.

Ya en el andén, dirigió la mirada hacia la cabeza de la lombriz. Rió por la analogía que había hecho entre aquel anélido y el tren. Distinguió a través de la puerta de la cabina, una mujer impecable

vestida de uniforme, con su pelo castaño tomado y maquillada sin exagerar. Se asomó para verificar que todo estuviera en orden, mientras la gran maquinaria se ponía en movimiento. Nésida suspiró... Su país estaba muy lejos de eso.

Durante algunos instantes, entre la multitud, se sintió extraviada. Apretó los dientes y decidió no perder el control, pues lo probable era que todo el mundo conociera la manera de embarcarse hacia la Plaza de Armas, y no se equivocó: la primera persona a quien preguntó, le indicó con amabilidad por donde ir a tomar el tren en esa dirección.

Solo una estación medió entre el andén en que abordó y el que la recibió. Caminó, aún impresionada por la limpieza, y consultó por la salida a una mujer que limpiaba los pulcros pisos, como si intentara sacar brillo al brillo.

Ascendió por las escaleras hasta encontrarse en el exterior, en una hermosa plaza que según después se enteró estaba recién remodelada. Caminó emocionada por aquel pulmón verde en el centro de la ciudad. Le dio la sensación de estar en un país donde había preocupación de las autoridades por sus habitantes. Observó la gran cantidad de gente circulando en todas direcciones mientras otros desarrollaban diversas actividades artísticas y comerciales, de forma ordenada y limpia. Nunca imaginó que aquello fuera posible. Se detuvo a escuchar un grupo de música pop integrado por una familia completa, les dejó unas monedas en sus sombreros tendidos sobre el pavimento, y continuó su camino aún más encantada.

Todo, hasta entonces, era una feliz coincidencia con lo que le habían contado... Hasta que llegó a la intersección de las calles Ahumada y Catedral.

Su segunda desilusión ocurrió en la pensión que uno de sus propios coterráneos arranchados en el muro de la Catedral le recomendó. Entrada la noche, muy cansada, luego de haberse perdido varias veces, dio con la calle anotada en un pedazo de papel arrugado en el interior de su cartera, y luego, con las puertas de la casona ubicada en el barrio Estación Central, varias cuadras más adentro de la transitada avenida Alameda Libertador Bernardo O'Higgins. La miró, recelosa de que durante el día el cuarto disponible hubiera sido arrendado a otra persona. ¿Qué hacer, entonces? ¿Adónde ir? Sacudió la cabeza para desprenderse de aquellos pensamientos negativos y pulsó el timbre. Tuvo que hacerlo dos veces.

Salió a su encuentro una mujer desaliñada, pero amable. Su pelo oscuro y encrespado rogaba por una mano de tintura sobre el casco. Vestía un delantal azul con notorios restos de grasa y secaba sus manos con un paño de cocina blanco. Se presentó como la dueña del lugar, y la guió al cuarto.

Nésida observó en el centro del cielo colgar dos cables eléctricos y una débil ampolleta, luz insuficiente para apreciar las manchas de humedad en los rincones.

Entraron al baño.

—Es casi privado, querida. Solo tendrás que compartirlo con el señor que ocupa la habitación contigua, que también viene del Perú. Tal vez ni lo veas, porque sale muy temprano y regresa muy tarde, y los fines de semana se los duerme completos, y a veces ni viene.

Nésida hubiera preferido que fuera mujer, pero no estaba en condiciones de regodearse. Observó la existencia de una filtración en el muro, bajo el lavatorio; un manchón de humedad en el rincón del cielo, junto a la rejilla de ventilación; y correr un hilo de agua por la única llave.

—No te preocupes, querida, eso es fácil de reparar: un maestro, un poco de pintura, y ¡ya!

—¿No hay agua caliente?

La mujer corrió la cortina de hule transparente decorada en la parte superior con unos pececillos amarillos.

—Sí, por supuesto, aquí en la tina. Y sale con harta fuerza. —Giró la llave y cayó de la ducha un

chorro poco generoso—. Bueno, a esta hora baja bastante la presión... Pero por la mañana, ya verás cómo mejora.

Ante tan buena disposición, rendida, deseosa por dejarse caer sobre la cama y dormir, pagó por adelantado lo que la mujer le pidió, equivalente a casi todo su dinero. Cerró la puerta, suspiró, y antes de desempacar se tendió para descansar unos minutos. Sin darse cuenta la cogió un sueño tan profundo que no despertó hasta el amanecer, cuando los primeros rayos del sol inundaban la habitación, sorprendida de encontrarse vestida, sin siquiera haber abierto la cama. Sus ojos se posaron en la ventana, decepcionados al descubrir que apenas la cubría un visillo deshilachado en los extremos.

Escuchó ruidos provenientes del entretecho, algo así como rasguños y carreras de un extremo a otro. Sus ojos, a punto de desprenderse de las órbitas, evidenciaban que reconocía el origen: serían sus futuros acompañantes. Repasó el lamentable estado del descascarado cielo y los muros manchados. La pintura de la puerta también estaba en estado deplorable. Regresó la mirada al cielo y recordó las palabras de la dueña: “Un maestro, un poco de pintura, ¡y ya!”. Pero por lo visto, no era solo el baño. ¿Repararía todo lo dañado? Decidió hablar con ella cuanto antes, presintiendo que no la esperaba una conversación agradable. Se levantó, abrió la puerta del baño y se quedó patidifusa bajo el dintel.

—Buenos días, señorita.

Nésida, perpleja, no respondió. Frente a sus ojos vio la humanidad completa del ocupante del otro cuarto. De unos treinta años, era bajo, fornido, y no hizo amago de cubrirse. En lugar de mostrarse confundido, exhibió una gran sonrisa.

Nésida, aún inmobilizada, estuvo varios segundos con los ojos fijos en él; parecía recorrerlo sin vergüenza.

—¡Disculpe! —Cerró la puerta. Le ardía la cara y le transpiraban las manos. Había sido tal su rabia por la aparición de roedores y el estado de la habitación, que olvidó por completo que el baño era compartido.

—¡Ahora sí la embarré, qué vergüenza! —La figura desnuda del hombre se mantenía grabada en su mente; a pesar del nerviosismo, hubiera podido describirlo en detalle. Recién llamó su atención que su piel, aunque morena, fuera blanca.

Más tarde, habiendo dejado pasar un largo rato, entró al baño. Aún había restos de vapor. Desvió la mirada hacia la puerta que daba al otro cuarto, y la llevó al espejo empañado. Lo limpió con la mano y observó cómo su cara se había ruborizado.

Esperanzada en que aquel indigno encuentro no dejara secuelas, salió a comprar el periódico para ubicarse en el ámbito laboral y a la vez calmar un poco sus nervios; pero no tuvo tiempo para ello, pues de regreso, encontró a su casera barriendo la vereda.

—Buenos días, querida, veo que te has levantado temprano.

—La verdad, que de buenos nada, señora.

La brusquedad de Nésida contrastaba con la amabilidad de la mujer, quien se mostró sorprendida.

Nésida no demoró en recordarle su compromiso de arreglar el baño y le hizo presente su molestia por la gran cantidad de cosas en mal estado, y por los ratones.

—¿Y qué querías por menos de veinte mil pesos mensuales?

Nésida quedó asombrada por aquella respuesta que no involucraba la menor vergüenza.

—Pero yo le entregué cien dólares, señora, son más de cuarenta mil.

—Un mes no más, puh. Lo otro es por el mes de garantía.

—Usted me dijo que haría todos los arreglos, y quiero saber cuándo.

–¿Todos? ¿Estás loca? Te ofrecí arreglar las llaves del baño, y lo haré apenas pueda, porque ahora no tengo plata.

–Pero si anoche le pasé cien dólares. –Los ojos de Nésida repletos de ira, se habían agrandado aún más que al descubrir roedores en el entretecho.

–Ahora no tengo, mandé a pagar la luz y otras cosas.

–¿Ahora, a esta hora?

–Sí, y no vamos a llegar a ninguna parte con esta conversación, así que déjame terminar de barrer, porque ya me echaste a perder el día.

A Nésida no le cupieron dudas de haber sido timada, pero reconoció que era infructuoso continuar con aquel diálogo que no prometía más destino que convertirse en una discusión estéril, inconveniente desde todo punto de vista, sobre todo para ella. “Hubiera sido en Lima, siquiera, ¿pero aquí?” Reconociéndose, además, sin el carácter suficiente para hacer valer sus derechos más allá de una pataleta, los ojos se le llenaron de lágrimas. Temerosa de largarse a llorar, entró en la casa y fue a su dormitorio.

La mujer esbozó una sonrisa y continuó con su labor.

Antes de llegar a su puerta, Nésida se encontró a boca de jarro con su vecino, a quien hubiera reconocido en cualquier parte. Sus mejillas volvieron a encenderse sin saber si mostrar un comportamiento indiferente, volver a pedirle excusas o hacer un comentario cualquiera por tonto que pudiera parecer.

El se plantó ante ella.

–Ya que me conoces tan bien, espero tener yo la oportunidad de también conocerte.

Nésida, sin contestar, le hizo el quite y continuó su camino, inquieta, pues sin duda aquel hombre de piel clara no era peruano, y al igual que en su penoso encuentro, no parecía tener el más mínimo asomo de vergüenza.

–Te diste suficiente tiempo para mirar, peruanita, y ahora te haces la parada.

Ella, que había logrado esquivarlo sin que él opusiera resistencia, se alejó erguida y en silencio. Consciente de haberse hecho de un problema, se preguntó por qué la mujer le habría mentado respecto a la procedencia del hombre. “¿Sería para inspirarme confianza?”

Sentada en el borde de la cama, con el rasqueteo de las garras en el entretecho, repasó su infeliz manera de conocer al vecino de cuarto, su desvergüenza, y la soltura demostrada por su casera para timarla. Su mente enfocó la patética situación en que había encontrado a sus coterráneos en la Plaza de Armas, casi todos hombres sin empleo, en circunstancias de saber que la mayoría de los peruanos inmigrantes en busca de oportunidades eran mujeres. Recordó la calamitosa facha de las pocas que vio y sintió lástima, pues sería para ellas muy difícil, si no imposible, conseguir un trabajo conveniente.

Revisó su situación personal y se preguntó cómo arreglárselas para encontrar una actividad menos sacrificada que la de asesora del hogar puertas adentro, donde había que estar a disposición de los miembros de una familia desconocida, con una hora cierta para el inicio de las obligaciones pero no de término, a la mano de cualquier necesidad que sus patrones tuvieran durante las veinticuatro horas. Decidió buscar una ocupación como mesera o copera de restorán.

Su primera experiencia fue un fiasco, pues la dueña de la fuente de soda donde consiguió trabajo, ubicada en plena avenida Alameda, una descendiente de alemanes de cara redonda, pelo rubio, alta, gorda y de caderas pronunciadas, se aprovechó de su condición de inmigrante sin autorización para trabajar, y le trapeó sus ganancias de manera miserable. Llegó a tal punto, que se quedó con las propinas incluidas en los pagos a través de cheques y tarjetas de crédito, amparada en tener que cubrir muchos compromisos económicos y no alcanzarle el dinero.

A dicho abuso, la mujer añadió un trato despectivo que incluía hacer alusión a su ascendencia asiática, y le decía que para individuos como ella era menos importante comer, vestirse y dormir en un lugar decente.

Luego de dos semanas de lavar platos, servir las mesas y hacer el aseo, víctima de la cruel segregación racial y el constante atropello a sus derechos, cansada, apenas durmiendo en ese inmundo cuarto rodeada de animales y personas indeseables, decidió que debía buscar un nuevo empleo donde ganar algo más para, apenas pudiera, cambiarse a vivir en un lugar menos decadente.

Mientras tanto, como una forma de presionar a la dueña de la casa para que al menos hiciera las reparaciones urgentes y desratizara, decidió amenazarla con irse; sin embargo, para su desconcierto, la mujer le dijo que era una peruana mal agradecida y que a partir de ese mismo instante le subía el arriendo.

Nésida no entendió la reacción de la señora y pensó haber escuchado mal.

—¿Entendiste, peruanita? Ahora son treinta mil al mes, y si no te gusta, pues búscate otro lugar donde ir a tirar tus malditos huesos.

Nésida continuó inmóvil.

La mujer dio por terminada la conversación, se giró, y comenzó a alejarse.

Nésida reaccionó y apuró el tranco para alcanzarla.

—Oiga, señora, espere, no hemos terminado aún...

La mujer se detuvo y le envió una mirada repleta de ira.

—Por favor, no me trate así. Estoy pidiéndole lo mínimo, no puedo seguir viviendo en estas condiciones.

—No sé yo, es tu problema, no el mío.

—Pero no puedo pagar eso, apenas gano lo que le pago ahora.

—No sé yo, ahora que si no estás contenta, puedes buscarte otro lugar más bonito y sin ratas, aunque dudo que lo encuentres por el mismo precio.

—No, si lo estoy, si estoy contenta... Nésida, asombrada de sus propias palabras, se quedó mirándola con unos ojos que parecían desaparecer en su profunda languidez.

—¡Cómo! ¿En qué quedamos?

—Le suplico, no puede echarme así a la calle.

—¿Qué? ¿Yo a ti? ¿Echándote a la calle? Mira, querida, yo no te estoy echando a ninguna parte. Tú eres la mal agradecida que me ha insultado sin la menor consideración. Así que si te parece tan mala mi casa, entonces búscate otra, ¡y ya!

—Por favor, no me suba el arriendo, yo apenas pueda me encargaré de los arreglos.

—Y los ratones, ¿crees que a mí no me molestan? Pero mira, niña, créeme que no puedo. Además, los he tratado de echar todas estas veces... —Sus dedos indicaron que eran muchas—. Pero los muy diablos vuelven, y la plata termina botada a la basura. Lo que hay que hacer es traer gatos. ¡Gatos! ¿Me entiendes? ¡Gatos!

Le prometo no quejarme más y tratar de conseguir un par de gatos, sí, eso, le traeré dos gatos.

—Está bien, niña, pero ni una queja más, ¿me oíste?, ni una, porque entonces seré inflexible.

Nésida asintió con una fuerte sacudida de cabeza.

—Y después dicen que una es inhumana...

Luego de escuchar aquel murmullo mientras se alejaba, Nésida regresó a su cuarto y se dejó caer sobre la cama.

—Fui por lana y salí trasquilada. —Tenía la mirada puesta en el sucio y ruidoso cielo, mientras sus ojos una vez más se llenaban de lágrimas que impregnadas en rabia e impotencia, corrieron

por sus mejillas. Sin darse cuenta, cerró los ojos y durmió hasta el mediodía.

En el muro de la Catedral consiguió un dato para postular a un empleo de mesera en un pequeño restorán de comida típica chilena, ubicado en calle Lira, a pocas cuadras del centro cívico de la ciudad. A los propietarios –un matrimonio joven– no les importó que fuera peruana, y a ella le parecieron buenas personas. Claro que no le ofrecieron un gran sueldo, de seguro una chilena lo hubiera rechazado, pero a ella le era suficiente para ordenarse.

Al principio el único inconveniente era que la pareja discutía mucho, pero cada vez que la conversación tomaba ribetes de pelea, tenían la prudencia de continuarla en el interior de su casa, pareada al negocio. Una puerta interior les permitía ir y venir, siempre contentos a la vuelta, sobre todo él, satisfecho, sin ánimo de ocultarlo. Por eso, pronto se acostumbró y dejó de darle importancia.

Durante el primer mes tuvo algunas oportunidades para contarles acerca de sus aventuras y confesar parte de sus pesares, como su precaria estadía en aquella patética casa, saltándose el capítulo referente a Víctor, su vecino de cuarto, por temor a que la interpretaran mal.

La pareja le ofreció una habitación a cambio de algunas horas de su tiempo de descanso, ayudándoles en las tareas domésticas de la casa. Para ella la proposición fue una música caída del cielo y aceptó de inmediato. Le pareció un regalo de la providencia terminar con los largos y peligrosos traslados nocturnos, deshacerse de las bulliciosas ratas y escapar de la inmundicia en los muros, el techo y el baño. Además, no tendría que volver a ver la cara de la sinvergüenza de su casera. Por otra parte, vislumbró la posibilidad de enviar algunos dólares a su madre y ahorrar otros pocos, de acuerdo a sus planes iniciales. Eran muchas cosas buenas a la vez, y estas incluían la mejor de todas: deshacerse de Víctor, quien tal vez ofendido por su comportamiento esquivo o, peor aún, por ser un depravado, estaba haciendo que pagara con creces aquella equivocación de ingresar al baño y verlo desnudo.

Fueron varias las ocasiones en que él entró sin avisar: la observaba, emitía una disculpa jocosa y se iba con una sonrisa que a ella le parecía repleta de mala intención.

Aunque le echaba llave a la puerta, el tipo se las arreglaba para abrirla, hasta que sus brujuleos inutilizaron la cerradura. Entonces, sin pedir autorización a la casera, Nésida compró un pestillo y ella misma lo instaló, pero al día siguiente, luego de volver del restorán, cuando lo fue a correr, había desaparecido.

Tuvo que acostumbrarse a que continuara con sus impertinentes apariciones. En una ocasión, mientras se duchaba, lo escuchó entrar: ocupó el excusado, se afeitó, se lavó, y salió sin decir una palabra, como si el lugar estuviera vacío. Y la última vez ingresó mientras ella hacía sus necesidades: la observó con impertinencia, se enjuagó la boca, y luego de peinarse salió, exhibiendo una sonrisa que a ella le produjo escalofríos.

La casera, por su parte, recibió la queja con el ceño fruncido.

–¿No estarás exagerando? Porque ya te lo dije y espero no tener que repetírtelo: si no te gusta, búscate otro lugar en donde vivir. –Nésida quedó con la sensación de que la mujer se alegraba de que todo aquello ocurriera...

Ansiosa, acordó con sus patrones cambiarse a primera hora de la mañana, aunque perdiera el dinero de un mes de renta, pagado por adelantado. Le pareció nada con tal de salir de aquella inhóspita casa.

La autorizaron para no trabajar esa noche. Así podría ordenar sus cosas y arreglar sus cuentas con la dueña de la casa, lo que consistía en no más que comunicarle su decisión de irse, diligencia cuya sola idea le producía una desagradable sensación de angustia en la boca del estómago, la que aumentó a medida que se acercaba por calle Exposición. En la puerta suspiró, y entró. Decidió

hablar con la señora antes de ir a su dormitorio a empacar.

La encontró en la cocina, preparando la cena.

–Necesito hablar con usted, señora. –El ardor en su estómago, aumentó.

La mujer, en silencio, mantuvo la mirada fija sobre Nésida.

–¿Tiene que ser ahora? Porque estoy ocupada, por si no te has dado cuenta.

–Esto, la verdad es que sí, tiene que ser ahora. He decidido dejar el cuarto... Me voy mañana temprano.

–¿Y quieres que te devuelva la plata? Porque si es así...

–No, señora, sé que perderé este mes y también la garantía, pero no me importa. Puede guardarse el dinero, yo me voy mañana.

La mujer la tomó de la muñeca para que no se retirara.

–Mira, niña, si es otra treta para que haga los arreglos, ya te dije...

–No, señora, no es ninguna treta. Estoy avisándole que mañana me voy.

La mujer aflojó la mano y Nésida salió de su alcance.

–Con su permiso. –Caminó con rapidez hacia su dormitorio. Apenas entró, vio que la puerta comunicante con el baño se abría. En el vano apareció Víctor.

–¿Así que te vas?

Nésida se preguntó cómo se había enterado tan pronto de su partida. Su tono era burlón, y ella no respondió.

–¿Así que ni siquiera te ibas a despedir, peruanita?

–Por favor, salga de mi dormitorio y déjeme en paz.

–Total, nunca tuvimos oportunidad de conocernos más... Porque en el puro baño fueron las reuniones.

–Ni la tendremos.

–Pero no se ponga así, pues. –Se acercó hasta casi tocarla.

–Por favor, váyase y déjeme tranquila.

–¿Quién empezó? ¿Quién fue la impertinente?

–Fue un lamentable error, señor. Le pido disculpas.

–No me digas, ¿y por eso te quedaste mirándome el tiempo que se te dio la gana?

–No, no hice eso.

–¿No?

–Me paralicé, es todo.

–Qué fácil resulta decirlo, ¿no? Pues fíjate que acabo de paralizarme y no puedo salir.

–Váyase o gritaré.

Víctor alzó el brazo. A Nésida su mano le pareció desproporcionadamente grande.

–¿A ver? Atrévete a gritar, porque te vuelo la cara. Me has seguido el jueguito durante cuántos días... ¿Y ahora la perla toma sus cosas y se manda a cambiar?

–Por favor...

La tomó del brazo y con una fuerza arrolladora la lanzó sobre la cama.

–¿No te parece que nos hemos visto de todo como para que ni siquiera nos despedamos como corresponde?

–Pero le puse un pestillo a la puerta...

–Eres una cínica. Te importó un comino que lo sacara.

–¿Usted?

–¿Y quién creíste, un fantasma?

–No, pensé que la señora...

Víctor la interrumpió con una fuerte carcajada y se acercó con claras intenciones de tirarse encima.

Al verse acorralada, puso la mano en señal de ¡alto!

–Está bien, está bien, pero sin golpes, y no a la fuerza.

–Ahora sí, peruanita, nos estamos entendiendo.

–Déjeme prepararme.

Víctor le permitió ponerse de pie y frente a sus ojos se quitó los jeans, quedando cubierta solo por una camisa larga que alcanzaba a cubrirle las nalgas.

–Déjeme entrar al baño.

Él la tomó del brazo y la besó. Ella sudaba, y haciendo un esfuerzo del cual nunca se creyó capaz, le correspondió, con el estómago recogido, escondiendo la repugnancia que sentía.

–¿Al baño?

–Es que ando enferma. Usted sabe, ando con la...

–Ah, sí, está bien, pero antes, dame otro beso.

Ella aceptó gustosa, según él lo interpretó.

Nésida entró con una sangre fría que en el futuro no dejó de impresionarla cada vez que se acordó. Dejó la puerta entreabierta para no crear suspicacias.

Pasaron algunos segundos y Víctor, impaciente, pensó en entrar, total era el tipo de encuentros que los había acercado, y de seguro le gustaba ser vista... Aunque si estaba con la regla... Al cabo de un rato, como no aparecía, decidió ir. El baño estaba vacío. Fue a su habitación y la halló desierta, con la puerta que daba al pasillo, abierta.

–¡Imbécil! ¡Por la gran puta que la parió! –Corrió, pero se detuvo de inmediato. Perseguirla con esa vehemencia era, sin duda, una forma estúpida de delatar en público sus intenciones: una cosa era que su tía, la dueña de la casa, hiciera oídos sordos para que él le diera su merecido, y otra muy diferente, que estuviera dispuesta a involucrarse en un abuso de ese tipo. Jamás haría eso. Enardecido por haber sido engañado como si fuera idiota, dio un portazo.

Ante la salida de la casa, Nésida se detuvo. Hubiera querido recurrir a la policía, pero su condición de trabajadora ilegal se lo impedía. Era ella quien saldría más mal parada, en especial si Víctor o su propia casera, por armar alboroto, la acusaban de cualquier cosa perversa que se les ocurriera. Esperanzada en que la mujer tuviera un poco de decencia, decidió recurrir a ella, quien aún en la cocina la vio entrar con las piernas descubiertas y el rostro descompuesto.

–¿Y ahora qué? ¿Se puede saber a qué se debe esa facha escandalosa?

–Pregúnteselo al pervertido ese, pues. Al supuesto peruano, al que usted le inventó el origen.

–Yo no he inventado nada, y si es peruano, colombiano o cubano, me da lo mismo. Es buen inquilino, paga sus rentas y jamás se queja, no como otras...

–Intentó violarme.

–En realidad, niña, tienes razón, será mejor que te vayas.

–Y cuanto antes, mejor. –Acompáñeme a mi cuarto, por favor.

–¿Tengo cara de niñera, acaso?

–No, señora, no tiene cara de... Por favor, acompáñeme. Apiádese, aunque sea una vez en la vida.

A regañadientes la siguió, esperó a que se vistiera, recogiera sus cosas, y maleta en mano la dejó en la puerta que daba a la calle.

Nésida caminó hacia Alameda, esperanzada en ser recibida sin inconvenientes por sus patronos, que la esperaban al día siguiente. Pensó en alguna explicación que pareciera razonable, sin mencionar su vivencia con Víctor, pero no pudo encontrarla. Todo lo que se le ocurría decir la

dejaba mal parada. Lamentó no haber sido franca con ellos, pero jamás imaginó que la situación tomara ese enredado rumbo.

La noche se había venido encima, levantó la vista y vio el amenazador cielo cubierto de grandes nubes, de manera que apuró el paso. Era tarde y aún le quedaba un buen rato para llegar a su destino. Agradeció que vivieran junto al restorán, lo que hacía factible su llegada tarde, sin previo aviso... aunque muerta de vergüenza.

CAPÍTULO IV

UNA HISTORIA DIFÍCIL DE OLVIDAR

La pesadilla se inició durante la madrugada siguiente al tres de enero de 1999, en los arenales, entre Tacna y Arica.

Hasta entonces, fue una aventura de dos jóvenes deseosos por cambiar su suerte e iniciar una vida dirigida a construir una familia. Creyeron en el milagro chileno más que los propios chilenos, y por su osada decisión de cruzar la frontera, como fuera, vivieron horas patéticas, cargadas de pánico y muerte.

La historia comenzó a tejerse con Julio, quien había entrado a Chile a mediados de 1998, como turista, coincidiendo el vencimiento de su tarjeta con la época en que se dictó la Ley de Amnistía, dirigida a dar la oportunidad a los inmigrantes ilegales de regularizar sus papeles, vigente entre el 1º de septiembre y el 31 de diciembre. Él estuvo entre los más de veintidós mil peruanos que no quisieron regularizarse, temeroso de que mediante aquel mecanismo las autoridades pudieran registrarlo y así expulsarlo con más facilidad, además de no contar con los dólares necesarios para pagar por la primera visa, pues había ahorrado todo lo ganado para sorprender a Anita.

Consiguió trabajo como vendedor de teléfonos celulares en una compañía distribuidora, ubicada en el sector alto de la ciudad de Santiago. Era un muchacho moreno, delgado, simpático y con excelente disposición, que pronto se hizo querer por sus jefes y compañeros. También transmitió su empatía a los clientes, quienes satisfechos lo recomendaban a sus amistades, logrando convertirse a los tres meses en el mejor vendedor de su grupo.

Viajó a Lima los días previos a Navidad para pasarla con Anita, y luego, iniciado el nuevo año, regresar juntos a Chile para comenzar una nueva vida.

Pero las cosas se complicaron, pues junto con aparecer la ley de Amnistía, la oficina de extranjería y migración impuso restricciones para impedir que los peruanos continuaran ingresando al territorio. Sus funcionarios comenzaron a encontrar deteriorados los documentos de los extranjeros, además de tener órdenes de exigirles una bolsa de viaje de al menos quinientos dólares. Y en algunos casos se exigió visa, pese a que según convenios bilaterales vigentes, no era requisito.

Anita y Julio estuvieron entre los primeros de los más de doscientos casos de peruanos rechazados durante el período enero a febrero de 1999, en circunstancias de tener él que presentarse en su lugar de trabajo.

Se enteró que para resolver la situación, muchos de sus compatriotas cruzaban la frontera por los arenales del desierto. Decidieron imitarlos y se integraron a uno de esos grupos. Entrada la tarde del día tres de enero, partieron guiados por algunos peruanos que decían conocer el trayecto, pues lo habían hecho con anterioridad.

Caminaron casi toda la noche, sin detenerse, pues el frío era intenso y no se atrevieron a prender una hoguera por temor a alertar a alguna patrulla que los pudiera descubrir.

La noche les pareció propicia: muy oscura, sin luna, apenas alumbrada por el tenue fulgor de las estrellas tendidas como un manto a lo largo y ancho del abierto cielo.

Cansados, con la comida y la bebida restringidas, no se percataron de haber perdido la ruta, e inocentes, entre cuentos y risas, se adentraron más de la cuenta en zona militar. Por la oscuridad, no detectaron algunos letreros de advertencia que prohibían el paso.

De pronto, un escalofrío recorrió sus cuerpos. La noche pareció incendiarse y escucharon una fuerte explosión.

Se produjo un largo silencio, el pánico se apoderó de cada uno de ellos y, sobrecogidos, comprendieron lo que no les fue posible aceptar de inmediato.

El que hacía de guía principal se detuvo, espantado.

—¿Es Juan Pablo!

Anita y Julio iban bastante más atrás. Ella, aterrorizada, dirigió la mirada hacia Julio.

—¿Es lo que pienso?

Él afirmó con la cabeza.

—Me imagino que sí.

—¿Qué horror!, y ahora, ¿qué hacemos?

—No lo sé, Anita, de momento, con esta oscuridad, no más quedarnos aquí.

—¿Y mañana?

—Seguir, supongo.

—¿Estás loco?

—¿Y entonces?

—No sé, pero de aquí no me mueven ni un centímetro... ¿Cómo pudo ocurrir?

—Fue una mina antipersonal, debemos habernos metido en un campo minado.

—¿Pero cómo?

—Seguro que con la oscuridad, sin darnos cuenta, ingresamos en zona militar. Debe estar sembrado de esas porquerías.

—¿Y nadie lo previó?

Julio se mantuvo callado, sin saber qué más decir, tan conmocionado como ella.

—¿Quién es Juan Pablo?

—Uno de los que hace de guías.

—Que hacía, querrás decir... ¿Te das cuenta? Uno de los que hacía de guía... Si él voló, ¿qué queda para nosotros?

Julio volvió a callar. Las palabras de Anita eran ciertas, nadie entre ellos sabría a ciencia cierta cómo salir de ese infierno sin volar en pedazos.

Los integrantes de la pequeña caravana acordaron esperar a que amaneciera para continuar.

El frío se hizo sentir, de modo que recogieron algunas ramas y encendieron una hoguera. Les pareció que ser descubiertos era lo mejor que les podía suceder. Pero en medio de un campo minado no había mucho que esperar, pues ninguna autoridad policial ni del ejército, osaría acercarse, menos de noche.

Destellaron los primeros rayos del sol tras los cerros y fueron despertando. Pronto estuvieron todos reunidos.

Anita escuchó a uno de los guías atropellarse con las palabras:

—Fue el mismo Juan Pablo quien descubrió que nos estábamos alejando de la huella correcta y se adelantó para subir a esa loma y tratar de ubicarse. Jamás nos imaginamos habernos adentrado tanto...

—¿Pero no hay aquí ningún experto? —La candidez de Anita, a pesar de la situación, despertó el humor de algunos.

—Sí, por eso estamos aquí...

—Por supuesto, hemos venido a pasear para después tener una aventura que contar...

El otro que hacía de guía, se paró ante el resto.

—No veo la gracia, Juan Pablo está muerto, hecho trizas por si no se dieron cuenta, y no basta con decir que estas cosas pasan... y lo que es yo, ahora no sé hacia dónde debemos movernos, y nunca en mi vida estuve tan asustado.

Anita dirigió sus ojos hacia él.

–Pero tú has hecho el camino en otras ocasiones.

–Sí, pero ahora nos hemos perdido y no sé cómo salir... Creo que recién hemos entrado al campo minado, más aún, pienso que Juan Pablo pisó, capaz que la primera mina, la más alejada de todo el campo.

Una muchacha morena se dejó ver.

–¿Estás seguro?

–Creo que si nos devolvemos un poco y caminamos al oeste, podremos tomar una huella segura.

Anita se paró al lado de ella.

–¿Estás seguro?

–¡No, sabes que no! En estas condiciones es imposible saber a ciencia cierta... Pobre Juan Pablo...

–¿Están seguros que fue él?

–Anita, es el único que falta. –Julio se arrepintió de inmediato por la dureza de sus palabras, pues la muchacha estaba fuera de sí.

Entre comentarios y ninguna definición respecto a qué hacer, pasaron casi dos horas, y el sol, a diferencia del frío nocturno, comenzó a golpear sus melenas. Sudaban, sin un lugar para guarecerse, hasta donde la vista era capaz de distinguir.

El otro que iba de guía se apartó unos metros del grupo para destacarse.

–Debemos continuar, en nada nos ayudará quedarnos aquí, deshidratándonos...

Lo interrumpieron con opiniones que terminaron en una discusión sin dirección.

–¡Si quieren que siga haciendo de guía, escúchenme! No hay que ser muy avisado para darse cuenta que no tenemos alternativa, así que debemos seguir. Les guste o no, es un riesgo que debemos correr, y no somos los primeros ni seremos los últimos en hacerlo. –Sin esperar respuesta, se puso en marcha.

–Espero llegar pronto. –Se persignó, mientras pisaba con extremo cuidado.

Los demás, de a poco se pusieron en movimiento, también cautelosos.

Julio observó a Anita y le tomó la mano.

–¡Vamos!

–¿Se te ocurre? ¡Yo no sigo!

–Y qué, ¿nos quedamos aquí, solos, hasta morirnos de sed, hambre y calor? ¿O con el frío que hace en las noches? ¿Puedes elegir?

–Pasará alguien.

–Sí, claro, en avión con suerte. Nos hemos metido en un lugar al cual por razones obvias nadie se acercará nunca, a menos que esté en una situación similar a la nuestra, y no nos ayudaría mucho, ¿no te parece?

–Es horrible, Julio, ¿qué haremos? Debiéramos haber esperado, dicen que la Cancillería peruana hizo un reclamo al Gobierno de Chile y probablemente no nos exigirán más que unos pocos dólares por la estadía.

–Sí, claro, como treinta diarios, ¿te das cuenta? Además, sabes bien que no podíamos esperar. Tengo que llegar a mi trabajo, no quiero perderlo.

–No, si así como vamos dará lo mismo, y lo peor es que nadie sabrá qué nos pasó. Pudieras haber pedido que te mandaran un contrato y pasar legal, yo lo hubiera hecho después, como Dios manda.

–No volveré a dejarte sola, prefiero estar aquí que sin ti.

Anita forzó una sonrisa para agradecer el comentario.

Mientras, los demás se alejaban.

Anita y Julio los miraron, lo hicieron entre sí y volvieron a poner sus ojos en la caravana, como estúpidos, sin reaccionar.

Julio, consternado, tiró a Anita de la mano.

—Nos estamos quedando solos, sigámoslos. Pisaremos sobre las huellas, pero tiene que ser ¡ya!, antes que se borren.

A ella le pareció terrible la idea de mover aunque fuera un pie, pero asustada al ver que los primeros pasos en la blanca arena ya casi no se distinguían, aceptó. Aún con el flogonazo presente en su mente, dibujado en la oscuridad de la noche anterior, comenzó a arrastrar los pies, preguntándose qué habría sucedido con el cuerpo destrozado del guía.

De pronto, se detuvo y le soltó la mano.

—¡Julio, nos salimos de la huella y nos estamos internando de nuevo! ¡Mira, los otros van mucho más allá! —Su dedo indicaba en diagonal.

—¿Estás segura?

—¡Pero sí, mira, es el viento que nos está tirando para adentro! ¡Espera, Julio, no sigas, deja que salgamos de este remolino...! ¡Julio, Julio...!

Entonces ocurrió.

Pasarán los años, pero de su mente nunca desaparecerá esa horrorosa visión: una llamarada blanca, empavonada por la acción de las partículas llevadas por el viento, un cuerpo desmembrado, Julio y sus ropas, desintegrándose, arrastrados por el viento que se puso furioso, como si fuera parte del sobrecogedor espectáculo. Tan cerca, que la onda expansiva la arrojó a varios metros de distancia. El ruido fue ensordecedor y todo se puso opaco...

Abrió los ojos. Se sentía atontada. Había estado inconsciente durante... ¿algunos segundos, minutos tal vez? Miró alrededor. De Julio no había rastro. Le parecía estar en medio de una pesadilla en la cual intentaba buscarlo, pero el viento rugía y apenas podía fijar la vista. Intentó pararse, pero perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Vacío el estómago por la boca y sintió que su corazón se paralizaba, luego palpitéó muy rápido. Quiso levantarse y correr, pero sus pies enterrados en la arena no la dejaron. Vio el remolino de arena y viento que recién la había azotado, trasladarse hacia el interior. Sintió el sol golpearla con fuerza, y el viento se hizo muy suave. Logró ponerse de pie, dio algunos pasos y se detuvo. Los demás ya no se distinguían entre las rocas y las piedras, que le parecieron una extensión sin fin. Lloraba sin consuelo. Calculó la dirección en que pudieran haber seguido, y luego de buscar una vez más algún rastro de la explosión, se puso en marcha. Jadeante, enloquecida, sin importarle la posibilidad de volar en mil pedazos. Se sentía incapaz de resistir aquello que le sucedía. Imaginó que no habían escuchado la explosión, y si así hubiera sido, nadie iba a devolverse a buscarla. Mucho rato después, rendida de tanto andar, se detuvo. Sintió la vista borrosa y se puso a gritar histérica, enloquecida, en una rabieta dirigida al cielo y al Creador...

Abrió los ojos con dificultad, confundida al observar sobre ella un cielo blanco. Giró la cabeza con dificultad y vio otras camas, como la suya, metálicas, color crema claro, con barandas; en el muro, unas pequeñas ventanas permitían que la habitación se iluminara; entonces comprendió en qué lugar estaba.

Nunca supo a ciencia cierta la manera en que logró llegar a ese hospital ariqueño. Le dijeron que había sido recogida en las afueras, desmayada.

En un comienzo, solo pudo reconstruir sus recuerdos hasta el momento en que le rechazaron el paso por la frontera. Demoraría en ampliar la memoria y volver a visualizar el primer estallido, el

del guía, que prendió la oscuridad de la noche. Le tomaría un buen tiempo armar todo el cuadro. Por lo pronto, sin entender bien lo sucedido, sola, sin papeles de identificación, desesperada por la laguna mental, creyendo que en aquella explosión habían muerto varios, entre ellos el propio Julio, asustada por lo que pudiera pasarle, tomó la decisión de arrancar del hospital y dirigirse a la carretera para viajar a Santiago. Entonces, se encontró sin más ropa que la camisa color celeste facilitada por el hospital, abierta en la espalda, con las nalgas descubiertas.

En su desesperación, se acercó al muro coronado con ventanas y se subió a una silla para mirar la calle. Pensó en arrojarse, pero no sería fácil encaramarse, además le faltaba coraje. De regreso en el suelo, sus ojos recorrieron la habitación y se detuvieron en un ropero blanco de dos puertas. Allí hurgó entre varias ropas colgadas y decepcionada descubrió que las suyas no estaban, solo vio las de otras pacientes de la misma sala. De nuevo miró alrededor. Aún era temprano, apenas amanecía. Observó a las demás internas dormir, revisó algunos colgadores y retiró uno con una falda verde, un sostén blanco y una blusa negra, cuya talla le pareció cercana a la suya. Se vistió con rapidez. Le quedaban algo apretadas, pero no le importó, no era momento de regodearse. Siguió buscando en el closet, a ver si encontraba un par de zapatos. En el piso, probablemente caídos del mismo colgador, vio un par de calzones, también negros. Se levantó la falda y miró su pubis desnudo. Meneó la cabeza y sin perder más tiempo se los puso, después alargó la mano para tomar un par de mocasines oscuros que aparecieron frente a sus ojos. Por fin, se encontró en condiciones de salir a la calle. De paso recogió un chaleco de enfermera tirado sobre el respaldo de un sillón, y sintiéndose una vulgar delincuente, sin documentos ni dinero, se asomó al corredor. Caminó precavida, bajó unas escaleras, y apenas pudo creer cuando puso sus pies en la acera.

Hasta ese momento carecía de claridad sobre qué hacer. Su única meta era escapar, tenía algo así como una necesidad imperiosa de libertad. Y una vez lograda, consideró que su única opción, al menos la única razonable, era ubicar un medio para abandonar la ciudad. Un camionero dispuesto a llevarla, le pareció lo mejor, pero... ¿Alguno lo haría gratis? Y estuvo dispuesta a pagar con su único patrimonio: el cuerpo.

Caminó largo rato hacia la carretera, hasta un aparcadero de camiones junto a un restorán. Miró al interior y escogió al chofer cuya presencia la intimidó menos. Se acercó a su mesa, decidida.

El hombre untaba su pan en una seductora paila de huevos revueltos.

—¿Hacia dónde va?

El tipo la observó intrigado.

—A Santiago.

—Está bien, busco a alguien que me traslade hasta ese lugar.

Él continuó mirándola sin salir del asombro, como si se le hubiera aparecido un ánima.

—No tengo dinero y necesito llegar allá.

—Así que te lo has gastado y no tienes cómo regresar, ¿ah? No eres la primera... Pero seguro que debes tener hambre.

Alzó la mano y de inmediato se dirigió a su lado una de las meseras que conversaban junto a la mujer de la máquina registradora.

Él indicó la silla que tenía enfrente, invitando a la recién llegada para que se sentara.

—¿Qué deseas servirte? —Retiró los ojos de ella para beber un sorbo de café y los regresó, acompañados de una sonrisa amable.

—Lo mismo que usted, gracias.

—Pero trátame de tú, no más, si no soy tan viejo... ¿De dónde vienes?

–Soy peruana, de Chuicuito.

–Eso lo veo... Que eres peruana, digo... ¿Chuicuito? Eso está en la costa de Lima, ¿no?

–¿Conoce? Perdón, ¿conoces?

–A veces traigo carga desde allá, así que sí, algo conozco.

–No es precisamente Barranco, Chorrillos o Miraflores, pero al menos tiene mar. –Los ojos de la muchacha, alargados y de color castaño oscuro, brillaban contra la luz de la ventana.

–No me has dicho tu nombre.

–Anita.

–El mío es Samuel... Me gustan esas playas de piedras lisas, a veces pienso que más que las arenas finas de los balnearios elegantes.

–Sí, a mí también. Me gusta la sensación en los pies al pisarlas.

–Y me gusta más también el pueblo que esos enormes, modernos y lujosos edificios frente a la Costa Verde.

Ella lo miró, escéptica.

–Es cierto, créeme. Sus casas serán pobres, serán de esteras fabricadas con pajas cosidas, no habrá una avenida como la Costa Verde y se robarán la luz colgándose de los postes del alumbrado público, pero el lugar tiene algo, no sé qué, que no te cohibe como esos distritos de lujo.

–Pero es un poquito sucio, ¿no crees? –Guardó silencio durante algunos segundos–. Son esos afuerinos que se echan sobre sus toallas y engullen la comida sacada de sus bolsas, y litros de sopa guardada en botellas plásticas que después dejan tiradas.

Samuel se encogió de hombros.

–Puede ser, pero igual me gusta.

Llegó a la mesa la paila con huevos y un gran pan francés. Samuel la observó comer, casi sin tomar aliento: cuchareó, untó el pan, masticó con ganas. La miró con detención: muy joven, de cara redonda, los típicos ojos almendrados de su raza, la piel oscura, la nariz ancha algo achatada, un tanto gordita y pechugona. De caderas anchas, según pudo notar antes de sentarse, vestida con una falda apretada que dejaba escapar unos pequeños rollos por la cintura y gruesos muslos por debajo...

Pensó que siempre le habían gustado las hembras rellenas, desde su edad adolescente, y no le importaba el color de la piel. En sus estadías en Lima, por las noches, en los cabarets, entre tantas mujeres negras, las de clase media parecían blancas y eran un lujo. La necesidad lo hizo acostumbrarse a ellas, de modo que Anita le pareció un premio del cielo por su esforzada labor de camionero, de sol a sol. Esperó a que ella terminara de engullir el contenido que le habían servido.

–Bien, vamos. –Sacó del bolsillo unos billetes que puso sobre la mesa.

Ella lo siguió, obediente. Lo vio despedirse de la cajera con un leve movimiento de la mano y caminaron hasta el camión. Él abrió la portezuela y le ayudó a encaramarse. Después lo contorneó por delante y se acomodó a su lado, frente al volante.

El motor rugió, la mano de Samuel movió con decisión la palanca de velocidades, giró la dirección hacia su izquierda, señaló y avanzaron con lentitud hasta que las ruedas delanteras tomaron contacto con el asfalto, luego las traseras, y por fin, las de los dos pesados acoplados cubiertos con una gruesa lona gris impermeable.

–Acomódate, será un viaje largo. Probablemente más de lo que esperas. Con tanta carga, las cuestas se hacen interminables.

Anita afirmó con la cabeza y bostezó.

Samuel sonrió y, sin hacer más comentarios, puso la vista en el camino.

CAPÍTULO V ENFRENTADO A LA SEGREGACIÓN

Armar la novela en mi cabeza no fue fácil. A la investigación que debí realizar, se sumó mi ignorancia respecto a las costumbres de aquel pueblo vecino y el insólito hecho de tener yo, el escritor de crecimiento interior, una xenofobia brutal. Debo reconocer, en todo caso, que sumergirme en los derechos pisoteados de los inmigrantes me ayudó a comprender la terrible e injusta realidad vivida por las víctimas de la segregación racial.

Inicié mi investigación en la Plaza de Armas y el muro lateral de la Catedral que corre por la calle que lleva su mismo nombre, lugar de reunión de los peruanos, donde de inmediato me sentí fuera de lugar. Decenas de ojos me siguieron mientras caminaba de un extremo al otro. Regresé a la intersección con la calle Ahumada y repetí el paseo. Noté que despertaba en ellos una intranquilidad inmediata, producto de su ilegalidad y mi apariencia desconocida, que sin duda relacionaron con una especie de agente espía de migración. Claro, lo último que hubieran imaginado era un escritor tratando de armar una novela en su cabeza, deseoso de recopilar información sobre ellos y su país de origen. Tampoco lo habrían creído si me hubiera detenido a explicarles, así que decidí marcharme sin hablarles. Debo reconocer que molesto por causarles aquel desasosiego. Cruzé la plaza y me detuve varias veces a observar, divertido, diferentes eventos de su pintoresca realidad, sin imaginar la gran cantidad de veces que volvería durante las siguientes semanas.

El paso siguiente consistió en conversar con todos los peruanos con que me encontré en diversos lugares: trabajadores en estaciones de servicio, obreros de la construcción y, por supuesto, mujeres del servicio doméstico en casas de diversos familiares y amigos.

Siempre ocurrió lo mismo: conversaciones superfluas y una suspicacia exasperante. Ojos rasgados en rostros teñidos, enviando mensajes de desconfianza. Siempre, muy respetuosos, escuchaban mi plan y hablaban lo justo para no ser descorteses y al mismo tiempo evitar entregarme información que los pudiera perjudicar. Sus historias eran débiles, planas, cubiertas por corazas que no reflejaban el drama vivido, tanto en su tierra como en Chile; sin embargo, la incongruencia de sus realidades era evidente. Resultaba muy extraño que personas con estudios secundarios y en muchos casos universitarios, poseedoras de una notable cultura, hubieran viajado miles de kilómetros a una tierra extraña, dispuestas a desempeñarse en labores de segundo orden. Conocí a profesoras, a secretarías ejecutivas y a muchachas jóvenes llenas de ilusión, empleadas en casas particulares realizando trabajo doméstico, así como coperas y meseras en restaurantes de poca envergadura. También hombres jóvenes, muchos de ellos profesionales dispuestos a trabajar con carretilla, chuzo y pala.

Me pareció una realidad patética, y aquel antipático proyecto frente al que inicialmente me opuse a rabiarme fue entusiasmando, y al poco tiempo se convirtió en una especie de obsesión. Conocer más sobre aquel pueblo se convirtió en una verdadera obligación y llegué al extremo de sentirme vocero de su desgracia.

Dejaron a sus cónyuges, a sus hijos y en muchos casos a niños pequeños, para venir a un país, también subdesarrollado, en busca de una oportunidad que les permitiera continuar subsistiendo. Las empleadas en casas particulares, puertas adentro, eran verdaderas reas, dispuestas a trabajar más y salir menos para ahorrar y que su envío mensual fuera contundente, y las puertas afuera dormían en condiciones deplorables en sectores del Santiago venido a menos, donde eran

asaltadas, robadas y violadas, aparte de cruelmente marginadas.

Sin duda, si escarbaba más, encontraría entre aquella doliente gente, historias conmovedoras. Realidades, como quería Elisa, a tajo abierto. Reconsideraré la idea de seguir adelante. Más de una vez estuve a punto de detener mi investigación y no meter más mis narices en aquella miseria humana, ¿tenía yo derecho a desenterrar y ventilar a los ojos de todo el mundo su dolor?

Mis conversaciones con Elisa, a raíz de esto, tuvieron momentos álgidos. Hubo ocasiones en que estuvimos a punto de romper la relación. Recuerdo uno:

–No lo entiendes, Elisa, porque no lo has vivido. Me pides demasiado. Mientras trato de dar a la novela un curso positivo, tú insistes en abrir carnes y mostrar sangre.

–Lo que ocurre, es que aún no puedes sacar de tu mente eso del crecimiento personal. Estás rayado con esa cuestión, déjala y dedícate a trabajar. Todo me dice que puedes lograr una obra espléndida.

–Pero... ¿Me puedes decir qué tiene de malo mostrar la parte positiva de los peruanos? Al fin y al cabo son seres humanos, igual que nosotros, ¿o no?

–Quién lo diría, de ser un xenófobo a ultranza, te has convertido en un pastor de ovejas. Parece que eso del crecimiento personal se te ha subido a la cabeza, eras más interesante con la incoherencia esa...

–¿...?

–Esa, pues, la de por un lado escribir de lo importante que es ser positivo, y por otro tu xenofobia...

No me dio tiempo a responder.

–En todo caso, volviendo al grano, me da lo mismo que sean o no iguales, aparte que no lo son. Solo me interesa que tu libro se venda, ¿me entiendes? Estoy haciendo mi trabajo. Estoy protegiendo tus intereses más que tú mismo. –Su impaciencia comenzaba a notarse—. ¡Y fueron muy felices!, no nos sirve, métetelo de una vez por todas en la cabeza.

–No tienes para qué ser tan sarcástica.

–Entiéndeme de una vez por todas, por favor. Quiero situaciones al límite, no episodios románticos salvadores de una pobre gente que está padeciendo. Quiero su sufrimiento llevado al extremo. Descúbrelo y muéstralo, de lo contrario, vuelve a tu casa y dedícate a otra cosa.

–Te aprovechas de mí porque tienes la sartén por el mango. –La frivolidad en sus comentarios repletos de sustancia comercial, comenzaba a molestarme.

Esta vez alzó ambas cejas. Su cara pareció alargarse más de lo usual y abrió los brazos como si se dirigiera al cielo.

–¡Por supuesto que tengo la sartén por el mango! Y por si no te has dado cuenta, es mi pellejo el que está en juego, y no lo voy a arriesgar por tus contemplaciones frente a unos desconocidos que han roto tu corazón de abuelita. Déjate de niñerías y haz lo que tienes que hacer: escribe lo que se te ha pedido. Si no estás dispuesto, dílo y busco a otro... Lamento haberte escogido y que me hagas perder el tiempo de esta manera. Si no le hubieras dado tantas vueltas, tendríamos la novela casi lista, pero no, falta más de la mitad... y tú, no conforme, sigues y sigues con lo mismo...

Volví a la Plaza de Armas y sus alrededores, y hablé con decenas de mujeres de piel oscura, baja estatura y rostro asiático. Pasó mucho tiempo hasta encontrar confesiones que más allá de conmoverme, pudieran interesarme, pues no tenían la suficiente fuerza para imaginar historias convincentes y estructurar la novela. Entonces, ante un inminente fracaso, decidí involucrarme con algunas de ellas, pensando que tal vez pudiera, por fin, desenterrar algo que fuera útil.

Mi apariencia de escritor con facha desgarbada -en realidad más por mi situación económica

que por una concepción bohemia del vestir- y una forma de hablar atractiva, sumada al concepto de lo que es una raza europeizada -pelo castaño, ojos claros y tez pálida-, me permitieron provocar en varias peruanas una suerte de atracción, suficiente para crear las bases de relaciones más profundas.

Así, me adentré en sus realidades, conocí sus orígenes y logré que me contaran algunas historias, casi nunca propias (según decían), pero sin duda más interesantes que el material hasta entonces recogido. Me impregné de sus patéticas vivencias en Perú, de lo cual nadie se salva: unos pagan por su pobreza y otros, incluso con la vida, el precio de la riqueza, en un escenario caótico.

Aquella disposición que tuve a iniciar experiencias amorosas, trajeron por fin, como premio a la constancia, las historias de tres mujeres peruanas. En dos de ellas pude sembrar semillas de confianza y a fuerza de más paciencia y entrega, germinaron, hasta lograr momentos de conversación privada y su apertura. Sus revelaciones me sobrecogieron, sintieron mi sincera conmiseración, y por fin estuvieron dispuestas a compartir sus trágicas historias, sobre todo las vividas por ellas en Perú, país en apariencia sin destino.

El recuerdo de Anita permanecerá en mí durante mucho tiempo, tal vez por siempre. A Nésida la visito a menudo y es probable que siga sucediendo, aunque ella quisiera estar lo más lejos posible de esta ciudad. Pero su destino escapó de sus manos y no tiene más opción que esperar y rezar, eso si continúa manteniendo su condición de creyente. Con respecto a Lucrecia, no pierdo la ilusión de algún día conocerla, igual que los lugares sobre los que estoy escribiendo. Por el momento, no me queda más que conformarme con terminar la novela, que de a poco, se ha transformado en el suceso más importante de mi vida.

CAPÍTULO VI SUCEDIÓ EN HUARAL

Lucrecia nació y creció en Huaral, ciudad considerada la capital de la agricultura, a solo hora y media de Lima. Es una tierra privilegiada, famosa por sus frutales: mangos, pacayes, nísperos, ciruelas, y una diversidad de naranjales cargados de deliciosas frutas, con una variedad impresionante, todas jugosas, de diferentes tamaños y apariencias.

De niña recogía con frecuencia mandarinas enanas, cuyo aroma le fascinaba. Junto a su muñeca Gregoria, crespita y algo calva de tanto desenredarle el pelo, resguardada de los rayos del sol bajo los frondosos brazos de un gran árbol del cual nunca supo el nombre, las limpiaba con meticulosidad en el borde del delantal y las comía a mascadas, incluida la cáscara, delgada y de amargor suave. La combinación de ese sabor con la dulzura de su pulpa la convertían en una fruta deliciosa, exportable a todos los rincones de Perú.

Su infancia allí fue hermosa, en una época en que los inversionistas apostaban por el país, arriesgando muchos millones de dólares que permitieron el florecimiento de su economía con un auge impresionante de la industria. Su propio suegro participó en la producción de finas telas exportadas a Europa, Oriente y muchos países latinoamericanos. Las extensas plantaciones de algodón, cuya gran superficie permitía producir el hilado para la confección de finos tejidos, estaban consideradas entre las mejores del mundo, gracias a lo cual muchos hombres de negocios hicieron sus fortunas.

Fue en ese lugar, en aquella misma casa, donde sus juegos con Bartolo, el primogénito de don Bartolomé, patrón de su padre, culminaron con la pérdida de su candidez.

Era un muchacho bajo y moreno, quien a pesar de tener la mirada extraviada, era apuesto. Mucho mayor que ella, tenía un severo retraso intelectual, por lo cual sus padres a diferencia de sus dos hermanos menores, nunca le exigieron en los estudios, y los trabajos que le encargaban no eran más que una forma de mantenerlo ocupado. En una combinación de lástima y culpabilidad, lo consentían sin límites, haciendo la vista gorda a su improductividad y a su tendencia al ocio. Eso le permitía pasar parte importante de su tiempo en las casas de algunos inquilinos, especialmente en la de una joven pareja formada por Antonia y Miguel, desde que ella dio a luz a una niña cuya hermosura y gracia le impresionaban, en especial sus inmensos y expresivos ojos con forma de almendras, en un rostro teñido como el de su madre.

Bartolo era muy cariñoso y delicado con la niña y pasaba horas entreteniéndola, lo que despertó no solo su simpatía sino también la de Antonia, quien a medida que transcurrió el tiempo se fue acostumbrando a que le ayudara en tareas como darle de comer y cambiar sus pañales, llegando incluso a dejarla a ratos bajo su tutela. Así, pudo investigar el cuerpecito de la niña, intrigado por la única diferencia que en ese momento encontró respecto del propio.

Pasaron los años y en ese estrecho e íntimo contacto la vio crecer, incorporándola a sus inocentes juegos, parte de los cuales se desarrollaron en el balneario de Chancay, a solo diez minutos de la casa, a donde en ocasiones le permitían llevarla.

El lugar era fascinante para dar rienda suelta a la imaginación de ambos. Entre la larga hilera de casas que pisaban la playa, se destacaba una muy antigua: el castillo que se hizo famoso como una réplica casi perfecta del utilizado en las películas del conde Drácula. Más allá, a solo un par de cuadras, podían adentrarse en el puerto, entre la gente que iba y venía, deleitándose con el colorido de las embarcaciones, el ruido de las fábricas de conservas y harina de pescado con sus

chimeneas humeantes, todo impregnado en un aroma salino que a ratos saturaba el ambiente.

El castillo, convertido en museo, era una gran atracción turística, pero curiosamente mantenía cerradas al público las puertas que comunicaban con los calabozos subterráneos. Nadie en los alrededores conocía la verdadera razón. Se limitaban a creer en historias que hablaban de las crudas matanzas ocurridas allí, convertidas en superstición al añadirsele creencias extrañas ligadas a la fe religiosa, contrarias a la razón. Esto, sumado a la semejanza con el castillo de Drácula, aportaba una alta cuota de realismo a los juegos de Bartolo y Lucrecia.

El muchacho, acostumbrado a verla con periodicidad, no tomó conciencia de su desarrollo sino hasta que llegó a la edad de la pubertad y sus transformaciones físicas comenzaron a estimularlo: la vio aumentar de estatura, casi hasta alcanzarlo, y su cuerpo adquirió nuevas formas. Los juegos se hicieron más entretenidos, pues ambos comenzaron a percibir sensaciones que les eran desconocidas, imposibles de explicarse, y la relación adquirió nuevas características, con atractivos ribetes. En él, cuya sexualidad sí iba de la mano con su edad, se encendieron impulsos similares a los sentidos cuando ante la foto de una mujer desnuda o insinuante, terminaba calmándose, escondido, convencido de que era algo muy feo. En ella, todo aquello estaba impregnado de una exquisita novedad.

Los cándidos juegos fueron cada vez más sensuales y los gestos de cariño sufrieron una notable transformación: primero surgieron algunos besos fugaces en las mejillas, luego se extendieron hacia el cuello y pronto se concentraron en la boca. Aprendieron a jugar con sus lenguas y surgieron nuevas caricias que recorrían sus zonas íntimas, haciendo que la piel cambiara su textura. De a poco fueron conociendo placeres que los incentivaba para husmear con más ganas cada uno en el cuerpo del otro y su relación se hizo más estrecha de lo que jamás imaginaron, y esos juegos les atraieron aún más: él pudo dejar de masturbarse y ella aprendió a prolongar sus orgasmos hasta embriagarse de placer.

Pasaron los meses y aprovecharon cada oportunidad en que se hallaban solos. Lo hacían en la casa, a la rápida, en circunstancias de encontrarse Miguel a campo abierto y Antonia cocinando para la familia. También en los calabozos del castillo, al cual se introducían por una abertura descubierta varios años antes, que supieron guardar en silencio, sin imaginar lo útil que les sería con el paso del tiempo. Allí tuvieron el ambiente privado ideal, pues les permitía la tranquilidad para dejarse llevar sin sobresaltos. Así, probaron en repetidas oportunidades el éxtasis que les producía la fusión de sus cuerpos. Ella, apenas con trece años, lograba ese placer sublime con él, quince años mayor, protegido por sus padres, con necesidades básicas de hombre y mentalidad de niño. Configuraron una pareja de características únicas, sumergidos en la pasión de vivir para amarse. Al mismo tiempo, más allá de lo privado, compartieron su alegría con los vecinos, de donde saldría su gran amistad con los padres de Nésida.

Un día, precisamente en el castillo, luego de un prolongado coito, ella se acomodó para apoyar su cabeza en el pecho de Bartolo, mirándolo a la cara.

—He dejado de enfermarme.

Él mantuvo la sonrisa colmada de placer que había quedado marcada en su rostro.

—Significa que puedo estar embarazada.

Él no dio indicios de intranquilidad. Se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Te parece bien?

Bartolo volvió a afirmar con la cabeza.

—Entonces, tendremos que buscar dónde vivir. Puede ser un lugar chiquito, solo para nosotros y el bebé.

Él siguió asintiendo, sonriente, con su cara de idiota.

Ella armó en su mente lo que le pareció que pudiera conformar una nueva familia.

–¡Mi familia! –Lucrecia se acomodó para darle un beso en la boca, y dejó su cabeza en su hombro.

Él la abrazó con ternura.

–Un bebé, ¿eh? Bien, me parece bien... ¿Y será de nosotros siempre?

–Claro, tonto, ¿de quién más?

Bartolo rió y se paró.

Lucrecia lo observó, con su figura menuda, el ombligo redondo, su pene colgando lánguido. Se lo imaginó erecto y sintió un cosquilleo, y ganas de hacer otra vez el amor.

Él se alejó unos pasos y volvió para sentarse junto a ella con una decisión que junto a sus palabras la emocionaron.

–Me gusta la idea, se lo diré a mi mamá.

La calentura de Lucrecia se transformó en una sensación de temor que se le incrustó en la boca del estómago.

–No es tan fácil de explicar, Bartolo. Se enojará... y yo creo que mucho.

–No sé por qué tendría que enojarse... En todo caso, no te preocupes tanto, porque no le diré de este lugar, es nuestro secreto. Supongo que tú tampoco le dirás a la tuya.

–Está bien, como quieras... –Se apegó aún más a él, sin sorprenderse ante aquel comentario impregnado de esa ingenuidad que con el tiempo la había conquistado. Sus padres también entraron en su mente, pero sintió las manos de Bartolo y su lengua jugar con sus pechos, y sonrió al percibir que regresaba el hormigueo entre las piernas, incluso con más intensidad. Sus aprensiones fueron reemplazadas por aquella deliciosa excitación, y sus padres pasaron al olvido...

–¿Te has vuelto loco? –Luego de pasearse nerviosa por la habitación, la madre de Bartolo se había parado ante la ventana, dándole la espalda. Observó durante algunos instantes el valle y la invadió una curiosa tranquilidad. Intuyó que no era mala idea. Sus facciones se relajaron y apareció una sonrisa de gratitud. “Ni siquiera habrá que guardar mucho las apariencias”.

Esa cara plácida agradó a Bartolo. Se dejó abrazar como un niño malcriado que ha cometido una diablura.

–Lo conversaremos con tu padre.

–¿No estás enojada, mami?

Ella volvió a sonreír.

–No, hijo, no, ya lo arreglaremos, no te preocupes, siempre arreglaremos todo para ti.

¿Cómo enojarse? Aunque pertenecientes a la clase acomodada, siempre habían vivido en el campo, poco interesados en los asuntos de sociedad, y dado el evidente retardo de su hijo, no era necesario aparentar. Aquella le pareció una oportunidad caída del cielo. Con una familia propia, podría llevar una vida medianamente normal. El hecho de que Lucrecia lo quisiera tal como era, le pareció una bendición. ¿Qué importaba que fuera pobre y de una condición social inferior? Si se hubiera tratado de uno de sus hermanos, claro, habría sido un desastre con catastróficas consecuencias, pero el caso era del todo diferente: se trataba del niño Bartolo y su felicidad.

Lucrecia, por su parte, no estuvo tan segura de que su madre reaccionara para bien y no se atrevió a contarle; sin embargo, evitar que su conducta cambiara y así no alertarla, fue inútil.

–¿Tienes algo que decirnos? –Antonia había terminado de servir la cena y estaba sentada a la mesa, frente a ella.

Lucrecia se mantuvo callada para no mentirle. Muchas veces antes, había ocultado algo para evitar un castigo o un reto, pero en esta ocasión el asunto era serio, y había muchas probabilidades

de que la mamá de Bartolo la hubiese alertado. Bajó la cara y mantuvo la mirada en su plato.

–¿Cuánto hace que no te enfermas?

La brusquedad de aquellas palabras hizo que Lucrecia levantara la cara. Encontró la mirada de su padre, quien sostenía su cuchara a medio camino entre la sopa y la boca.

–Más de dos meses. –Sus mejillas estaban encendidas.

–¿Y? ¿No lo ibas a contar nunca?

Lucrecia encogió los hombros.

–¿Desde cuándo que tienen relaciones?

Lucrecia calló. ¿Cómo decirle que casi un año? Y para peor, ¿delante de su padre?

Antonia no quiso presionarla más. La miró con cariño. “Tan niña...” Sonrió, pues se sintió hasta cierto punto responsable. ¿Cuántas veces había rezado al Santísimo para que aquello sucediera? Para ellos, campesinos pobres y esforzados, sería una bendición emparentarse con los patrones. Por eso, no le inquietaron los juegos del muchacho con la pequeña, tampoco cuando su cuerpo comenzó a cambiar, incluso llegada su primera menstruación, agradecida de que el amor de su hija por él no decreciera al comenzar a madurar, pues hubiera podido retraerse al comprender el alcance de sus limitaciones.

Pero no, eso a Lucrecia nunca le importó. Por el contrario, le atrajo la idea de un hombre con características de niño. Lo pudo mimar y utilizar para continuar jugando, como si fuera un muñeco. Además, le era útil para desahogar de manera entretenida sus apetitos sexuales. En ello, el escondite al interior de los calabozos del castillo influyó de manera determinante. Ambientaron con velas y algunas cosas hurtadas por Bartolo a su madre: cojines, dos vasos, dos platos, dos cucharas... También llevaron botellas con agua y muchas mandarinas. Lucrecia cambió la sombra del árbol por los calabozos, a su muñeca Gregoria por Bartolo y su inocencia por el placer.

Los padres de Bartolo hicieron los arreglos para una boda sencilla e íntima. Después se las arreglaron para que la pareja tuviera una vida fácil y no fuera a pesar sobre Lucrecia el retraso de su marido, lo que le permitió mantener una encantadora combinación entre niña consentida, esposa y dueña de casa, con un aumento sostenido de su alegría, lo que para él resultó fascinante.

Trabajaron en una chacra cedida por los padres de Bartolo, donde percibieron la grata sensación de ser útiles al producir parte de sus alimentos, como las frescas y sabrosas hortalizas que cosechaban al momento de preparar la comida. También satisficieron el resto de sus necesidades, haciéndoles sentir que estaban agradecidos por tener aquella hermosa oportunidad.

Aparte de algunos arrebatos de Bartolo, que Lucrecia soportaba y superaba rápido, el resto fue pura dicha.

Pero tanta felicidad no sería eterna... Repentinamente, a primera hora de la mañana de un día martes, las manos de la madre de Bartolo se agarraron con una extraña brusquedad a la chaqueta del pijama de su marido.

–Siento el cuerpo frío, muy frío. –Los primeros rayos del sol, recién aparecido tras los cerros, inundaban la habitación.

Él se refregó los ojos, miró las cortinas corridas y algo molesto no comprendió su desesperación.

–¿Tienes una pesadilla? –El tono de la voz acusaba su poca disposición de ánimo.

–Me siento sola, muy sola, y me duele aquí. –Puso su mano en el pecho, luego en el hombro izquierdo y la deslizó por el brazo–. ¡Mucho! –Se había encorvado.

De pronto, dejó de respirar.

El hombre apenas comenzaba a comprender lo que sucedía, y ya era tarde. Ni siquiera tuvo la oportunidad de trasladarla a un recinto asistencial. El infarto al miocardio había sido fulminante.

Para el padre de Bartolo fue un golpe que nunca logró superar. Una enfermedad larga amortigua el dolor sufrido por la partida de un ser querido, incluso puede aparecer como una bendición para quienes le rodean, pero un accidente, del tipo que sea, repentino, siempre con apariencia de injusticia divina, no lo permite. Aparece como un manotazo del Creador que descuartiza la razón. Dejó de trabajar con el ahínco mostrado hasta entonces, perdió el apetito y adelgazó hasta que su rostro palideció y adquirió una triste fisonomía cadavérica. Dos meses después de la partida de su amada esposa, una noche, luego de quedarse dormido, la siguió.

“Murió de pena”, comentaban parientes y amigos, y Lucrecia con su esposo, ante aquel incomprensible impacto proveniente de esa decisión arbitraria de la Divinidad, aceptaron esa explicación.

Los dos hermanos de Bartolo, entonces, entraron a tallar. Nunca se habían involucrado en su vida, pero sí se resintieron de niños por la gran diferencia que sus padres hacían entre ellos y su hermano mayor, quien sin estudiar, hizo lo que quiso, perdido de la casa por horas, mientras ellos debían cumplir una estricta rendición de cuentas por cada una de sus actividades escolares, sociales y del tipo que fuera. Encubaron rabia en su inconsciente, que encubrieron como un legítimo interés por resguardar los intereses de la familia, o sea, los suyos. Coincidieron en declararlo interdicto por no ser capaz de defender sus intereses ni los de Lucrecia. Para apaciguar sus conciencias, echaron mano a todas las razones que sus mentes fueron capaces de urdir. La principal consistió en no perdonarla por la manera de haberlo atrapado en casorio, pues jamás los convenció el asunto del embarazo, que siempre consideraron muy turbio, hecho que después de los acontecimientos les dio la razón: el niño nunca nació, más bien, jamás hubo niño. Fue un maldito quiste que, aunque de origen benigno, una vez extirpado la dejó estéril, según algunos para mejor. Pero ya se habían casado, y como se amaban, nada cambió; sus padres se jugaron de manera vehemente por ellos, transformándolos en intocables.

Lucrecia rogó a los hermanos para que no hirieran a Bartolo y, a cambio de que respetaran lo que ya tenían, más una pequeña mesada, renunció a su parte de la fortuna. A ellos les pareció justo y no volvieron a involucrarse en su relación. Ella, pocas veces volvió a pensar en todo eso. En ocasiones, en el bus, entre Lima y Tacna, pero luego de lamentarse un rato lo olvidaba, y al bajar ya era parte de la historia.

CAPÍTULO VII

CHILE, TIERRA DEL DINERO FÁCIL

Lucrecia le habló a Nésida sobre Chile, la tierra del dinero fácil, haciendo todo el tiempo la comparación con la ciudad de Lima, donde conseguir empleo era una odisea y había que trabajar hasta partirse el lomo para recibir unos míseros soles.

Nésida, como gran cantidad de jóvenes egresados de la enseñanza estatal, no pudo seguir estudios superiores pues sus padres fueron incapaces de solventarlos debido a su precaria situación económica. Él culpaba a la recesión proveniente de Oriente debido a la política de endeudamiento de Estados Unidos, con todo lo que ello podía significar para un país tan lastimado como Perú; también a las medidas tomadas por el gobierno encabezado por Alberto Fujimori, quien, aunque logró una disminución considerable de la acción terrorista, no pudo controlar el deterioro de la economía. Y aunque redujo a importantes cabecillas que se habían apoderado de la sierra e incrementado la violencia en el territorio nacional, afectando de manera dramática también la política, la paz social y la cultura, no pudo dar al pueblo, a quienes creyeron en él y le dieron su voto, el bienestar que les prometió. Responsabilizaba también a la herencia del gobierno comunista de Fernando Belaúnde, iniciado en la década de los ochenta, luego de doce años de régimen militar. El partido comunista de Perú, más conocido como Sendero Luminoso, inició en 1980 sus acciones armadas, las que durante casi dos décadas se extendieron por todo el territorio nacional. Y en 1983, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru comenzó sus actividades. El daño producido por estos grupos insurrectos fue incalculable, pues la persecución a los empresarios obligó a la mayoría a huir con sus familias, llevándose sus conocimientos, experiencia y capitales para ser aportados en naciones que los acogieron, principalmente Estados Unidos y Chile, considerado este último una alternativa atractiva por su reputación de país en vías de desarrollo con una economía estable. Igual suerte corrieron los ejecutivos y profesionales más cotizados, que con sus familias amenazadas, abandonaron Perú en busca de tranquilidad, desarrollo profesional y estabilidad económica. La situación laboral, también se puso muy pesada para los asalariados. Por una parte los empleadores redujeron el costo que significaban las leyes sociales y recontrataron a sus trabajadores en calidad de prestadores de servicios por períodos reducidos renovables según las circunstancias, y por otra, con una cesantía galopante y una proliferación de individuos volcados a las calles en busca de medios de subsistencia. Todo esto provocó en la gente una gran sensación de inestabilidad y aparecieron las actividades más raras, producto de la imaginación y la desesperanza. No cabía duda de sus ansias por trabajar. En la búsqueda desesperada de nuevos medios de subsistencia, hubo quienes cavaron hoyos a los costados de la carretera y por precios módicos ofrecían el servicio de cambio de aceite a los vehículos, en abierta competencia con las estaciones de servicio; otros montaron garajes informales para efectuar reparaciones menores a los automóviles, en desmedro de los lugares establecidos. También se plagó de vendedores ambulantes de todo tipo, mellando los negocios que debían pagar gastos generales, derechos municipales e impuestos.

Los profesionales extranjeros, por su parte, también llevaron sus valiosos aportes a otros lugares menos peligrosos y muchos regresaron a sus países de origen.

El temor a ser atacado en la sierra llegó a tal punto, que nadie se atrevía a ir.

Perú, al igual que todos los países subdesarrollados, tiene grados de miseria dentro de su pobreza. Mientras algunas personas desprotegidas hacen el esfuerzo por arrancar a la escasez, otras

más indigentes son esclavas dentro de un sistema que no perdona y que, como están las cosas, cada vez es peor.

Es el caso de los habitantes de la sierra, los cholitos, como les llaman los limeños con una especie de cariño peyorativo. Su realidad es lamentable: apareció en su defensa, catalogado a sí mismo de ser su salvador, el movimiento revolucionario comunista Sendero Luminoso, que no resultó ser mejor que los burócratas corruptos responsables del sistema que los apartó cada vez más de su condición de ciudadanos. Se adueñó de la sierra y sembró el terror, hasta que sus cabecillas fueron exterminados por el ejército que apoyó la iniciativa del presidente Fujimori para hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. El terror desencadenado por aquel desquiciado movimiento fue, principalmente, para sus supuestos protegidos, los habitantes naturales del lugar, los indios Quechua, quienes sometidos, perdieron hasta las más básicas de sus libertades. También para los afuerinos que osaron subir, asesinados sin conmiseración: estudiantes, profesores, profesionales, enviados especiales, turistas, incluso sacerdotes en misiones, solo por el hecho de pisar su territorio, sin importar su origen ni los motivos que los llevaran a aventurarse por esos pagos.

Las posibilidades de emigrar, para estos pobres de la sierra, se circunscribe a Lima, donde pretenden desempeñar labores a las cuales los limeños de clase media rehúyen, independiente de qué tan afectados puedan estar sus bolsillos.

Vivir en aquel país se convirtió en una pesadilla, de la cual para muchos huir fue la única manera de despertar.

En sus conversaciones con Nésida, Lucrecia compartió sus aventuras y le contó sobre las hazañas realizadas para salir adelante, a pesar de la cruel y larga enfermedad de su difunto esposo.

—Y logré sobrevivir —le decía— gracias a los ariqueños, donde pude vender el contrabando que tantas veces pasé por aduana... Y que aún llevo.

—¿Nunca te han pillado? —A Nésida la sorprendía la habilidad con que su amiga realizaba esa actividad tan peligrosa—. Yo nunca me atrevería a hacer algo así.

—Ojalá nunca necesites hacerlo, una saca fortaleza de no sé dónde...

Cada vez que llegaba a este punto, Lucrecia callaba, esperaba unos segundos, y de adrede se saltaba la parte de la historia que durante mucho tiempo no quiso compartir, ni siquiera con Nésida. Sus facciones se mantenían inexpresivas, ocultando lo que sentía, algo que nadie más que ella podría comprender: era difícil explicar tanta incongruencia entre su vivencia en aquella oficina de extranjería y migración chilena, y los inesperados hechos a partir de su encuentro posterior, a las siete de la tarde, con el funcionario Amancio González. Su mayor secreto era suyo, solo de ella... Nunca imaginó que la fueran a descubrir, y de ocurrir, no se le pasó por la mente que la detuvieran en un cuarto a solas con un desconocido que la vejara a su antojo, amparado en su condición de funcionario de un organismo estatal. Hasta ese instante, pasar escondida la mercadería llevada desde Lima no le había resultado más difícil que soportar la transpiración de las manos y el nudo en el estómago, hasta encontrarse fuera de la Aduana, camino a Arica. En todo caso, a medida que lo hizo, cada vez se inquietó menos, hasta que su nerviosismo casi desapareció. A eso culpó en el futuro, el haberse descuidado.

En un comienzo le costó encontrar clientes y debió aceptar que los comerciantes se aprovecharan de su doble condición de ilegal y contrabandista para pagarle mucho menos de lo justo, pero aún así, era mejor negocio que cualquier actividad en Lima.

Nésida analizó con detención la proposición que le hizo Lucrecia, repasando uno a uno cada punto a favor y cada situación que le pareció en contra. Y una vez convencida, decidió hacerse

acompañar por ella para hablar con sus padres, pues la consideró su mejor carta para que no se opusieran de manera intransigente a que abandonara Lima. De no aprovechar dicha oportunidad, tal vez nunca lo hiciera. La idea de vivir una aventura le parecía mucho más atractiva que consumirse en empleos miserables para vegetar de por vida, también la esperanza de ahorrar dinero para pagar su ingreso a la universidad. Sin embargo, lo más determinante fue la angustia que le producían las discusiones entre sus padres, inducidas por la condición de pobreza que los ahogaba. Se sintió una molesta carga, culpable en su calidad de miembro consumidor improductivo.

Por otra parte estaban las razones que la desanimaban a partir. Pensó en sus amistades, sobre todo en sus amigas Elsa y Luisa, sin quienes le parecía casi imposible emprender algo de esa envergadura y a un lugar tan lejano; sin embargo, sus intentos por convencerlas de acompañarla fueron infructuosos pues ambas tenían buenos motivos para negarse. Las tres habían sido compañeras de curso en el colegio y amigas inseparables, desde que Nésida se trasladó de Huaral. Con ellas fue a casi todas sus fiestas y salieron con los primeros muchachos. José, el novio de Elsa, le presentó a su amigo Roger, lo que les permitió continuar saliendo juntas, y no dejaron de lado a Luisa, la más inquieta de las tres, incapaz de mantener una relación estable. Además consideró la nostalgia producida por la idea de abandonar su hogar, en especial a su hermana Sandra, admiradora incondicional, para quien resultaría muy doloroso verla partir. Aunque solo un año menor, la miraba de manera especial, incluso con más respeto que a Daniela, dos años mayor. Por último, estuvo su relación con Roger, quien recibió la noticia como un balde de agua fría.

—Pero, ¿y nuestros planes?

En el rostro de Nésida se marcó la curiosidad.

—Porque siempre he creído que algún día nos casaríamos... Muchas veces dices que quieres tener una montonera de hijos.

—Pero no todavía, acabamos de salir del colegio, ¿no te parece que somos muy jóvenes?

—¿Y si estuvieras embarazada?

—¿Lo estoy?

—No, yo sé que no, solo lo digo, si estuvieras...

—Pero no lo estoy ni lo estaré. Por lo demás, tampoco me casaría por obligación.

—¿Estás decidida? Digo, ¿a irte? ¿Y tus papás, qué dicen?

—No lo he conversado aún con ellos, así que no se te ocurra decirles algo.

—Te lo prometo, pero no me respondiste, ¿estás decidida?

—Casi... en verdad, creo que sí. Lo siento, Roger, en verdad lo siento.

Él se acercó y la abrazó.

Ella se dejó por un rato para no parecer tan brusca, pero antes que se le ocurriera besarla, se zafó.

—Lo lamento, Roger, de veras. Creo que si has hecho planes conmigo, debes olvidarlos. No quiero irme con un compromiso, pues ni siquiera sé por cuánto tiempo será, tampoco exactamente a qué lugar.

—¿Quieres decirme que estamos terminando?

—Es mejor, Roger, mucho mejor.

—Pero, ¿no me amas?

Nésida levantó los hombros, se sonrojó y enmudeció.

—Dímelo, por favor, ¿me amas?

—No lo sé. Me pone nerviosa estar dispuesta a dejarte, significa que no eres tan importante

como creí.

Él se mantuvo en silencio. Había escuchado lo que menos deseaba.

–Será mejor que dejemos de vernos.

Roger, aún callado, se alejó, sin despedirse.

Ella estuvo a punto de seguirlo para decirle que no, que nada había sucedido, que se olvidara, pero se mordió el labio y controló sus impulsos, pues no eran más que producto de su buen corazón. Lamentaba haberle roto el alma. Mientras lo miraba, descubrió sorprendida que dejarlo irse le producía alivio. Pensó que apresurarse en formar una familia sería un tremendo error, del cual arrepentirse durante toda la vida. Pensó que Roger, de ser un motivo más para impedirle partir, se convertía en todo lo contrario, no como en el caso de Elsa, cuyo novio era la causa principal para no acompañarla. Y con razón, pues aparte de estar enamorada, mantenían una relación cercana desde muy pequeños, pues era hijo de unos buenos vecinos, amigos por muchos años de sus padres.

Crecieron los deseos de Nésida por alcanzar la independencia y, decidida a no cortar sus posibilidades de desarrollo por la falta de dinero de sus padres, decidió aceptar la proposición de Lucrecia y acompañarla en su siguiente salida con dirección a la ciudad de Arica, en Chile.

Su principal problema pasó a ser cómo planteárselo a su padre, lo que hizo como si se tratara de algo en estudio, para que no se ofendiera por haberlo decidido sin considerar su opinión. Lucrecia, que la acompañaba, decidió dejarlos solos. Él escuchó a Nésida, se mantuvo en silencio durante largo rato, y por fin ocurrió lo temido por ella.

–¡Será una puñalada para tu madre!

Nésida se quedó mirándolo, impresionada de su capacidad para manipular.

–¿No tienes nada qué decir?

–Sí, perdón papá, es que, ¿sabes...? Sí, por supuesto que lo sabes, pero no estás dispuesto a aceptarlo.

–¿...?

–Sabes que deseo estudiar, papá, y también que no lo puedes pagar.

Eso, a él le dolió, sin embargo no lo dejó traslucir.

Ella se mordió el labio inferior, sabiendo que había dejado caer un chorro de limón en la llaga de su padre.

–Pero puedes encontrar un trabajo por aquí cerca y ayudarnos, ¿no?

Nésida bajó la voz, que se hizo casi inexistente.

–Papá, a cada rato escucho las discusiones entre ustedes, sobre cómo ha empeorado su situación económica, y recuerde que también vivo en este país y sé de las pocas probabilidades de repunte que hay. No soy una niña y sé cómo están las cosas, y las dificultades para encontrar un trabajo, y para peor mal pagado.

El hombre se arrellanó en su sillón, retiró la vista del periódico y lo dobló con parsimonia para dejarlo sobre la mesita, junto a la taza de té vacía. Se sacó los anteojos y con el grueso marco en la mano chupó la curvatura de uno de sus brazos, casi dorado por el reflejo del sol.

Nésida, parada al frente, tuvo la paciencia de esperar, pues comprendía lo afectado que estaba.

Él reconoció a regañadientes que su hija tenía razón. Le era imposible financiar su ingreso a la universidad y tuvo un nuevo motivo para sentir rabia contra el Gobierno Central, los políticos y el Estado. Sintió que la impotencia lo consumía al ver cómo ella, a pesar de haber sido una alumna excelente, con las mejores calificaciones en su examen de admisión para iniciar su anhelada carrera de enfermería, era otra víctima de la maldita corrupción, al ser robada su plaza por la

dirección de la Universidad Estatal en beneficio de alguien cuyos padres tuvieron los recursos suficientes para pagar y conseguir que los nombres fueran cambiados en la lista, desplazándola miserablemente, de la misma manera que ocurría todos los años con cerca de la mitad de los alumnos inscritos.

Ante tal realidad y sin los recursos para pagar una universidad privada como la de San Martín o la de Lima, ni para contratar un abogado y litigar contra el sistema, frustrado y humillado, intentó ocultar su consternación. Asintió con la cabeza y un suspiro se le arrancó al pensar en la depresión que producirían en su esposa los planes de su hija, y la probable agresividad que despertaría contra él.

Y así fue. Durante los días que antecedieron a la partida, lo culpaba entre llantos, y las discusiones aumentaron considerablemente. También las quejas de él por la estupidez de sus compatriotas, electores ignorantes que en 1990 habían votado para elegir como presidente de la República a un profesor de matemáticas desconocido –técnico agrícola para algunos, ingeniero según otros, con un título que había comprado para darse importancia, decían las malas lenguas–, entusiasmados porque durante la campaña televisiva aparecía en el campo como un trabajador más de la tierra, con las manos llenas de papas, y ofrecía trabajo para todos los peruanos, quienes aburridos de los partidos políticos tradicionales, tan desacreditados como sus conductores, se encantaron con su calidad de caudillo y sus promesas renovadas, creyendo que sus problemas debían ser resueltos por el Estado.

CAPÍTULO VIII ENTRE EL HOSPITAL Y LA CALLE

Contenta de haber terminado su turno, la auxiliar Sandoval se dirigió a la sala común en busca de su ropa de calle. Apenas por dos minutos no se cruzó con Anita. Observó a las enfermas dormir y vio su cama vacía. Supuso que había entrado al baño y recordó la condición lamentable en que se encontraba al ser ingresada la tarde anterior por una patrulla militar: andrajosa, sucia, hedionda, confundida, con pérdida casi total de la memoria y en evidente estado de shock. A ella, recién entrada al turno de noche, le tocó recibirla, y luego de una revisión general hecha por el médico a cargo, la limpió...

Desabotonó su delantal mientras intentaba digerir el motivo de la calamitosa condición en que se encontraba la muchacha. Luego de sacárselo alargó la mano hacia el colgador del ropero con la intención de recoger el gancho con su ropa y consternada observó que estaba vacío. Miró hacia el suelo por si las prendas hubieran caído, y aún más sorprendida se percató de que sus mocasines de calle tampoco estaban.

—¡No puede ser! —Corrió al baño y anonadada descubrió que estaba desocupado. Dirigió la mirada hacia el sillón, acostumbrada a tirar su chaleco sobre el respaldo, y no lo vio.

—¡Se ha ido, no puede ser! ¡Y la muy sinvergüenza me ha robado! —Calculando que de seguro no había salido mucho antes, corrió hacia la puerta para intentar alcanzarla. Observó a una enferma de edad avanzada que avanzaba por el pasillo, mirarla con cara de asombro. Se percató de estar a pie pelado y cubierta solo por los calzones y el sostén. Se paralizó durante algunos instantes y regresó al ropero. Abochornada se puso el delantal, las zapatillas, y cruzó el dintel hacia el corredor. Se miró —en una conducta neurótica para asegurarse de estar vestida—, y caminó con rapidez.

Preguntó por la muchacha a tres enfermeras que encontró a su paso. Todas las respuestas fueron negativas. Corrió escaleras abajo y salió a la calle. De la muchacha, ni sombra... ¿Qué explicación dar a su superiora? ¿Cómo era posible que una paciente se levantara y sin que nadie la viera se esfumara como un fantasma? ¿Qué diría el hospital en su informe a las autoridades? Comprendió la importancia de hallarla y, sin pensar más, se dirigió al terminal de buses, esperanzada en ubicarla intentando abordar una de esas máquinas.

El gentío le complicó las cosas más de lo que esperaba. Preguntó por ella a varios trabajadores del lugar: algunos dijeron no haberla visto, otros dudaron y no faltaron los que respondieron positivamente a la descripción. La búsqueda resultó infructuosa y regresó al hospital acongojada. Subió las escaleras con dificultad, como si fueran de arena, y ya en el segundo piso, mientras caminaba hacia la oficina de la enfermera jefa del piso, sintió los fuertes latidos de su corazón. El cuartillo no tenía puerta, de modo que asomó la cabeza y al ver que estaba sola, entró.

—Se ha ido, jefa.

—¿Se ha ido? ¿A quién te refieres?... Estás agotada... ¿No es hora de haberte ido a tu casa? —Miró el reloj—. Haz terminado el turno hace más de una hora, muchacha, ándate, mañana será otro día y me podrás contar lo que quieras. Por ahora es suficiente, debes irte a descansar.

—¡La muchacha, doña Rebeca, la muchacha que llegó ayer en la tarde... Se ha ido!

—¿Cómo que se fue?

—Sí, y se ha llevado mi ropa, hasta mis zapatos. Resultó ser una ladrona. Algo grande se trae entre manos esa niña, doña Rebeca, capaz que hasta haya matado a alguien.

—¿No crees estar exagerando?

–¿Se da cuenta, doña Rebeca? ¿Se da cuenta? Y ahora, ¿qué les diremos a las autoridades?

–La verdad no más, pues niña, y de inmediato para no involucrarnos en lo que no nos corresponde. Tomó el teléfono y se comunicó con el teniente a cargo del cuartel de policía, quien junto con enviar un par de uniformados se puso en contacto con la oficina de migración, pues consideró que por sus características el asunto era de su competencia.

Algunas horas después el encargado Amancio González visitó a la enfermera jefe, quien no demoró en expresar su incredulidad ante lo ocurrido.

–¿Cómo puede una persona sin documentos ni dinero, desaparecer como si se la hubiera tragado la tierra? De seguro algo malo se trae entre manos.

–No lo creo, enfermera, recuerde que intentó ingresar al país de manera ilegal. Creen que si los descubren, la sanción será mucho más drástica de lo que es en realidad. La muchacha es uno más de los cientos de peruanos que entran sin autorización y otro de los miles que se encuentran en condición de ilegalidad. Así que redacte su informe con la verdad. Para su tranquilidad, yo me encargaré de darle un curso que no las comprometa: a usted, a la Sandoval, ni al hospital.

–Es usted una gran persona, don Amancio, si necesita algo en que pueda serle útil, no dude en recurrir a mí.

Se pararon y Amancio le echó un vistazo de cuerpo completo: no estaba mal.

–Espero que no lo olvide, Rebeca.

–No, don Amancio, se lo prometo, nunca lo haré. Estoy... estamos, digo, el hospital y yo, una vez más en deuda con usted. Le debemos otra. –Recordó aquellas ocasiones en que el encargado de migración, gracias a su silencio y diligencia, les había ayudado a solucionar situaciones comprometedoras.

–En todo caso, querida, no estaría de más que la próxima vez que le traigan a una persona desconocida, ponga más cuidado, sobre todo si no lleva papeles. Le recomiendo que antes de llamar a las autoridades, me ubique. Yo sabré darle las indicaciones exactas de lo que debe hacer.

–Gracias de nuevo, don Amancio.

–Está bien, demos vuelta la hoja y caso cerrado.

CAPÍTULO IX

LUCRECIA, EN COMPÁS DE ESPERA

Aquella tarde fue para Lucrecia de una lentitud insoportable. Tirada sobre la cama repasó los hechos ocurridos en ese sórdido cuarto ciego de la oficina de migración, mientras el temor a perder sus joyas no la dejaba en paz, así como tampoco la interrogante de qué tan dispuesta tendría que estar para satisfacer a ese hombre, un tipo al que no hubiera sido capaz de reconocer en la calle. Tal era el terror sufrido en aquella oficina. Solo se acordaba de sus grandes y gruesas manos, puestas sobre el pestillo de la puerta.

Por fin dieron las siete. Pasados pocos minutos, escuchó unos nudillos golpear su puerta. Sin duda era él, su obligado y esperado invitado. Sintió una combinación de incómodas sensaciones, incluida la impaciencia por recuperar su mercancía.

Los golpes se repitieron, justo en el momento de abrir.

Asombrada, en lugar del tipo, enfrentó a una joven y atenta camarera.

–Señorita, en la recepción la espera el señor Amancio.

–Gracias, dile por favor que voy en seguida. –Lucrecia percibió que la ansiedad le punzaba en el estómago, le oprimía el pecho y le secaba la garganta. Luego de cerrar la puerta, entró al baño y se observó durante algunos instantes en el espejo. Luego de un profundo suspiro, salió a enterarse de las pretensiones del recién llegado. Se preguntó, por enésima vez, hasta qué punto se aprovecharía de tener sus posesiones, y de las atribuciones que le permitía su cargo... Hasta podía acusarla de contrabandista. ¿Cuál sería el precio a pagar? Porque podía transformarse en una pesadilla sin límites si no lo contentaba. De portarse descortés, tal vez no recuperara nada, lo que le pareció terrible, pues esta vez había invertido todo su dinero, además que tampoco le sería posible volver a Chile mientras él estuviera asignado a esa frontera. En cambio complacerlo sería una puerta abierta para desarrollar expeditamente su negocio, crucial en aquellos angustiosos momentos de gran necesidad económica. Recordó sus palabras: “...Puedo serte de mucha utilidad...” El dinero invertido, ahora en poder de él, producido gracias a su matute, le era imprescindible para comprar algunos medicamentos y más mercadería, sobre todo después de haber optado, sus cuñados, por no seguir dándole la mesada acordada. Volvió a pensar en aquella oficina de migración, el tipo y su conducta. Se había limitado a mirarla. A pesar de estar desnuda y entregada, sabiendo que no tenía más salida que someterse a sus pretensiones, nada le había pedido para satisfacer algún instinto bajo. Eso la animó a abrigar la esperanza de que no la colocara en una situación límite, pues estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario con tal de recuperar su mercancía. Bartolo entró en su mente y su triste condición la hizo menear la cabeza.

Al final del corredor vio al hombre sentado en una banca contra la pared, con las piernas cruzadas, como en una foto. A medida que se acercaba intentó hacer coincidir, con esa imagen, el recuerdo de sus gordas manos y gruesos dedos tomados del cerrojo, mientras ella rogaba porque bajo ninguna circunstancia lo fuera a correr. Aminoró el paso para tener más tiempo de observar su apariencia, que la fue desconcertando. Esas manotas la habían llevado a armar en su cabeza una idea desfigurada de su aspecto físico. No era guatón, mofletudo, ni algo por el estilo. Le pareció varonil, y aunque mayor que ella, no tanto como Bartolo. Eso le gustó. Su presencia era imponente, su vestimenta elegante, parecía inteligente y... Sacudió la cabeza, sorprendida de haber olvidado tan pronto los grotescos sucesos de la mañana y su realidad de mujer casada. Por mucho que Bartolo estuviera en calidad de vegetal, aún era su esposo. Desconcertada, lo vio pararse

para saludarla. Erguido, como un roble, avanzó un par de pasos...

Salieron a la calle y la guió, sin hablar, hasta un restorán de comida peruana, cerca de la playa.

Luego de sentarse y ordenar dos bebidas, para desconcierto de Lucrecia, lo primero que hizo fue excusarse por haber sido tan rudo, pero más la sorprendió cuando le extendió su tarjeta de presentación.

–Tus joyas están en buenas manos, anda mañana a cualquier hora a esta dirección y recibirás el dinero correspondiente a su pago. Es un joyero honrado... dentro de lo que se puede esperar, por supuesto -sonrió con aires de complicidad-. Me debe muchos favores y te he recomendado, así que te tratará de manera muy especial. Por tu lado, espero que no me defraudes.

Ella lo miraba, atónita, preguntándose cuál era el precio a pagar por aquel servicio. Él, acostumbrado a esos menesteres, no demoró en adivinar sus pensamientos.

–Eres una mujer joven y atractiva que da la impresión de estar muy sola, sobre todo si es cierto lo que me contaste de tu... ¿marido? Aunque si he de ser sincero, me cuesta creerte. Por mi parte, también estoy solo. Tal vez podamos ser buenos amigos... Mañana comprobarás que puedo serte de mucha utilidad. Sonrió exhibiendo sus grandes dientes amarillos.

“¿Qué significará para él ser buenos amigos? ¿Será lo que imagino?” El semblante de Lucrecia contribuía a acusar su intranquilidad.

–Puedes prescindir de mí, querida, pero como te dije, para tu negocio puedo resultar muy conveniente. Soy, definitivamente, un buen partido. Podrás entrar tu mercadería y salir con el dinero cuando quieras, sin dar más explicaciones que las que yo te quiera pedir, y como comprenderás, puedo hacerme el leso cuanto me dé la gana.

–¿Hace esto cada vez que se le presenta la oportunidad? –Lucrecia se ruborizó, arrepentida de haber abierto la boca.

Amancio la observó a los ojos con una mirada similar a la dirigida en el cuarto ciego de la oficina de migración y ella revivió el temor sentido entonces, aunque con la extraña diferencia de percibir algo que le resultaba incomprensible: el hombre la atraía. Se puso muy nerviosa, le transpiraban las palmas de las manos y le ardían las mejillas.

–No siempre...

Ella se sobresaltó.

–Mejor dicho, nunca. –Aún la miraba a la cara. Los pómulos encendidos de Lucrecia hacían que su piel mate se viera aún más oscura, pero para sorpresa de Amancio, no le molestó como le ocurría con las mujeres provenientes de Perú. No era extraño que él, por su trabajo, supiera acerca de la procedencia de aquella raza, tan diferente a la de los chilenos, a pesar de la proximidad geográfica. Con sus colegas era recurrente conversar sobre los orígenes africano y asiático de los cholos y la clase media del país vecino, y se daba ínfulas de sus conocimientos, contándoles que se debía a la gran inmigración de africanos llegados durante la conquista y la colonia, en que la mano de obra peruana se hizo insuficiente, tal como volvió a ocurrir a mediados del siglo XIX con la inmigración asiática, también dirigida a cumplir con el trabajo más pesado, sobre todo en las haciendas azucareras.

A medida que intimaron, Lucrecia, cuya cultura respecto a los orígenes de su pueblo era sin duda superior, lo condujo a comprender que se había dejado llevar solo por apariencias, desconociendo el importante aporte cultural de los continentes africano y asiático, en especial en la música, las artes y la comida, los que combinados con las costumbres criollas, habían ayudado a forjar un legado cultural que transformó a Perú en un país pluricultural.

–Nunca hago esto, créeme. Pero tú me gustas... y mucho.

Lucrecia no supo qué responder y se mantuvo callada, temerosa de hacerle creer que eso era un sí a su breve declaración.

El semblante de Amancio se relajó y apareció una suave sonrisa de satisfacción.

Ella temió que su silencio lo animara a ser más exigente en lo que le fuera a pedir. De pronto sintió la mano de él sobre la suya. La retiró con rapidez, arrepentida de inmediato por aquella abrupta e involuntaria reacción que le podría acarrear enormes dificultades. Rogó para que él no lo considerara un desaire. Notó que el semblante del hombre se encendía y su temor aumentó.

–Creo que tienes razón, he sido poco delicado y voy muy rápido, es que no soy buen galán, además mi trabajo me ha endurecido con respecto a los sentimientos de las demás personas...

–Pero... lo que usted hace, ¿no le corresponde hacerlo a una mujer? –De inmediato lamentó sus palabras, pero ya estaban dichas. Se produjo un silencio que Lucrecia aprovechó para pensar que por fin le había hecho saber eso que tanto daba vueltas en su cabeza.

–Así es, pero... en realidad... tienes razón, no me corresponde. Cuando te vi, sentí un impulso y me tomé una licencia.

–¿Una licencia?

–Lo hacen todos... y todas. Los demás hacemos vista gorda y comprendemos. Es primera vez que lo hago, y me deben muchas, por eso estuve seguro de que nadie me molestaría.

–Pero eso... es un asco.

El hombre se encogió de hombros.

–Según como lo veas...

–Y sin duda se aprovechan solo de nosotros, peruanos y peruanas que necesitamos su aprobación...

–En Chile, y me imagino que en Perú también, se da en toda la administración pública, y en el poder judicial es peor, sobre todo en la justicia del crimen, entonces, ¿por qué no aquí? También en el ámbito de la empresa privada, ¿no es acaso lo mismo el acoso sexual del cual son víctimas tantas mujeres indefensas, necesitadas de proveer lo necesario para la subsistencia en sus hogares, porque no tienen marido, y aunque lo tengan no quieren quedarse cesantes, porque simplemente no les alcanza?

Lucrecia no respondió.

–Y en general, respecto a ustedes, nos aprovechamos para sacarles dólares, como pago por dejarlos pasar... Se detuvo como si quisiera evaluar sus palabras □. Es raro aprovecharnos físicamente de una peruana, de hecho, como te dije, es mi primera vez... Es por su piel, ¿sabes?, hay algo en ella que nos molesta.

Lucrecia escuchó aquello e hizo el esfuerzo de aparentar que no le importaba. Pensó que solo pocas horas antes se había desvestido ante sus ojos, asustada y humillada, en un sometimiento absoluto, hasta quedar desnuda en un camino muy angosto entre dos precipicios, a su entera disposición, rogando porque no la entregara a la justicia y que el precio por ello no le resultara demasiado alto. Suspiró y por primera vez se atrevió a mirarlo a los ojos. Contrario a lo que hubiera pensado, no sintió desprecio, tampoco rabia, y casi nada de temor.

–Pero mi piel es igual de oscura.

–Es cierto, pero en ti no me molesta, quizás porque eres tan linda.

Sin saber si molestarse por aquel racismo declarado o agradecer el halago, ella esbozó una sonrisa que duró breves instantes, pues percibió su mano recorrerle el muslo, desconcertada, ya que recién lo había escuchado justificarse por ir tan rápido. Lamentó haberse cambiado los jeans por una falda. Se preguntó en qué momento había decidido algo tan poco inteligente. Lo hizo para, con aquel traje de dos piezas, parecer más seria, y no tuvo la precaución de considerar que

aquello pudiera tentarlo, más bien que era lógico que así sucediera.

–Tienes la piel como carne de gallina.

“Carne de gallina...” Un escalofrío la recorrió entera, pues sintió la mano deslizarse hacia la rodilla y luego en sentido contrario. Contuvo la respiración. Mientras las joyas o el dinero no llegaran a su poder, debía cuidar cada uno de sus movimientos. Pensó que ni siquiera le constaba que la existencia del supuesto comerciante fuera cierta, y parecía muy bonito como para ser verdad. Hizo un gran esfuerzo para mantener la boca cerrada.

La impúdica mano se detuvo en la ingle, y los dedos jugaron con los bordes del diminuto calzón. Amancio lo recordó negro, calado, enrollado, arrastrado por aquellas pequeñas manos, rozando con suavidad los muslos...

Lucrecia se sintió extraña, pero no fue precisamente una sensación de angustia. Avergonzada, miró alrededor y comprobó el absoluto desinterés de las demás personas respecto a lo que pudiera suceder entre ellos, luego fijó la vista en el mantel caído sobre sus piernas y pensó que desde hacía mucho tiempo la mano de un hombre no la tocaba. Sintió una mezcla de sentimientos encontrados: halagada por un lado, sensual, sin poder negar sus deseos, pero a la vez incómoda por aquella situación de sometimiento, aunque ya no humillada.

En virtud de su silencio, los dedos subieron otro poco. Dio un salto en el asiento, tan brusco, que él recogió el brazo y cogió su copa.

–Salud.

Lucrecia lo imitó con la suya y bebieron en silencio. Notó que había vuelto a cambiar la tonalidad de su rostro, lo que esta vez la divirtió. “El hombre de la mirada fuerte, también es humano”. No pudo evitar que sus labios delinearan una sonrisa.

–¿Te agrado?

Ante tal pregunta, ella no supo qué responder. El tipo ya no le provocaba desprecio ni rechazo, incluso sentía una especie de atracción, pero de ahí a sentir por él un agrado en el sentido que insinuaba el tono de su voz, era mucho pedir. En todo caso, debía manejarse con cuidado, pues recuperar sus joyas aún dependía de él, y una desilusión solo dificultaría que volviera a verlas. Decidió que nadie tenía por qué saber hacia dónde la llevaban sus pasos, y lo más cuerdo era pasar la noche con Amancio, recoger a la mañana siguiente su dinero y largarse. En Lima olvidaría lo ocurrido y daría vuelta la página... Pero, ¿era tan fácil hacerlo y acabar con su negocio? Una vez más se encontraba ante una encrucijada. Estaba dispuesta a un desliz con tal de recuperar sus valiosas pertenencias, pero eso no la liberaba de las garras de Amancio. Pensó que desde hacía tanto tiempo nadie la tocaba, en circunstancias de encantarle. Bartolo ya no podía... y nunca más podría. Le pareció que desde esa época había transcurrido una eternidad.

Lo vio sonreír mientras percibía que su mano regresaba a sus andanzas por el muslo, aliviada pues ya no le parecía peligroso. Le mostró su mejor sonrisa. Él la recibió complacido y le devolvió otra similar.

La mesera retiró los platos vacíos y volvió con el postre. Comieron en silencio, ella paladeó su arroz con leche, mientras él cuchareaba apresurado su mazamorra, hasta llegar a la fruta picada, que masticó con lentitud, tal como lo hacía ella. Ambos rieron.

–Quisiera que tuviéramos más intimidad.

Ella no respondió, dispuesta a que su silencio delatara su aceptación sin tener que hacerlo abiertamente, por pudor, o para que no se le ocurriera pensar que estaba frente a una ramera.

–¡La cuenta, por favor! –Luego de pagar, Amancio caminó tras Lucrecia hasta la calle y después, juntos, en dirección a la pensión.

Se detuvieron en la puerta, ella miró hacia el cielo y se sobrecogió: estrellado, con la luna del tamaño de un gran plato que insinuaba sus manchas rocosas como continuidad del desierto nortino, producía una claridad impresionante. Él también posó los ojos en el nítido firmamento.

—No había notado lo hermosa que está la noche.

Lucrecia se emocionó ante su nostalgia. Aquella gruesa mano podía transformarse en un ser humano dispuesto a jugar con la sensualidad. Le pareció que después de todo, tal vez el sacrificio no fuera tal... siempre y cuando ella lograra desprenderse de su insoportable y acosador sentido de culpa.

Lo guió por el corredor hasta su habitación, repitiéndose una y otra vez: “no debo sentirme mal”. Luego intentó dejar su mente en blanco, pero no pudo. Cerró los ojos y trató de no pensar en su esposo, la enfermedad y su desvergüenza. Hizo un esfuerzo por convencerse de que esa relación con Amancio era su única oportunidad para recuperar las joyas, que debía solventar los enormes gastos producidos por la enfermedad, que tenía derecho a sentirse mujer, que se había castrado por suficiente tiempo y enterrado en vida...

Observó los gruesos dedos desabrocharle la chaqueta.

Ella misma se la sacó.

Él siguió con los botones de la blusa.

Ella cerró los ojos y le permitió continuar sin oponer resistencia. Sintió el aire proveniente de la ventana apoderarse de sus hombros, y estiró los brazos para desabotonarle la camisa.

Abrazados, se besaron, como si hubieran sido amantes durante toda una vida.

CAPÍTULO X

NÉSIDA Y LUCRECIA, EMIGRANTES

Una mañana, pasadas las ocho, Lucrecia, Nésida y su familia ingresaron al terminal de buses ubicado frente al Estadio Nacional de Lima. Su madre había sollozado durante todo el trayecto, mientras su padre lo hacía compungido, en silencio, hundido en su asiento, pegado a la ventanilla.

Al bajar del vehículo, Daniela, su hermana menor, le ayudó con la maleta.

–Nos escribirás, ¿verdad hermanita?

–Por supuesto, lo haré apenas tenga noticias positivas que darles.

–Las tendrá, ¿cierto Lucre?

–Por supuesto... Me encargaré de que así sea.

Su padre, aguantando las lágrimas, se arrepintió de no haberse quedado en casa y evitar aquella llorosa despedida.

Daniela entregó la maleta al encargado del autobús y apretó las muelas, también a punto de largarse a llorar. Cuando vio a Nésida entrar en el vehículo, no pudo aguantar más la pena y lo hizo como un aguacero.

La hermana mayor, seria, pensó en su suerte y la injusticia de la vida para con su hermana, víctima de la inmunda corrupción. Cuando a ella le correspondió inscribirse para la universidad, tuvo la fortuna de estar en el lugar de la mitad a la que no se le robó el ingreso. Observaba, entre su madre y Daniela, a su padre, quien esperó a que Nésida y Lucrecia abordaran el autobús para dejar que unas pocas lágrimas corrieran desde sus pequeños ojos negros, por las mejillas hundidas, junto a su gruesa nariz. Sintió en la boca su sabor salino y con absurdo disimulo buscó en su bolsillo el pañuelo, decorado en el contorno con un dibujo escocés violáceo. Lo pasó rápido por sus ojos y se sonó.

Daniela lo abrazó y le acarició la pelada.

Poco después de las nueve, las ruedas del bus se pusieron en movimiento y sus familiares fueron quedando atrás.

Durante el camino, Nésida casi no durmió, envidiando la capacidad de su amiga para caer en un profundo sueño que le duró hasta el amanecer. Ella leyó algunas páginas con dificultad, con la tenue luz que nacía en el techo. Afuera estaba muy oscuro y le sobró tiempo para aburrirse. Lamentó que en esa época del año la noche cayera tan temprano.

Un cuarto para las siete de la mañana, entraron al terminal, en Tacna. Allí mismo tomaron un café a la rápida, y buscaron un colectivo que las llevara a Arica. Nésida se lamentó de no tener tiempo para recorrer la ciudad, pero su amiga le aseguró que no valía la pena. Ya en el vehículo, no vio más que la pobreza y la fealdad que corrían a los costados.

Cuando llegaron al lado chileno de la frontera, eran cerca de las ocho. Lucrecia hizo que todo les resultara fácil en extremo, saltándose el antipático y demorado ajeteo de migración y aduana, tal como se lo había prometido al momento de esgrimir sus argumentos para convencerla de tomar la decisión de acompañarla.

Sentada sobre un largo banco arrimado a la pared del fondo del modesto recinto aduanero, algo nerviosa por haberse quedado sola y desprendido de sus documentos, que Lucrecia le pidió para conseguir la autorización de ingreso a Chile, la vio entrar -a diferencia de los demás viajeros ubicados en una fila frente a la ventanilla de migración- a una oficina, a la siga de un tipo maduro, bien parecido.

Mientras esperaba, observó alarmada la forma despectiva con que los peruanos eran tratados por los diversos funcionarios chilenos.

Antes de diez minutos, la vio salir por la puerta y hacerle una seña con la mano. Se puso de pie y le dio alcance, extrañada, pues en lugar de abordar el colectivo subieron a un automóvil azul, manejado por el mismo tipo con que antes la viera entrar a la oficina, quien luego de salir por una puerta trasera se les unió y las ayudó a guardar sus pertenencias en el maletero.

Pronto quedaron atrás aquellas inhóspitas instalaciones y Nésida se alegró de haberse evitado el mal trato del cual eran víctimas sus congéneres, sin tener la menor idea del costo pagado alguna vez por su amiga.

El tramo recorrido fue mucho más corto de lo que Nésida esperaba. Salieron del desierto para internarse en la ciudad, y el vehículo se detuvo frente a la puerta de una casa blanca, chata, como todas las de los alrededores. Eso sí, grande, producto de notorias ampliaciones hechas a través del tiempo.

El hombre volteó la cabeza para dirigir a Nésida una sonrisa, y de inmediato puso la mirada en Lucrecia.

–Has estado muy callada.

Lucrecia se limitó a arquear un tanto los labios.

–Recuérdale al viejo Jonathan que aún me debe un par de favores... Eso, si se te pone duro... – Mostró sus largos dientes amarillos en una gran sonrisa.

El automóvil partió luego que ellas entraran.

–Ya, Nésida, aquí nos quedaremos. Espérame unos minutos, ya vuelvo.

–Está bien, tú mandas.

Lucrecia se acercó a la recepción, donde un hombre gordo las miraba sin disimulo, como si no tuviera qué hacer. Los vio conversar, luego ella le ofreció una generosa sonrisa, y regresó junto a Nésida.

–Alojaremos las dos por el precio de una. Sígueme, por aquí es. –Avanzaron por el pasillo conducente a las habitaciones. Lucrecia lo hacía delante, con paso seguro.

Mientras abrían sus maletas y ordenaban la ropa en el armario, Nésida no aguantaba su curiosidad.

–Parece un buen hombre.

Lucrecia la miró, algo sorprendida.

–El del auto azul...

–No, si sé...

–Es que en Perú, ni en un siglo encontrarías un hombre que te tratara de manera tan tierna.

Lucrecia sonrió, agachó la cabeza y permaneció en silencio.

Nésida comprendió el mensaje implícito en aquel gesto, y dio por terminado su interrogatorio.

Durante los días siguientes, Lucrecia continuó impresionándola con sus contactos y su capacidad para relacionarse, sin imaginar por un segundo el origen de tanta maravilla.

Comieron en abundancia buena comida peruana por valores mínimos, y Lucrecia vendió sin mayor esfuerzo las joyas que justificaban el viaje.

Las atenciones recibidas dieron un toque positivo a la ciudad, que de dimensiones reducidas, demoraron poco en recorrer. Aunque con playas de suaves arenas rubias, agradables aguas templadas y un clima privilegiado, sus construcciones la hacían poco atractiva. Carecía de infraestructura turística, y sin contar con riqueza minera ni industrias, era una ciudad pobre. Tiempo atrás tenía el atractivo de ser zona franca, pero la apertura a los mercados extranjeros con la consecuente disminución de aranceles en todo el país, hizo que a muy pocos siguiera

interesándoles como lugar donde ir a comprar artículos manufacturados afuera.

Lo que sí llamó la atención de Nésida en la zona, fue la hermosura del valle de Azapa y su agricultura, pero que por orgullosos que estuvieran sus habitantes de sus tomates y las famosas aceitunas, era insignificante en cuanto a su participación en el producto interno bruto del país.

Después de dos días de caminar, comer y descansar, sentadas en la arena con los ojos puestos en el mar, Lucrecia se dirigió a su amiga, sin mirarla.

–Mañana me regreso a Lima.

Nésida entornó sus oscuros ojos, aumentando el gracioso toque oriental que daban a su agraciada cara redonda.

–Sé que te desconcierta mi decisión, pero como has podido ver, vendí las joyas más rápido de lo esperado... y bueno, no están las cosas, tú lo sabes, como para gastar de más. Además, quiero echar un vistazo al Bartolo, que no me acostumbro a tenerlo tan solo, bajo tanta tierra. Por otro lado, con los dólares que conseguí, puedo comprar más joyas y volver. Debo aprovechar lo bien que está el negocio aquí en Arica... Pero tú... Tú puedes quedarte, si lo deseas.

Nésida, en completo silencio, achinó todavía más sus ojos, hasta casi cerrarlos.

–Una buena mujer para quien trabajé durante algunos meses, necesita que alguien le ayude en los quehaceres de su casa... Podría recomendarte.

–¿Quedarme aquí? –A Nésida no le parecía que esa ciudad formara parte del gran país del cual le habían hablado. La propia Lucrecia hacía razón de ello al regresar de inmediato a Lima. Además, trabajar en una casa, puertas adentro, le pareció un tanto deprimente-. ¿De asesora?

–Entiendo la impresión desfavorable que tienes hacia ese trabajo, pero aquí en Chile es diferente que en el Perú, donde los cholitos llegados de la sierra están para eso, mal pagados y explotados... Aquí ganarás más que en cualquier empleo que puedas encontrar allá y ahorrarás casi la totalidad... ¿Te suenan bien ciento cincuenta dólares por mes...? Y son buenas personas.

–¿Ciento cincuenta?

Lucrecia hizo una rápida afirmación con la cabeza.

–¿Dólares?

Volvió a asentir de la misma manera.

–¿Y dices que los conoces?

–¿No te digo que trabajé con ellos? Los conozco bien y son muy buena gente.

Callaron durante algunos segundos, hasta que Nésida tomó su decisión.

–Está bien, nada pierdo con probar, total si ha de ser aventura, que lo sea completa, y mal que mal, son... ciento cincuenta dólares, ¿no? Además, aquí no tendré muchas oportunidades para gastármelos, salvo cuando vengas a verme.

Lucrecia sonrió, afirmó con la cabeza y volvió a ponerse seria y silenciosa, como muy pocas veces se le vio.

Nésida la observaba sin disimulo. “Es verdaderamente linda... y buena”. Notó en su rostro una leve expresión de tristeza y no quiso hablarle de inmediato; la dejó introducirse en su mundo, hurgar en sus recuerdos y permitir que las lágrimas corrieran por sus pómulos, que tersos, le parecieron algo encendidos.

–Es Bartolo, ¿no?

Lucrecia asintió, se enjugó las lágrimas, volvió a sonreír y se encogió de hombros.

–Sí, aún no me acostumbro. Perdí a un buen hombre. Y lo cuidé durante tanto tiempo... Aunque al final fue como si no estuviera. Pero igual, me hizo acostumbrarme a su presencia. Entonces, todo parecía tener un sentido: amanecer cada día, los viajes acá, hasta las aventuras corridas... –Repasó en su mente una vez más parte de su inusitada relación con Amancio,

saltándose de comentarla—. Mi vida, entonces, tenía un sentido, no como ahora en que todo me da lo mismo. Me quedé con este negocio del cual no me puedo quejar, y dejarlo después de haber hecho tantos sacrificios por sacarlo adelante, me parece absurdo. Estoy confundida sin saber qué hacer. Por lo pronto me regreso a Lima y haré los arreglos para volver a Huaral. Últimamente he tenido una vida muy ajetreada. Quiero mi casa junto a los naranjales y capaz que hasta me dedique a eso, a la tierra, pero por otra parte, puede ser un error no aprovechar la existencia de Amancio... —“Que me costó tantas lágrimas en otra época”. Recordó sus desvelos pensando en la mejor manera de resolver su situación con él: primero la lucha librada con su orgullo, luego con sus culpas, después con los remordimientos—. No sé, tal vez haga un par de viajes más... Quizás sí, quizás no... Tengo mucho en qué pensar.

Bartolo se fue silencioso, en paz, envuelto en el misterio de su soledad. El entierro fue sencillo y dejó en Lucrecia un gusto amargo. A pesar de algunos momentos duros, incluso de uno que otro golpe recibido de su propia mano antes que enfermara, en general lo pasaban bien. Amancio era una especie de calmante, pero no un reemplazo. Encontrar sobre la faz de la tierra a otro hombre como Bartolo, le parecía imposible...

La partida de Lucrecia llegó para ambas muy rápido: se abrazaron, lloraron, se besaron, y por fin, se despidieron. Subió al colectivo y dijo adiós con la mano.

El vehículo se puso en movimiento y no demoró en desaparecer. Nésida sintió un suave ardor en el estómago y percibió una sensación de vahído, enjugó las lágrimas y su mirada buscó un asiento. Caminó con dificultad hasta la banca adosada al muro lateral.

Lucrecia, por su parte, la vio quedar atrás aún despidiéndose. Después giró la cabeza y se acomodó con la vista en los cerros del costado. Sus pensamientos corrieron hasta Tacna y su compromiso para pasar la noche con Amancio antes de continuar viaje a Lima. Era lo acostumbrado, cada vez que regresaba, luego de reducir sus joyas en Arica... Sonrió con picardía: después de todo, había terminado por gustarle.

CAPÍTULO XI

CAMINO A SANTIAGO DE CHILE

–Has estado callada y muy seria, ¿algo te molesta? –Samuel manejaba sin quitar la vista del camino.

Anita hizo una mueca rápida con la boca, en el intento de esbozar una sonrisa que no le resultó. Su memoria había despertado a medida que corrían los cerros al costado.

–¿Puedo ayudar?

Anita sacudió la cabeza para negar. Sus desordenados cabellos, producto del viento colado por la ventanilla, le taparon por instantes los ojos. El fulgor del sol le llevó al fognazo, al estallido, a la figura de su amado novio, a su patética desintegración... Percibió que por primera vez tenía claridad de lo sucedido y de su incierto destino, tendido en aquel camino tragado por las ruedas del camión. Se sintió atrapada en un callejón ciego plagado de contradicciones y situaciones absurdas: ahí, con ese camionero desconocido. Pensó en su padre viviendo en casa de una mujer extraña, en otra ciudad, con hermanastros que eran para ella unos completos desconocidos; su madre, enferma de los nervios a causa de él... Meditó acerca de cómo contarle lo sucedido. Pensó en sus hermanas Clara y Teresa, la manera en que salieron de la casa, arrancando de su propia madre... Capaz que ni se hubieran enterado de su partida con Julio... Y en su suegra viuda... ¿Cómo decirle que su único hijo estaba esparcido por el desierto?

–¡Imposible!

Samuel giró la cabeza, la observó, y devolvió la mirada al camino sin hacer comentarios.

Anita agradeció aquel gesto de consideración con una tenue sonrisa que no demoró en desaparecer. Sus ojos, ya húmedos, dejaron brotar lágrimas incontenibles que pronto le inundaron el rostro.

El semblante del camionero se apagó. Su sonrisa, producto de la complacencia por haber sido el elegido de Anita, desapareció. Se preguntó qué pasaba por su mente y de qué manera debía actuar. Optó por mantenerse en silencio.

Ella habló de a poco: primero balbuceó, y ante la angustia que le provocaba su irreprimible soledad interior, se abrió sin medir consecuencias.

–Me detuve, pero Julio no, él se hizo el valiente y siguió caminando sin medir el riesgo.

Samuel no entendió el comentario, levantó las cejas y se mantuvo callado.

–Nos estamos internando de nuevo, le dije, pero no me escuchó, o no quiso hacerme caso, no sé... Los demás iban lejos, delante, muy adelante... El fuerte viento nos tiró hacia el interior, hacia las minas...

Samuel agudizó sus oídos ¿Había escuchado bien? ¿Hacia las minas, había dicho?

–Le insistí para que no avanzara, pero no me hizo caso. El viento ya no era viento, sino un arenal que se movía en espiral, sacudiéndonos como si fuéramos de paja. Le insistí que no siguiera, le grité... Su figura desapareció entre el polvo y el viento, y entonces ocurrió... Anita volvió a ver el fognazo y creyó escuchar la explosión. Se remeció en el asiento y su mente retuvo las trágicas imágenes de Julio transportado por las ondas expansivas, despedazado en el viento, en el arenal... Una visión horrenda que permanecería para siempre entre sus recuerdos.

El camión continuó tragando asfalto y Anita habló sin parar, mientras Samuel, atónito, en absoluto silencio, escuchaba, apenas creyendo que algo así pudiera ser cierto.

–Me sentí empujada por un golpe muy fuerte, debe haber sido el impacto de las ondas de la

explosión. Parece que perdí el conocimiento durante un rato, no lo sé en realidad... Recuerdo haber despertado, me veo allí, tirada... Fue una pesadilla... Busqué con la vista a Julio, entre las piedras, como una estúpida. No podía pararme y me costaba fijar la vista, el viento rugía... – Suspiró, e hizo una larga pausa que Samuel también respetó.

–Vi el remolino de arena y viento, el mismo que me había azotado, trasladarse hacia el interior. El sol me golpeó y sentí un viento mucho más suave. Logré ponerme de pie, entre las rocas que me parecieron sin fin... Los demás ya no se distinguían. Caminé mucho, anonadada, y no recuerdo más. Abrí los ojos en el hospital y lo único que supe fue que debía escapar, donde fuera. No sé cómo llegué ni quién me encontró, escuché haber sido recogida en las afueras, desmayada, supongo que así será... No recuerdo.

Samuel continuó en silencio y ella lo imitó, hasta que pasado el mediodía, el vehículo fue aparcado y su motor dejó de rugir.

–Es hora de comer algo, estirar las piernas y no sé, tal vez quieras pasar al baño.

A pesar de la amabilidad con que él la invitaba, ella no se movió de su asiento; su rostro estaba empapado después de haber llorado tanto.

–Vamos, yo invito, bájate, mueve los pies, anda al baño y mójate la cara. Después podrás comer algo para reponerte.

–No tengo hambre, gracias... Quiero vomitar.

Samuel pensó en la flamante cabina de su camión y se sintió incómodo con aquella aprensión tan poco noble. Saltó de su asiento, contorneó el camión y abrió la portezuela del otro lado.

–Baja, te ayudo. –Sin esperar respuesta la tomó con firmeza del brazo y la jaló hasta dejarla parada en el suelo.

Anita abrió las piernas, se agachó e hizo una arcada.

–Ven, vamos al baño, allí te sentirás mejor.

Ella negó con la cabeza.

Volvió a tirarla del brazo, y a pasos cortos llegaron, agradeciendo que estuviera vacío. Entró con ella, abrió la llave del agua y le lavó la cara. Anita hizo un esfuerzo para lograr una sonrisa.

–Así está mejor, chiquilla. El viaje será largo y tendremos tiempo para conversar.

–No quiero hablar más de eso.

–Está bien.

–Prométemelo.

–De acuerdo.

–Tengo miedo, prométeme que no le contarás a nadie, que será un secreto.

–Así será, como quieras, será un secreto entre nosotros, pero tranquilízate. –La abrazó en un gesto de profunda conmiseración, pero al percibir su frágil cuerpo apretarse contra el suyo, sintió una repentina excitación.

–¿Deseas comer más tarde, mejor?

–Prefiero.

–Está bien, continuemos viaje.

Anita subió y él pateó los neumáticos, uno por uno, en una especie de ritual que la divirtió. Ella volvió a descender y se paró a su lado.

–¿Por qué lo haces?

Samuel se sobresaltó.

–Te has bajado, ¿por qué?

–¿Ocurre algo malo?

–No, ¿por qué? ¿Debiera ocurrir algo malo?

–¿Para qué pateas las ruedas?

Samuel rió y la abrazó.

–Es la costumbre, ¿sabes? Es por si encuentro algún desperfecto en ellas, pero están bien. Vamos, sube de nuevo. Me alegra que te sientas mejor.

El camión, de nuevo en el camino, rodó, monótono, durante toda la tarde. Él, hambriento, supo soportar hasta entrada la noche. Era muy tarde y estaba cansado. Giró el volante y aparcaron en un lugar repleto de camiones.

–Nunca imaginé que pudieran juntarse tantos. –Anita mostraba una gran sonrisa.

Samuel se alegró de verla con el ánimo compuesto.

–Es por seguridad, nos cuidamos unos a otros, y ahora, contigo de compañera, más que nunca necesito de ellos.

Entraron a un restorán lleno de hombres: algunos solos, otros de a dos o tres. Las dos meseras que se movían, como laboriosas hormigas, eran las únicas mujeres.

Todos les miraron.

–A veces, algún camionero aparece con su mujer... o su mina, y es la envidia del resto. Me alegro de ser hoy el protagonista.

–¿Eres casado?

Se sentaron ante una mesa cuadrada cubierta con un mantel de hule a cuadros rojos y blancos.

–No, lo fui, pero eso ahora es historia.

–Cuéntame.

Samuel hurgó en su cerebro y encontró algunas imágenes borrosas.

–Hace tiempo, ya.

Anita puso mayor atención.

–Nos conocimos antes de hacerme camionero... más bien, compré el camión a raíz de ello.

Anita frunció el ceño.

–Ocurrió en una fiesta, como debe pasarle a la mayoría, me imagino, y enganchamos de inmediato...

–¿Y?

Samuel dudó unos segundos, pues nunca había contado su historia. Era su secreto, y aunque con ganas de hablar, se contuvo.

–¿Y?

–No importa, no es el momento, prefiero no hablar de eso. –Aquel último comentario terminó de encender la curiosidad de Anita. Era una de sus debilidades, y no le importaba, por el contrario, más bien le gustaba ser así, de modo que no estuvo dispuesta a saltarse aquella historia.

–Compartí contigo, apenas conociéndote, mi secreto más grande. Puedes confiar en mí, también soy buena confidente.

–Está bien...

La mesera los interrumpió al poner frente a cada uno un plato hondo con un gran muslo de pollo nadando en un apetecible caldo con arroz, acompañado de una papa y un gran trozo de zapallo. Samuel echó de menos el choclo y la albahaca, pero no lo comentó. Tomó su cuchara y la introdujo.

Después de tomar el caldo, mientras cortaba un trozo de pollo habló, calmado, aún con dudas acerca de la conveniencia de hacerlo.

–Tuvimos una buena relación al comienzo, pero con el tiempo se deterioró, hasta que...

Anita mantuvo su cuchara en el plato para escuchar sin la interferencia de los ruidos producidos por su boca.

–Estuve preso...

Reinó el silencio en la mesa, entre los murmullos provenientes de las otras.

–Me culparon de su muerte. Desapareció luego que la encontré encamada con otro. Yo trabajaba en un proyecto de computación en la minera Escondida y regresé a casa dos días antes de lo previsto. Allí la encontré, como en las películas, en nuestra propia cama, con un vecino con quien nos juntábamos a veces a tomar unas cervezas y jugar al dominó... y yo, el ciego, ¿me puedes creer que nunca noté algo raro? –Se echó a la boca un trozo de ave y masticó con lentitud—. Grité, los amenacé con correrles balas mientras se vestían a la carrera. Después, ciego de rabia, salí. Caminé sin rumbo durante más de una hora y regresé. La casa estaba vacía, y aunque parezca increíble, nunca más se supo de ellos. Su familia, en un comienzo, se deshizo en explicaciones y lamentos, pero pasado el tiempo y en vista que no volvieron a saber de ella, me acusaron de haberlos eliminado. Nunca se comprobó y quedé libre, pero no pude sacarme las marcas de aquella lamentable experiencia, ni del posterior encierro... Decidí, entonces, vivir sin más destino que rodar por la carretera.

Los platos vacíos fueron reemplazados por unas jugosas papayas, que comieron sin hablar.

–Pudo sucederme lo mismo, ser apresada y culpada de la desaparición de Julio.

–...

–Si me hubiera quedado en el hospital... o si me hubieran pillado al arrancar...

–Pero no te pillaron y ahora vas directo a Santiago, sin que alguien conocido te eche de menos. Tal como llegaste al hospital, te fuiste: eres una perfecta desconocida.

Anita suspiró.

–Tengo sueño. –Pensó que el único lugar para dormir era la litera del camión, junto a aquel desconocido... ¿o ya no lo era?

De regreso en el camión, sorprendida por la amplitud en la parte superior de la cabina, se sintió invitada por el magnífico colchón, bien armado, con sábanas limpias. Se introdujo, un tanto inquieta por lo que pudiera ocurrir.

–¿Dormirás con ropa?

Anita lo observó desvestirse hasta quedar apenas cubierto por unos llamativos calzoncillos de colores.

Los ojos de Anita parecían interrogarle.

Él sonrió con picardía, mientras se ponía una remera azul.

–En la carretera nunca se sabe lo que pueda ocurrir. A veces es necesario bajar de improviso, y en esos casos, estos calzoncillos que hacen las veces de traje de baño, me salvan.

Ella comprendió que dormir con la ropa puesta, todas las noches que faltaban hasta llegar a Santiago, era pésima idea, pero no se atrevió a desvestirse.

Él pensó lo mismo y le pasó otra camiseta.

–Te quedará grande, pero has cuenta que es un camisón.

Anita rió, agradeció y estiró la mano. Se la puso y por debajo retiró el apretado sostén, sintiendo un gran alivio. Samuel miraba distraído hacia el otro lado. Ella, con un poco más de confianza, se desprendió de la falda. La camiseta, en efecto, hizo las veces de una camisa de dormir corta, y se puso el chaleco blanco robado a la enfermera.

Él no hizo amago de insinuarse, y se durmió.

Ella, completamente desvelada, repasó los hechos desde que con Julio abandonaran Tacna, rumbo a Arica.

Despertaron muy temprano, debido a la luz que se colaba por las ventanillas. Ella se sintió como si la hubieran apaleado durante la noche y preguntó si era posible seguir acostada.

A Samuel le pareció increíble la manera en que sus hábitos estaban siendo vulnerados: primero se había quedado sin almuerzo, y ahora, ¿sin desayuno? ¡No, eso no ocurriría!

–¿Tienes hambre?

–Tengo sueño. Mucho sueño. □ Le dio la espalda. Parecía dormir.

–Está bien, bajaré a lavarme y a tomar desayuno, ¿te traigo algo?

Por respuesta recibió un flojo murmullo.

Se puso los pantalones y saltó de la cabina con sus utensilios de aseo personal en la mano.

Al rato, regresó. Anita, dormida, no se percató. Guardó la bolsa con los implementos de limpieza, terminó de vestirse y se apeó de nuevo, esta vez sí para tomar un tazón de café bien caliente y su acostumbrada paila gigante de huevos revueltos.

Pensó en todo lo ocurrido desde la mañana anterior, cuando frente a un desayuno similar, apareció la muchacha. Se sintió bien, satisfecho de no haberla presionado para que pagara con su cuerpo por el traslado. Ganas le habían sobrado, pero el viaje recién comenzaba. “No debo apresurarme”. Estaba contento de vivir aquella aventura. Había encontrado la máxima aspiración que se puede dar en la carretera: una hermosa e inocente muchacha. La pensó durmiendo a su lado y volvió a desearla, pero... “El tiempo lo dirá, si ha de ser, por ningún motivo a la fuerza”. Se sintió actuando como un gran hombre.

Anita apareció de pronto en el comedor, con el pelo mojado y sin maquillaje.

Él se paró para correrle la silla, como lo haría un gran caballero.

Ella agradeció, sin aspavientos: aún estaba adormilada.

Comenzó, así, el segundo día, con el destino de Anita incierto y la conducta noble de Samuel, poco frecuente en una época caracterizada por el poder de unos en perjuicio del sometimiento de los más vulnerables.

CAPÍTULO XII ENTRE RECUERDOS

Lucrecia miró a Bartolo con más detención que de costumbre: sus pequeños ojos cerrados, los párpados muy quietos, el pelo desordenado, la barba crecida, el cuerpo fofo, convertido en una planta con forma humana. No sintió lo mismo de siempre, sí un poco de pena por su condición terminal sub humana, pero también una especie de rabia consigo misma y deseos de volver a encontrarse con Amancio. Pensó en los acontecimientos vividos en Arica y en la transformación de su victimario en galán con características de protector: él le había conseguido justicia en los precios pagados por su mercancía, él le dio el dato de la residencial y él era su tranquilidad para hacer sin temores su negocio. Se preguntó por enésima vez si había hecho lo correcto. Pero esta vez logró sobreponerse a sus aprensiones, las mismas que la persiguieron desde los primeros momentos en que estuvo dispuesta a complacerlo y, de paso, sucedió que la principal complacida fue ella. Movi6 la cabeza con energa para responderse afirmativamente.

Se ri6 de s6 misma: en pocas horas, su vida dio un vuelco dramático e inconcebible. Dej6 escapar su reprimida parte animal y expres6 toda la energa guardada durante tanto tiempo. Tuvo que luchar contra los remordimientos y sali6 vencedora. Adquiri6 conciencia de estar echándolo de menos, más allá de los dictámenes de su conciencia. Volte6 la cabeza hacia Bartolo y volvi6 a girarla para mirar por la ventana, sin direcci6n, la vista puesta en la oscuridad. Recien se percat6 del sonido que emitía la suavidad de las olas arrastrándose por la playa de piedras. Imagin6 la intersecci6n entre mar y cielo, junto con recordar pormenores de aquella noche en la que Amancio result6 ser una revelaci6n. No lo hubiera podido hacer mejor, claro que ella, una vez decidida, facilit6 las cosas y lo hizo igual de bien. Deplor6 no haberse quedado una noche más.

Su mente regres6 al traqueteo de aquella mañana en Arica, antes de partir a Tacna y tomar el autobús para Lima. El acoso de sus pensamientos fue casi intolerable, muy superior al sufrido durante la noche anterior, antes de dejarse atrapar por los brazos de Amancio, pagando el precio por evadirse y gozar –de la misma forma que alguna vez lo hiciera con Bartolo– durante gran parte de la noche y de nuevo al amanecer. Eso fue lo que más tarde aument6 su sentido de culpa. Record6 haber sido ella quien amaneci6 con más ganas, ella la que lo despert6 a él, ella quien juguete6 con sus manos sobre su cuerpo, ella la que le pidi6 que se despabilara, ella a quien no le bast6 una vez y le pidi6, mejor dicho le exigi6, más y más, hasta dejarlo extenuado, impregnados ambos en sus sudores, extasiada. Apenas pudo después con su sentimiento de culpa, en aumento, como un demonio inseparable, mientras hacía la diligencia de cobrar el pago de los collares y las pulseras, sobre todo luego de los magníficos resultados logrados gracias a la gesti6n de Amancio, lo que la dispuso mejor aún hacia él. Después abord6 el colectivo con destino a Tacna, y de inmediato el autobús a Lima, lamentando no haberse quedado una noche más con Amancio, idea que su pudor reprimi6 de inmediato.

Se pregunt6 por qué, siendo chileno, su nombre era típico del Perú. Trat6 de visualizar con claridad su cara, sus rasgos, a ver si descubría en ellos algo que lo acusara; un desliz de su madre, tal vez, ¿por eso pudo acostumbrarse tan rápido a su color? Quizás proviniera de una clase acomodada, podría ser un bastardo entre peruanos blancos... Tal vez rechazado y después adoptado por alguien de la clase media, con rasgos similares a ella... Lament6 aún más no haberse quedado.

–En fin, habrá sus razones. –Regres6 a su ingrato presente, atrapada, con la vista dirigida

hacia Bartolo, allí, desahuciado, inconsciente, en espera de dejar de respirar. Por primera vez deseó que eso ocurriera pronto. Se estremeció y los ojos se le humedecieron. Creyó no poder controlarse y decidió salir de la habitación para no llorar frente a la anciana tía, que en cualquier momento aparecería. De hecho, así ocurrió. La vio arrastrar los pies y detenerse en el umbral de la puerta. No quiso tener que darle explicaciones sin saber por dónde empezar, debiendo inventar una historia y agregar eso al calvario que la estaba volviendo loca, menos inquietar a la buena mujer que les abría el corazón y las puertas de su casa.

Lucrecia había llegado allí, a ese distrito en la costa limeña, con Bartolo en muy malas condiciones. La buena mujer, por su parte, empobreció poco antes de enviudar, debido a los acontecimientos ocurridos en Perú, que junto con golpear al país, lo hicieron con su esposo, un prominente empresario que perdió todo lo que tenía: primero un hijo a manos del movimiento Tupac Amaru, secuestrado a plena luz del día y sentenciado sin pedir siquiera rescate, como parte de su política de amedrentamiento a los empresarios que quisieron quedarse en el país y luchar junto al ejército y su flamante presidente. Luego sus bienes, ahogado financieramente por el mismo sistema: apenas logró salvar dos modestas casas en el balneario La Punta, que no estaban registradas a su nombre. Por último, su agobiado corazón, que terminó por fallar, en silencio, muy temprano una madrugada.

Ella, muy a su pesar, debió salir del hermoso apartamento ubicado en la Costa Verde y conformarse con vivir en una de aquellas dos modestas casitas de dos pisos, en aquel lugar perteneciente al puerto de El Callao, cerca de los balnearios de Bellavista y La Perla. La otra, arrendada, le permitía percibir una pequeña renta para cubrir sus gastos básicos.

Nunca se acostumbró a aquella caleta en punta poblada por casas similares a la suya, con una playa de aguas mansas formada por piedras lisas de diferentes tamaños, adyacente a la Escuela Naval de Oficiales del Perú. No había punto de comparación con el departamento en el elegante distrito de Miraflores.

—Regreso luego. —Lucrecia abandonó la casa sin esperar respuesta. Miró en sentido contrario para no ser descubierta, pues de sus ojos brillantes corrían ya dos finos hilos. Cruzó la calle en dirección a la playa para caminar por la orilla, sobre la humedad de las pulidas piedras. Se sacó los zapatos y con ellos colgados de los dedos se acercó más hacia el agua y dejó que bañara sus pies, a ratos casi hasta las rodillas, mientras sus plantas se deslizaban cuidadosas por la superficie sobre las partes más ásperas. La inmensidad de la noche parecía tragársela, cual hoyo negro, y transportarla a otra galaxia. La comparó con la claridad nocturna de esa última noche en Arica, que poco a poco idealizó y añoró con todas sus ganas. Sintió la necesidad de canalizar sus energías. Hasta esa noche no era vida la suya, sobre todo siendo una mujer joven. No pudo evitar sentirse atrapada entre Bartolo y su conciencia, mientras su organismo le rogaba por una existencia con más sentido. Asomaron más lágrimas, pero el llanto no le permitió desahogarse cuanto hubiera querido. Deseó escapar, pero era incapaz de abandonarlo, ahí, junto a la pobre tía, que no sabía qué hacer. “Seguro que morirían los dos”. Cruzó los brazos sobre los pechos. Repasó las diferentes escenas de aquella noche, en su habitación, en Arica, en la pensión chata llena de ampliaciones. Luego fue más lejos en el pasado y recordó hechos que quiso olvidar cuando enfermó su esposo. Necesitó de la sensación de libertad dada por su aventura con Amancio para atreverse a hurgar en su mente y revivir aquellas escenas de cuando Bartolo, casi siempre por motivos sin importancia y cargados de injusticia, ciego por la rabia, levantaba la mano sobre su cabeza para dejarla caer, donde fuera. La mayor parte de las veces en su rostro, y ella, cada vez que sucedió, se lo guardó para protegerlo, culpando de los moretones a diferentes circunstancias fortuitas, producto de su distracción. Después él olvidaba por completo su rabieta,

y su deseo más profundo era acariciarla para hacerla sentir protegida. Ella se dejaba, en espera de su premio: el placer de sentir a su hombre poseerla, a la vez que ella a él.

Cuando lo vio enfermar de ese mal incurable, estuvo dispuesta a todo para conseguir dinero y poder comprar los medicamentos que permitieran mantenerlo en condiciones dignas. Incluso pensó en dedicarse a la prostitución.

Esa conducta incondicional la llevó a matutear y correr riesgos cada vez mayores, que la hicieron caer en falta ante la vista del funcionario de la oficina de extranjería y migración en el recinto fronterizo chileno. Al pensar de nuevo en él, deseó no sentir culpa. Volvió a visualizar Arica y meditó respecto a la indiscutible influencia del tipo sobre los habitantes de la zona: todo el mundo le debía favores. Recordó su encuentro con aquel cliente que le consiguió, quien probablemente obligado, le pagó, tal como Amancio le asegurara, una cantidad de dinero más que justa por las joyas, y tal vez para no aparecer tratando de salir del paso, le encargó más mercancía. Una cantidad que nunca imaginó posible, y como el capital le escaseaba, tendría que organizarse para hacer varios viajes.

Sonrió, contrajo la cara y frunció el ceño: ¿cómo continuar, entonces, sin considerar en sus planes a Amancio? En ese preciso momento tomó conciencia de que además de considerarlo imprescindible para su negocio, habían aumentado sus deseos por involucrarse sentimentalmente con él.

Lo recordó solitario... Se preguntó por qué un hombre maduro, aún joven, con no más de diez años sobre ella, y nada de mal parecido, estaba tan necesitado de compañía y sexo. Quiso ser ella la única que satisficiera en el futuro sus deseos. Otra vez se estremeció. Visualizó nítidas las imágenes de aquella noche: ella, ansiosa, lo esperó metida en la cama. No se dio cuenta en qué momento quedaron sin ropa, pero esta vez los dos... Sus ojos cesaron de generar lágrimas. Fueron reemplazadas por una carcajada: todo eso era una locura. Su mirada dirigida hacia la negrura del cielo le arrancó un grito que parecía nacer desde sus mismas entrañas.

—¡Una encantadora locura! —Recién se percató de la gran cantidad de estrellas, que sobre la bruma la cubrían igual que un inmenso manto lleno de lentejuelas, incapaces de alumbrar, como si agonizaran. Volvió a lamentar no haber sido más atrevida y quedarse otro par de días, uno solo que hubiera sido. “Porque una mujer necesita tener de vez en cuando las alegrías que sabe brindar un hombre.” Soltó otra carcajada, deseosa y confundida. Sus ojos tomaron un peculiar aspecto lujurioso, la humillación que sintió en algún momento, en aquella oficina ciega, le pareció muy lejana en el tiempo. Agradeció que eso hubiera ocurrido pues le había permitido tener esta nueva sensación de placer, vívida primero y en el recuerdo ahora, mientras sentía, una y otra vez, el agua que cubría sus pies, a ratos los tobillos, incluso las rodillas salpicando los bordes del vestido, para luego retirarse dejando por escasos segundos las piedras descubiertas, apenas visibles en la oscuridad. Abandonó la playa y caminó con dirección a la casa, sin conciencia del tiempo transcurrido, distraída, hasta encontrarse de nuevo junto al catre clínico color crema, donde yacía Bartolo. No encontró a la tía y le pareció razonable que se hubiera retirado a dormir. Cada día le costaba más trabajo terminar la jornada. Miró por primera vez el reloj, admirada de lo tarde que era. Sentada, introdujo entre los barrotes sus delgadas manos y tomó el flácido brazo del hombre por la muñeca, mirando su pálido rostro.

—Ya no todo será por ti, Bartolo, yo también existo.

CAPÍTULO XIII

UNA BUENA RAZÓN PARA VIVIR

Resulta curioso: eventos que en su origen nos han sido detestables, al pasar el tiempo pueden convertirse en tan importantes que llegan a parecernos la razón de vivir.

Es, como ya dije, lo que me ha ocurrido con esta novela: cada paso que doy está repleto de novedades y he llegado a enamorarme de ella, y por supuesto, de sus personajes. He renacido, y aunque aún no recupero la fama ni el dinero, me rescaté a mí mismo por el camino que menos imaginé. Día tras día encuentro el placer de haberme levantado por la mañana y trabajar con ahínco durante la jornada, aprovechando al máximo cada situación que vivo. Elisa misma se ha convertido en parte interesante de toda esta singular aventura. Poco a poco desaparecieron su ira y las discusiones respecto a la tónica del libro, del cual cada vez hablamos menos, y lo hacemos más de nosotros. Hasta nos hemos atrevido a hacer planes en los cuales nos visualizamos juntos.

A menudo evoco aquella oportunidad en que su paciencia se agotó, que fue la última vez que hablamos hasta que me acerqué a su oficina a implorarle ayuda. Lo recuerdo como si fuera hoy:

–¡Eres un monstruo! –Tenía los ojos inyectados de rabia, abultados por el llanto–. Te has reído de mí cuanto has querido y jugado con mis sentimientos de manera escandalosa, tal como lo debes haber hecho con todas, incluida tu ex esposa.

Quedé helado, pues nunca la había sacado a colación.

–De seguro, ella sintió también lo mismo.

–Sabes bien que cuando te conocí, ella era historia.

–Por eso mismo, yo no fui la culpable de la separación de ustedes, pero quiero decir que con todas las mujeres actúas igual.

–Elisa, nada nos unía: no tuvimos hijos, ella deseaba lujos y yo... tú lo sabes, era demasiado pobre... y tú llegaste mucho, muchísimo después.

–¿Y después de cuántas mujeres? Peor aún, ¿cuántas desde que estamos juntos?

–¿Quieres saberlo? ¿Realmente lo deseas? –Estaba harto de aquellas acusaciones, que aunque ciertas, me resultaban odiosas. Hice una pausa para recibir su respuesta, la que no llegó de inmediato. En lugar de eso agachó la cabeza y la meneó. Al rato, volvió a alzarla, tenía los ojos húmedos.

–En realidad, no. Tampoco quiero saber más de ti. Por favor, ándate, has causado ya suficiente daño. Búscate otra editora y también otro lugar dónde vivir, porque juntos ya no podemos estar. Terminaríamos por estrangularnos, yo al menos, siento deseos de sumergir tu cabeza en el escusado.

–Está bien. –En ese momento no me importó, más bien sentí que me sacaba un peso de encima. Tomé mi maletín y abandoné aquella oficina, pensando en jamás volver y buscar otra casa editora, sin imaginar siquiera que aquel triste adiós era el comienzo de mi peregrinaje. En las editoriales, una tras otra, me respondieron lo mismo:

–Tres libros sobre el tema, es ya suficiente.

–Pero a la gente le gusta, tengo mis seguidores, sobre todo mujeres.

La respuesta a eso, se repitió sin piedad:

–¿Hasta cuándo estarán contigo? ¿Crees que aún lo están? Es mucho riesgo continuar en esa línea. Debes escribir algo nuevo, un ensayo, por ejemplo. Eso gusta y vende.

–Pero no soy ensayista.

–Una novela, entonces, claro que no de cualquier cosa, habría que buscar un tema.

–Pero no soy novelista...

El destino de mis diligencias no fue feliz y el dinero ahorrado, pronto se esfumó. La fama pasó al olvido y mi autoestima se averió, tan rápido, que pronto me encontré en la miseria, tanto exterior como interior.

Elisa no quiso volver a recibirme y dio a su secretaria instrucciones precisas de negarla cuanto fuera necesario, por otra parte, cambió en su casa el número telefónico y, por último, se encargó de hacerme llegar una nota que aún conservo, aclarándome que las cosas entre nosotros habían cambiado, y por supuesto, la relación terminado; que no me pertenecía ni deseaba ser perseguida; que por favor, si en mí aún quedaba un poco de decencia, la dejara en paz.

En aquel momento, la encontré una desubicada: ¿Quién se creía ser para pensar que yo pudiera necesitar arrepentirme de haber salido de su vida? En ningún momento pensé no asumir haberla perdido, y desde que salí de la oficina con destino a su apartamento para retirar mis cosas, opté por dejarla en paz. Sin embargo, pasó el tiempo y mi situación fue de mal en peor. Nada resultaba de acuerdo a mis expectativas, hasta que llegó un momento en que ni siquiera las tuve. Viví durante más de un mes en la habitación de un hotel en el camino a la cordillera, hasta encontrar una casa, en las cercanías, a mi satisfacción, donde continué gastando, sin considerar que mis ahorros habían descendido a menos de la cuarta parte, y si continuaba así, llegarían a cero. Cuando noté el despilfarro, fue tarde: todo el arrepentimiento que pude sentir no fue suficiente para evitar la bancarrota, tampoco para recuperar a Elisa.

Pero ahora, por fin las cosas han comenzado a cambiar, y ella se ha ido abriendo, de a poco, a medida que hemos generado oportunidades para interactuar. Ya no soy solo yo quien la busca, en Elisa se ha despertado el interés y hace lo mismo. La última vez, incluso demostró su deseo por recuperar el tiempo perdido. Me pidió que la recogiera para ir a la inauguración de una exposición de pintura de una amiga en común. Allí bebimos algunas copas, hicimos el recorrido habitual para observar los cuadros, cruzamos unas palabras con la artista y saludamos a algunos conocidos. Después, volvimos a encontrarnos solos con una copa en la mano y coincidimos en escaparnos a un lugar más íntimo. Tuve la osadía de recordar el pasado y conducir su automóvil hasta la calle Larraín para tomar con dirección al cerro. Me miró unos instantes con su ceja derecha en alto, pero no puso objeción. Sentí ascender la adrenalina que me produjo aquella decisión unilateral, y satisfecho, la vi arrellanarse en su asiento. El vehículo siguió su marcha hasta que lo hice girar a la izquierda y enfrentamos una gran puerta cubierta con un latón verde, que se deslizó suave sobre los rieles para dejarnos libre la pasada. A poco andar, ingresamos al estacionamiento de uno de los moteles.

Lo primero que hicimos fue acercarnos al pequeño refrigerador. Nos miramos y saqué junto a la fría botella de champaña, dos copas. Bebimos y nos abrazamos.

–He soñado, no sabes cuántas veces con este momento. –Sus dedos entrelazados con mi pelo acariciaban mi nuca, las manos descendieron por la espalda y descansaron bajo la cintura.

–No eres la única. –Las mías ingresaron bajo su blusa y subieron por la espalda. Juguetearon durante algunos instantes con el broche del sostén y al no obtener resistencia, lo soltaron.

Aquello pareció excitarla y se apegó aún más.

–¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? –Se produjo un silencio—. Aún estás a tiempo de arrepentirte. –Se retiró un poco. Su frialdad me impresionó.

–Si estoy aquí, es porque te quiero.

Se abalanzó, me hizo caer de espaldas sobre la cama y apretó su boca y la nariz contra las mías, dejándome apenas respirar.

El resto, es de imaginarse. Después, boca arriba, observé nuestros cuerpos desnudos en un espejo que cubría el cielo.

—¡Si me la haces de nuevo, te mato!

En la penumbra, no pude observar con claridad la expresión de su rostro. No supe cuánto de verdad había en sus palabras y sin proponérmelo, emití una risa nerviosa. Ella volvió a saltar sobre mí, sin importarle mi estado. Exigió y tuve que hacer lo que pude, me pareció evidente su falta de sexo. Tal vez era la primera vez que lo hacía desde que nos habíamos separado. Era posible en ella. Eso me produjo un alto grado de satisfacción y olvidé su amenaza. Hice lo posible por cumplir con mi rol de amante y creo haberlo conseguido.

Extenuado, nuevamente de espaldas, sentí su cabeza en mi hombro, ligeramente ladeada hacia el pecho y me limité, sin pronunciar palabras, a acariciar su pelo.

Nos quedamos dormidos y despertamos a media noche. Estuvimos de acuerdo en quedarnos hasta la mañana y lamentamos no tener a mano una tina con hidromasaje. Ordenamos comida y una botella de vino tinto, después continuamos con whisky hasta emborracharnos y perder el sentido.

CAPÍTULO XIV EN BUSCA DE NUEVOS HORIZONTES

Nésida cumplió tres meses en Arica y su nostalgia por la partida de Lucrecia se repitió las tres veces en que regresó a entregar la mercancía encargada por don Isaac, el comerciante contactado por Amancio. Pasaba un par de días con ella, y otros tantos con su amante.

Durante ese tiempo se acostumbró a soportar las remembranzas hacia su familia y gozó del placer de ayudar económicamente a sus padres, en momentos tan difíciles como los que continuaba viviendo Perú. También lo hacía con Sandra en sus gastos básicos. Sintió que la vida le sonreía, contenta de poder ahorrar para más adelante invertir en un terreno, construir una casa y abrir un negocio, sueño que de haberse quedado en su patria, hubiera sido imposible realizar. De ese modo, estudiar una carrera pasó a segundo plano, pero ya no por las amargas circunstancias ni víctima de la podredumbre al interior de los organismos gubernamentales, sino por propia decisión ante expectativas más interesantes.

De los cuatrocientos cincuenta dólares recibidos, gastó cincuenta en sus cosas personales, orgullosa envió doscientos a su madre, cincuenta a su hermana y guardó el resto.

Sus patronas resultaron ser tan buenas personas como Lucrecia le había asegurado: considerados y humanitarios, padres de una única hija de casi trece años, con quien mantuvieron una estupenda relación. Le ayudó en sus tareas del colegio y a superar situaciones que se le hacían difíciles con sus compañeras, incluso la apoyó en su proceso de convertirse en mujer, a partir de su primera menstruación, hecho que a pesar de las indicaciones de su madre, igual la tomó por sorpresa: se asustó y odió todos los cambios que ocurrían en su cuerpo. Además jugaron juntas los inocentes juegos aprendidos por Nésida en su niñez. Todo eso motivó a sus patronas para tomarle cariño, afianzado a medida que observaban en ella la sólida escala de valores legada por sus padres, así como su nivel de conocimientos, debido a su aplicación al cursar los estudios secundarios.

Sin embargo, transcurrió el tiempo y tuvo oportunidad de conocer a muchas peruanas de paso que le contaron sus aventuras en Santiago, cargadas de mentiras para tapar sus miserables fracasos.

Escuchó anonadada acerca de las maravillas en la capital de aquel país, donde con facilidad era posible duplicar y hasta triplicar los ciento cincuenta dólares mensuales, que entonces le parecieron muy reducidos. Le hablaron de las magníficas casas en el barrio alto, donde las patronas, suplicantes, buscaban a personas dispuestas a emplearse puertas adentro. Le contaron también que los quehaceres en aquellas casas se repartían entre varias trabajadoras, por lo que las jornadas eran muy livianas. Otras le transmitieron sus experiencias como meseras y coperas en diferentes restaurantes, y no faltaron las que hicieron alarde de sus incursiones en áreas del emprendimiento como microempresarias, recurso atractivo para quienes quisieran surgir de manera independiente.

Nésida no necesitó efectuar muchos cálculos para comprender el mal negocio que significaba permanecer en Arica. Impresionada por los cuentos, sus ansias por aventurarse aumentaron hasta convertirse en obsesión, y decidió poner en práctica el deseo de partir.

Habló con su patrona para darle a conocer su decisión de abandonarlos y viajar a Santiago. Ella trató de hacerle ver su equivocación, pero mientras más insistía en que se quedara, a Nésida, más deseos le daban de partir. El marido, por su parte, intentó explicarle los riesgos de aquella

ocurrencia, con una suerte similar a la de su esposa. Por último estuvo la niña, cuyos recursos - entre los que se contó el llanto, no hablarle durante un día completo, incluso una pataleta poco adecuada para su edad, dispuesta a todo con tal de retenerla-, tampoco lograron hacerla desistir.

Por fin comprendieron que después de haber estado dispuesta a abandonar a su familia, con todo el dolor que ello pudo significarle, el afecto que ellos le tenían no la haría cambiar de idea.

Por otro lado tampoco estuvieron dispuestos a mejorarle el sueldo, menos al triple como eran sus pretensiones, convencida de poder conseguirlo sin tanto esfuerzo en la capital de aquel codiciado país.

Nésida se contuvo de esgrimir otro argumento, que fue también de gran peso, pues temió herirlos en su amor propio: esa ciudad, que ellos querían y consideraban suya, era un soberano tedio, y no era su intención quedarse para enloquecer de inanición.

Recibido su último sueldo, arregló la maleta y se despidió de la señora. De la niña lo hizo la noche anterior y por la mañana, en que se dieron un beso y un abrazo apretado. Soltaron otras cuantas lágrimas y la vio partir al colegio. Le resultó más doloroso de lo esperado.

Por fin en la calle, más liberada, se preguntó por qué le era tan fácil enamorarse de las personas y tan doloroso desprenderse.

Caminó hasta una oficina postal para enviar a su madre, en un giro, la totalidad del dinero recibido ese último mes, segura de recuperarlo pronto y con creces. Sintió una satisfacción inmensa, a sabiendas de lo podridas que andaban en Lima las cosas, luego de la última llamada que les hiciera la tarde anterior. Realmente debían estar muy mal, pues no cuestionaron sus planes de partir a Santiago, y aceptaron el envío del giro sin dudar.

Después se dirigió al terminal y abordó un autobús con destino a la capital de un Chile que comenzaba a gustarle.

Pensó en la cuenta de teléfonos por llegar a sus patronos y esperó que la perdonaran por haber abusado de su buena voluntad, pues a pesar de haber sido autorizada para comunicarse con su familia de vez en cuando, lo hizo muy seguido, y también con Lucrecia.

Sacudió la cabeza para desprenderse de aquellas ideas envueltas en culpa y volvió a pensar en Santiago de Chile.

CAPÍTULO XV EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS

Con la maleta colgando de su mano, hizo el trayecto hacia el restorán de calle Lira, esperanzada en ser recibida sin novedad por sus patrones. Apenas alcanzó a tomar el último tren subterráneo, y después de algunas paradas llegó a la estación Universidad Católica.

Para ellos resultó indiferente que se adelantara unas pocas horas, y a Nésida todo pareció sonreírle de nuevo.

Feliz de cambiar su régimen de vida, estuvo dispuesta a trabajar duro para mantener aquella condición de mesera del restorán y a la vez empleada doméstica en casa de los patrones.

En sus cálculos no consideró que las peleas pudieran afectarla, sobre todo al percibir la precaución que tenían de mantenerlas en privado, en su casa, a puerta cerrada. Así, nadie se enteraba de los pormenores. No imaginó que en poco tiempo los acontecimientos cambiarían a un marco diferente.

La primera vez que le tocó presenciar una de aquellas discusiones en su punto crítico, fue a raíz de una llamada telefónica, justo cuando se habían retirado a la casa para decirse en privado lo que se les diera la gana. Evitó hasta donde pudo llevar el mensaje, pero la insistencia, más bien la presión por hablar con él, de su ejecutivo bancario, la obligó a cruzar la puerta comunicante con el recado, incómoda, pues no le parecía afortunado interferir en aquella discusión, menos al escuchar sus voces, provenientes del dormitorio principal. Sigilosa, se acercó, y ante la puerta entreabierta, dudó de la conveniencia de entrar. Pudo ver a través del espacio entre esta y el marco, los movimientos de sus sombras. La escuchó levantar la voz de manera nada tranquilizadora y percibió el brazo de él alzarse y detenerse en lo alto, amenazando con caer sobre su rostro. Ella, en lugar de amilanarse, por el contrario, envalentonada, lo insultó. Entre sombras, Nésida pudo ver el golpe que él le propinó. También escuchó la resonancia de la mano estrellada contra la mejilla.

Se produjo un silencio que le pareció eterno, a pesar de haber durado muy pocos segundos. Durante el intervalo, imaginó las posibles consecuencias, asustada, y por supuesto, decidida a no interrumpir. Pero su curiosidad la hizo permanecer ahí, de pie. Incluso, avanzó un paso, quedando parada bajo el dintel. Entonces escuchó un gemido entrecortado, una especie de sollozo muy suave... Esperó a que se declarara un llanto, pero no, y los sollozos continuaron, casi imperceptibles. La puerta le tapaba la vista y las sombras habían desaparecido del muro. Aunque atemorizada, sin deseos de encontrarse allí, pero a la vez con la curiosidad viva, decidió asomar la cabeza. Total, en caso de ser vista, se haría la inocente y daría el recado.

Justo en ese instante, los aparentes lamentos cambiaron a risas nerviosas, subieron de tono, eran de ambos, entremezcladas con gemidos, también provenientes de los dos. La situación le pareció muy extraña, escuchó sus respiraciones aceleradas y los vio, completamente ausentes de su presencia.

“No puede ser”. Desconcertada, observó que estaban haciendo el amor sin siquiera sacarse toda la ropa. Más que humanos, le dieron la impresión de dos fieras copulando.

Roger cruzó como una ráfaga por su mente. Nunca pensó acordarse de él en un momento tan inapropiado. Ellos nunca lo hicieron así, tan brutal: eran suaves caricias las que con paciencia los dirigía hasta encontrar la mutua satisfacción, “al menos la de él.” Aquel último pensamiento la hizo sentirse incómoda.

En esa cama, frente a sus ojos, no percibió una pizca de amor: era lujuria en el sentido más patético, de ambos, aunque considerando las agresiones recientes, le pareció que ella pudiera ser una víctima, a pesar de dar la impresión de gozar tanto como él. De pronto reaccionó, estaba de cuerpo completo adentro de la habitación, cerca de la cama, mirando anonadada. Le dio pánico ser descubierta y retrocedió rápido; se sintió ridícula y, por supuesto, no era el momento de comunicar recado alguno; se giró y caminó en puntillas para no meter ruido y delatarse. Se sintió entrometida, casi delincuente; cruzó el vano de la puerta, se dirigió al que comunicaba con el restorán y suspiró; percibió una gran tensión e hizo un esfuerzo por distender los músculos.

Se volvió a preguntar si aquella era una fórmula enfermiza de ambos para gozar, o si él la tenía sometida, convertida en una víctima, más allá de su envalentonamiento, presa del temor.

Recogió el auricular que poco antes dejara en un rincón, sobre la cubierta del bar, y lo puso en su oreja. Al otro lado, el sujeto ya no estaba. “Claro, con todo lo que me demoré...” Lo dejó descolgado para evitar que el llamado se repitiera. Meneó la cabeza y continuó con la revisión de manteles iniciada antes de la maldita llamada. Roger regresó a su cabeza. Le pareció curioso no haberlo echado de menos y necesitar encontrarse ante aquella visión lujuriosa para recordarlo; era posible que nunca lo hubiera amado. Quizás por eso tampoco echaba de menos los juegos eróticos que de vez en cuando se permitió, que en realidad nunca le parecieron tan placenteros: en general se ocupaba más de que él quedara satisfecho y nunca pensó en sí misma. Sintió un vacío profundo y suspiró una vez más.

–Definitivamente hubiera sido un error casarnos...

Durante los días posteriores, la frecuencia de las discusiones entre sus patrones aumentó de manera considerable, y siguieron resolviéndolas en privado. Pero el domingo la bronca no comenzó en el restorán, sino en el propio dormitorio de ellos. Era temprano y Nésida acababa de levantarse. Escuchó a la mujer gritar desahogada un cúmulo de insolencias, a pesar de las dos bofetadas que él le profiriera, pues a la primera lo trató de poco hombre y él respondió con otro golpe. Nésida salió de su cuarto al pasillo y vio a la mujer correr desde su habitación hacia ella, con los ojos llorosos, casi desnuda, apenas cubierta por un calzón blanco. Paralizada, la sintió colgarse de su cuello y apretarse en busca de protección, histérica, mientras percibía la humedad fría producida por sus lágrimas.

El apareció en el vano de la puerta, apenas vestido con unos calzoncillos azules. Permaneció unos segundos ahí, detenido, sin hacer comentarios, luego se giró y volvió a entrar. Aún aferrada al cuello, la mujer fue conducida por Nésida hasta su dormitorio. Una vez cerrada la puerta y girada la llave, desprendió sus manos y la hizo sentarse en el borde de la cama, en un estado lamentable, con el pelo revuelto y los pechos colgando.

–Estoy cansada de esto. Me matará por haberme refugiado aquí, pero no me importa. Es un perverso, le fascina verme sufrir, y lo peor es que jura que me gusta... Y es mi culpa, por temor lo he inducido a creerlo. –Brotaron más lágrimas de sus ojos y luego de unos sollozos, calló.

–Pero si se casó, habrá sido porque lo conocía bien, pues.

–Somos pareja, solo eso, no sé cómo he soportado tanto tiempo...No hay hijos, no hay libreta... –Sus ojos brillaban, humedecidos por la ira–. Intento defenderme, me lleno de valor para no dejarme amilanar, pero me la gana, siempre me vence y termina cogiéndome, igual que a una fiera herida, indefensa. Durante mucho tiempo eso me produjo un extraño placer, que nunca fui capaz de comprender. Pero ya no, ahora me produce repugnancia y rabia. Ya no lo amo, solo deseo que se muera. A veces quisiera ser más valiente y tener el coraje suficiente para enterrarle un cuchillo. Lo he pensado mientras acaba, igual que un burro. Ensartarle, justo en ese momento, un cuchillo en la espalda, a ver la cara que pondría el muy maricón.

De improviso, ante el asombro de Nésida, como si todo se aclarara en la mente de Amanda, su rostro se despejó, esbozó una extraña sonrisa, se paró, y con los brazos cruzados para esconder sus senos, regresó al dormitorio principal.

Nésida percibió un silencio inquietante, luego esos instantes de tranquilidad fueron reemplazados por voces subidas de tono, hasta que de pronto escuchó un golpe. Después, silencio absoluto. Aterrorizada, fue hasta la puerta sin saber qué hacer. La encontró mal cerrada. Sorprendida, escuchó un suave llanto, luego reconoció las risas nerviosas y los gemidos; por último, sus respiraciones aceleradas.

Apenas lo podía creer. Trató de comprender, pero su inocencia no se lo permitía. Regresó a su habitación y decidió tomar una ducha caliente. Cerró la puerta, echó llave y se desvistió. Detuvo los ojos en la cómoda pintada café con cuatro cajones, parte del mobiliario cedido por sus patronas, donde guardaba casi toda su ropa. Sobre la cubierta repasó las fotografías de un pequeño marco triple de peltre repujado: su madre y su padre, en la primera, contentos, en alguna fiesta o algo así, no recordó con exactitud cuándo. En la siguiente, las tres hermanas abrazadas, sentadas sobre los troncos de una baranda en la casa de Lucrecia, en Huaral, poco antes que se trasladara junto a su esposo a Chancay, en Lima; le pareció percibir el aroma de los naranjos. Por último, tomada ese mismo día, posando entre ella y Bartolo, este último con una notoria pérdida de peso acusada por las pronunciadas arrugas y la ropa suelta... Recordó a Roger, cuya foto de adrede no quiso llevar. Era absurdo mantener una ilusión que ella misma se había encargado de apagar. Movié la cabeza, su cuerpo desnudo acusó una sensación de frío y entró al baño.

Ya vestida, inquieta por los acontecimientos recientes y cómo pudieran repercutir en la pareja, en el negocio, y por tanto en su futuro, caminó por el corredor hacia la puerta comunicante con el restorán. Se detuvo al pasar frente a la del dormitorio principal, esta vez cerrada. Acercó y agudizó el oído, sin embargo no escuchó ruidos; dudó, meneó la cabeza, y continuó apurando el tranco.

Poco rato después, llegaron ellos al restorán. Nésida los espío por el rabillo del ojo, desconcertada por su actuación: ella con una sumisión que la dejó perpleja, mientras él parecía orgulloso por su maestría de macho. La calma que se vivió durante el resto de la jornada la intranquilizó aún más. Sabiendo lo mal que estaban las cosas entre ellos y el odio engendrado en su patrona, se preguntó en qué terminaría todo aquello.

En la noche, luego de acostarse, le costó conciliar el sueño. La casa permanecía en absoluto silencio, sin ruidos, sin discusiones. Tuvo la tentación de ir hasta la habitación de sus patronas a investigar, pero se controló. Cerró los ojos y siguió intentando dormir.

Por la mañana, como rutina propia de los lunes, Amanda salió pasado el mediodía con dirección al banco para depositar los dineros percibidos durante el fin de semana.

—Debió haber vuelto hace una hora. —El nerviosismo con que se movía Adolfo, acusaba su desasosiego—. ¿Te dijo algo...? —Repitió la escena durante cada cierto rato, hasta que una corazonada lo indujo a llamar al banco y anonadado descubrió que Amanda había tomado su venganza: la consulta telefónica de saldo en la cuenta arrojó cero.

Colgó, corrió a su habitación, abrió las puertas del armario y quedó petrificado al ver el lado correspondiente a ella vacío. Abrió uno por uno los cajones en que guardaba su ropa interior, sus blusas y otras prendas: vacío, vacío, vacío... Apoyó el cuerpo contra el muro para no desplomarse.

—¿En qué momento sacó todo? ¡Putas de la gran madre! Volvió al restorán, y de inmediato fue hacia la puerta que daba a la calle.

—Voy al banco, antes que cierre.

Su ejecutivo revisó en la pantalla de su computadora.

–Giró un cheque contra el total de los fondos de la cuenta corriente, incluidos los de la línea de crédito.

–¡No lo puedo creer!

–Y hay más...

–Es que no puedo haber sido tan inocente. Y ahora tendré que girar contra la cuenta de ahorro para cubrir los cheques que están por llegar.

–Me temo que será imposible, señor Barahona, porque la otra firma autorizada también retiró esos fondos.

Adolfo palideció, incrédulo.

–¿Los fondos de la cuenta de ahorros? ¡Se volvió loca! Esta huevona está completamente demente...

El ejecutivo lo miró, reprochando el exabrupto.

–¿Y qué quiere que diga, que me ponga a reír? ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

–No he dicho nada, solo que no estoy acostumbrado a una situación de este tipo.

–¿Y usted cree que yo sí? ¡Perra de la gran puta!

El ejecutivo observó por sobre el hombro de Adolfo la cantidad de gente que lo esperaba.

–Usted me dice que llegarán cheques, ¿qué hacemos? No puedo pagarlos contra nada, señor Barahona.

–Pero, ¿cómo no se dieron cuenta? Esto es culpa de ustedes.

Señor Barahona, le ruego que baje la voz. –El ejecutivo señaló con la mano hacia el público.

–¡Me importa un carajo esa gente, señor! ¿Se da cuenta del problema que tengo ahora? Y en lugar de ofrecerme una solución, junto con darme vuelta la espalda, se da el lujo de llamarme la atención.

–No, no es eso, cálmese y comprenda que no está en mis manos...

–¿Y en las de quién, entonces? Ustedes son todos iguales; mientras se trata de sacarle plata a uno, tienen la cursilería marcada en la cara, pero ante la primera situación difícil que uno pueda pasar, se transforman en el peor de los enemigos.

–Lo lamento, señor Barahona, pero tendrá que buscar una forma de cubrir los cheques que le puedan llegar. No puedo hacer más por usted, menos con este comportamiento.

Adolfo comprendió que su vehemencia en nada le ayudaría, por lo que hizo un esfuerzo para controlarse.

–Lo lamento, pero por favor comprenda la situación en que me encuentro.

–Veré con el gerente qué se puede hacer en su caso. Vuelva mañana a primera hora, por favor... ¿Cuál es el monto de los cheques por llegar?

–No, no lo tengo en la memoria.

–Por favor, revise sus cuentas y me llama para saber de cuánto estamos hablando, tal vez sea menos dramático de lo que parece.

Adolfo salió del lugar apenas creyendo lo que le sucedía; mientras mascullaba, sintió los ojos vidriosos y ganas de matarla.

–Mejor que no se aparezca frente a mi vista, porque juro que la estrangularé.

De vuelta en el restorán, luego de llamar a su ejecutivo bancario para entregar los montos de los cheques por ser cargados en su cuenta, informó al personal acerca de lo sucedido y los posibles trastornos, entre ellos, el protesto de los cheques girados a proveedores, si el banco no le proporcionaba un préstamo. En cualquiera de los dos casos, le sería imposible pagar los sueldos a tiempo, y tal vez tendría que retener durante algún tiempo parte de las propinas.

Nésida escuchó la noticia, y entre las protestas de los demás empleados, pensó en su situación particular, sin tener a quién recurrir para salvar el momento. Durante el resto del día se calentó los cascos tratando de discurrir qué hacer, pues a cada momento le parecía que el camino se le estrechaba más.

Al acostarse no pudo pegar los ojos, todo le daba vueltas, las escenas de los últimos acontecimientos iban y venían: las discusiones entre sus patrones, las envalentonadas de ella seguidas de los golpes y una gran sumisión, entremedio la lujuria, él en calzoncillos en el vano de la puerta, ella en calzones con el torso desnudo, las bofetadas, los sollozos, las risas... Y por último, ella tomó su venganza: calculada, con sangre fría... Nésida se largó a reír.

—¡La muy viva!—Recordó sus confidencias, las lágrimas, y que de pronto, como si todo se aclarara en su mente, se había parado, cubierto sus pechos bajo los brazos, y regresado al dormitorio principal. Fue en ese momento, sin duda, que resolvió hacer realidad su plan. De seguro más de alguna vez lo había pensado... Nésida soltó otra carcajada.

—¡Nos dejaste a todos colgados, incluso a mí! Pero no puedo dejar de reconocerte, Amanda, que lo supiste hacer. —Envidió su intrepidez, ella nunca se hubiera atrevido a ser tan osada. Volvió a pensar en su situación personal y a sentirse en un túnel sin salida. De repente tuvo una idea que le pareció genial, era tan evidente y no se le había ocurrido antes: solo debía esperar a que las cosas se calmaran y encontrar el momento adecuado para planteársela a Adolfo. Sin disminuir su nivel de excitación, se durmió.

Pasaron dos largos días en que no se dio el momento esperado por ella para hablarle, entre su nerviosismo, la furia de él que en lugar de disminuir aumentaba, las frecuentes ausencias del local, y lo ocupado que se le veía entre papeles y el teléfono...

Fue él quien al tercer día, terminado el ajeteo del almuerzo, la sorprendió:

—He estado muy ocupado haciendo lo necesario para que el negocio no zozobre, y muy nervioso. Espero que lo comprendas... —La observó con detención. Ella sostenía unos manteles sucios, y ni siquiera pestañeó—. No serán tiempos fáciles, pero saldremos a flote; el banco me concedió un préstamo... Espero poder pagárselo. No puedo pedirte que te quedes, aunque no tienes por qué irte...

—He pensado en algo.

Adolfo calló para escuchar.

—Disculpe...

—No, no, sigue no más.

—He pensado que tal vez... tal vez pueda quedarme y pagarle... el cuarto... —Dudó, midió sus palabras temiendo parecer aprovechadora—. Con lo que me debe.

Él permaneció en silencio.

—Y quedarme con algunas propinas... las en efectivo, al menos.

Adolfo no la interrumpió.

—Mientras le ayudo y encuentro otro trabajo... —Se produjo un nuevo silencio—. Porque no puedo trabajar por tan poco, ¿sabe? Le pido que me comprenda. Así usted me paga algo, yo tengo donde dormir, y me libero de los quehaceres de la casa en mis horas libres.

Él esbozó una mueca parecida a una sonrisa y afirmó con la cabeza.

—Me parece una proposición justa. Cuenta con todo lo que me has pedido...

Durante los días siguientes, Nésida ocupó su tiempo libre para recorrer las calles, entrando en todos los restaurantes que encontró a su paso, con pésimos resultados. Los lugares que se interesaron en ella no le dieron confianza, y en los que despertaron su entusiasmo la perjudicó su origen. Llamó su atención la cantidad de universitarios contratados para dicha labor, sobre todo en

el barrio Bellavista, donde le hubiera gustado trabajar, por su apariencia bohemia y la alegría en sus calles durante las noches; también por la calidez de sus dueños. Además, allí debían pagar bien. Pero decididamente, entre unos pocos garzones profesionales y la gran cantidad de jóvenes chilenos, la posibilidad para ella era una ilusión; ni siquiera en los de comida peruana encontró una oportunidad.

En el ir y venir de su incansable búsqueda, varias veces pasó frente a uno de comida coreana situado a menos de dos cuadras del de Adolfo, pero no se animaba a entrar suponiendo que ahí trabajarían solo los miembros de una familia, además su idioma le resultaba incomprensible; sin embargo, la desesperación de no encontrar una alternativa la impulsó a asomarse. Grande fue su sorpresa al descubrir que todas las meseras eran chilenas, claro que eso no era tan buena noticia para una peruana. Cohibida, retrocedió para volver a la calle, pero el ingreso de una persona la obligó a retroceder. Era una mujer joven de marcados rasgos orientales, quien la saludó afable, en un español con marcado acento coreano.

—¿Le puedo ayudar en algo, señorita?

—Esto... En realidad, busco trabajo.

—¿Y de qué desea trabajar la señorita? Soy la propietaria.

—Bueno, de copera, mesera, en realidad de lo que sea, señora... Conozco bien el trabajo de mesera.

—¿Y cuánto querría ganar?

—Bueno, aparte de las propinas, lo que sea su voluntad.

La coreana pensó durante unos segundos y preguntó por el estado de sus papeles.

Nésida negó con la cabeza.

—¿Illegal?

Nésida encogió los hombros, asustada y con vergüenza. Tres meses había durado su visa de turista, y después, nunca intentó regularizar su situación, pues sus ingresos eran precarios y temió que la devolvieran a su tierra, fracasada y sin dinero. Era cosa de esforzarse, ya tendría una buena oportunidad, y con un contrato en la mano y los dólares necesarios, tal vez intentara conseguir la visa por un año.

La coreana la invitó a conversar adentro. Entregó en la cocina los paquetes que traía en sus manos y la condujo hasta una mesa, donde se sentaron. La interrogó durante algunos minutos, y ante el asombro de Nésida, le hizo saber su interés por ponerla a prueba.

Nésida agradeció la oportunidad, le dijo que no se arrepentiría, y se comprometió para comenzar al día siguiente.

Su próximo paso fue informar a Adolfo, esperanzada en que por dejar de trabajar en su restorán, no desconociera su deuda y la echara a la calle.

Él la observó a los ojos, con una expresión en el rostro que ella no supo descifrar.

—Me tienes en tus manos, ¿no?

Aquel comentario gustó a Nésida, quien por primera vez en mucho tiempo sintió estar del lado ganador. Complacida, sonrió y afirmó con la cabeza.

Él, de inmediato pensó en sacar partido a esa estadía en la pieza que ocupaba en su casa. Era una joven agraciada a pesar del color de su piel, y de seguro no sería tan inocente. Por otra parte, casi todos los empleados le habían abandonado, de modo que no consideró extraño que ella quisiera hacer lo mismo. Le dijo que no se preocupara, pues le mantendría intactas las condiciones acordadas.

Tres noches después que Nésida comenzara a trabajar en el restorán coreano, al regresar divisó a Adolfo entrar por la angosta puerta de la casa que daba a la calle, acababa de bajar las cortinas de seguridad del local. Lo vio en la sala de estar, sirviéndose un dedo de whisky, y saludó sin

detenerse.

Él bebió con rapidez el contenido del vaso, cerrando los ojos. Luego hizo lo mismo con otro, y con un tercero. A continuación recogió la botella, dos vasos con hielo, y se dirigió a la pieza de Nésida. Golpeó la puerta con los nudillos.

Del otro lado, ella, tendida sobre la cama y con la luz apagada, aún sin sacarse la ropa, se sobresaltó.

Él volvió a golpear y giró la manilla.

Para sorpresa de ambos, la puerta se abrió. El cuarto se iluminó con la luz proveniente del pasillo.

Nésida puso los ojos en él y cayó en la cuenta de no haber echado llave.

—¿Estás despierta?

Ella notó que su voz acusaba su estado de incipiente intemperancia.

—Te vi venir, y veo que aún no te has acostado, déjame invitarte un trago.

Estaba paralizada.

—¿No te parece que viviendo juntos, sea una buena idea compartir algunos momentos?

Incapaz de moverse, continuaba con los ojos fijos en él.

—¿No te parece?

—Gracias, es usted muy amable, pero dejémoslo para otra vez, porque estoy muy cansada; como ve, ni siquiera he sido capaz de sacarme los zapatos.

Adolfo avanzó unos pasos y se sentó en el borde de la cama. Puso los vasos sobre el velador y dejó caer dos largos chorros de whisky.

Aterrorizada, recordó la enfermiza relación con su mujer y tuvo miedo de contradecirlo, más aún, al encontrarse algo ebrio.

—Anímate, bebamos. —Le extendió uno de los vasos.

—No, gracias, para mí es demasiado fuerte, de mirarlo me emborracho. —Intentó exhibir una sonrisa que resultó en una mueca amarga.

—¿Entonces, qué te traigo?

No se atrevió a contrariarlo y se sobrepuso al pánico.

—Está bien, un poco de pisco y cualquier bebida.

Adolfo salió al pasillo.

Ella sintió el impulso de correr a la puerta y cerrar con llave, pero de inmediato comprendió que era absurdo encerrarse allí, en una habitación dentro de la casa. Tarde o temprano tendría que salir y el tipo quizás qué represalias tomaría. Además, nada de raro le pareció que tuviera otra llave. De pronto, apareció de regreso y alargó la mano con el vaso.

—¿Así está bien?

Nésida asintió.

Él hizo un brindis, bebió y se sentó, rozándola con su brazo. Ella se corrió, como si le hubiera quemado la piel.

Aquellos instantes le parecieron eternos y se arrepintió de haber dejado a sus patrones en Arica. Al mismo tiempo, se propuso no llorar, convencida de que mostrarse vulnerable era lo peor que podía hacer. Sorbió un poco de licor y sintió cierto alivio, pero no demoró mucho en volver a ponerse tensa.

Él habló acerca de la situación económica del restorán, y ahondó en el abandono y el robo de los cuales fuera víctima.

Nésida recuperó un poco la confianza, pero bastó un leve movimiento de él para volver a ponerse tensa.

Adolfo percibió su temor y sintió una excitación similar a la producida por Amanda, quien ante los golpes, luego de mostrar unas débiles garras, se entregaba mansa, dispuesta a gozar y satisfacerlo. Durante mucho tiempo jugaron a eso y en él nunca se despertó la inquietud de que pudiera abandonarlo. No lograba entender que de pronto hubiera reaccionado de manera tan desconcertante. Miró a Nésida y sintió ganas de fornicar.

El haz de luz proveniente del pasillo a través del hueco dejado por la puerta abierta, daba de lleno en el rostro de Adolfo. Ella percibió la lujuria que brillaba en sus ojos. Dejó de respirar durante algunos segundos, y se sintió ahogada.

De pronto, perpleja, experimentó el roce de sus labios. A punto de emitir un grito que nadie escucharía y tal vez lo provocara más, cerró los ojos apretándolos con fuerza. Percibió el fuerte olor a whisky, mientras era besada. De pronto, una idea se posó en su mente y separó su boca. Al hablar, le pareció arrojarse al vacío.

–Estoy cansada, porque estoy enferma.

–¿Enferma?

–Creo que no entiendes, estoy en mi período.

–Ah, la regla.

–Eso, la regla.

–¿Y qué importa? –Jamás lo había considerado un motivo para privarse.

–Estoy recién... y me duele mucho.

Aliviada, lo vio pararse mientras refunfuñaba algo que no alcanzó a comprender. Cogió la botella, destornilló la tapa, tomó un sorbo, y salió de la habitación en silencio.

Ella corrió hacia la puerta y atolondrada, sin pensar en lo que hacía, la cerró y giró la llave.

No pudo dormir de inmediato, permaneció con la vista fija en la cerradura, y por supuesto, vestida.

Observó los hediondos vasos con restos de licor y arrugó la nariz, pero no se atrevió a sacarlos al baño, menos a la cocina. Abrió la ventana que daba a un patio interior, cautelosa los dejó sobre el saliente del muro, y de inmediato la cerró.

Desvelada hasta muy tarde, pensó en la necesidad de escapar apenas amaneciera, pero al preguntarse a dónde, fue incapaz de encontrar una respuesta satisfactoria. Confundida, sopesó la posibilidad de quedarse, y también le pareció una alternativa inviable: sin un centavo en los bolsillos, era imposible conseguir otro lugar donde hospedarse, y quedarse allí era un pasaje abierto para que su casero se adueñara de ella.

Llegó la hora de levantarse, sin haber tomado una decisión. Abrió la puerta temiendo encontrárselo, y al no verlo, apuró el tranco al baño, donde se encerró con doble cerrojo. Una vez vestida, caminó en puntillas hasta salir al trabajo.

Por la noche, terminadas sus labores en el restorán coreano, se halló en la calle atrapada entre pasar la noche dando vueltas por los alrededores o volver a la casa de Adolfo. De pronto adquirió conciencia de haber caminado dos cuadras y hallarse parada frente a su restorán, aún abierto al público. Pensó que tal vez una conversación ante una mesa fuera conveniente antes de entrar a la casa, esperanzada en lograr un acuerdo que la protegiera. “Siempre y cuando lo respete”. Después de aquella agresiva idea, entró pensando en qué decirle.

–Estoy a punto de cerrar.

La voz, que nacía a un costado de Nésida, la sobresaltó. Luego de salir de la sorpresa, lo observó a su lado.

–¿Deseas beber algo?

Nésida agradeció que le estuviera facilitando las cosas.

–Está bien, gracias.

–¿Prefieres aquí o al lado?

–¡Aquí! Sin esperar una respuesta, se instaló ante la mesa más cercana.

Adolfo salió del local y bajó las cortinas de seguridad.

El encierro en que quedó, hizo que la recorriera un escalofrío.

Adolfo no demoró en aparecer por la puerta que comunicaba con la casa. Sirvió whisky en un vaso, pisco en otro, y luego de soltar unos cubos de hielo, vertió un chorro de bebida cola en el suyo.

–¿Así está bien?

Nésida asintió, mientras él dejaba los vasos sobre la cubierta y se sentaba.

Adolfo bebió un largo sorbo.

Ella temió que el alcohol fuera un pasaje para que la conversación tomara otro rumbo, y decidió plantearle de inmediato su situación.

–No sé si sea buena idea continuar en la casa. –De inmediato se preguntó si habría sido demasiado brusca.

–Pero estás aquí. Lo que me alegra, por cierto. Tal vez he cometido un error al ser tan apurón... Te prometo que me haré de paciencia. Bebió lo que quedaba en el vaso—. Y ahora es tarde y ambos estamos cansados, creo que ha llegado la hora de retirarnos a dormir.

Asintió y se paró desconcertada, dispuesta a correr el riesgo. Pasaron a la casa y sintió un gran alivio al verlo entrar en su dormitorio.

–Buenas noches. –Adolfo cerró su puerta, sin esperar una respuesta.

Nésida entró al suyo, echó llave y se desvistió sin despegar los ojos de la puerta. Sin poder ahuyentar el temor que la embargaba, se metió entre las sábanas. Boca arriba, se preguntó si estaría alimentando en Adolfo falsas expectativas, en circunstancias de encontrarse muy lejana a la idea de iniciar una relación. No le resultaba confiable, sabía que no buscaba otra cosa que satisfacer sus necesidades animales más básicas.

Para mayor dificultad, en el restorán coreano las cosas habían empeorado de manera dramática. La formidable condición inicial de encontrar una patrona inmigrante igual que ella, comprensiva ante su realidad, pronto le causó serios problemas con el resto de las meseras. La señora alababa su disposición para trabajar y ayudar a solucionar problemas, por lo cual le prometió mejorar de manera considerable su paga si mantenía esa conducta, lo cual despertó la envidia de sus compañeras chilenas, quienes le hicieron sufrir una cruel segregación racial, plagada de comentarios peyorativos referentes a su relación genética con los países asiáticos. Además, se pusieron de acuerdo para boicotearla. Lo primero que hicieron fue culparla de no cumplir con los horarios de los turnos, haciéndola aparecer como irresponsable y falta de interés.

Nésida consideró irrelevante ganar esa batalla, pues su sistema nervioso estaba casi destruido y tarde o temprano tendría que irse. Por eso, tomó la decisión de renunciar.

En cuanto a Adolfo, sacó cálculos respecto a su período menstrual y regresó a la carga, pero sin forzarla, lo que a ella le dio confianza para hablarle.

–Esto, pienso dejar a la coreana. –Se produjo un silencio que parecía aumentado por la soledad del lugar, ya con las cortinas de seguridad abajo—. Deseo ayudarte con el negocio mientras decido qué hacer con mi vida.

–Pero sabes que aún no me he repuesto del todo y me resulta imposible pagarte, incluso las propinas.

Nésida esbozó una sonrisa deslavada.

–De momento me bastaría con dejarme las que vengan en efectivo, para mis gastos menores.

–Está bien, me parece justo. Cuenta con eso.

–Lo que sí me inquieta, y perdóname que sea tan franca, es que estaremos juntos en el restorán, y después en la casa, durante la noche, y yo no tengo claros mis sentimientos hacia ti ni lo que deseo, tampoco quiero hacer algo de lo cual después me arrepienta. –Tomó aliento y sintió que se jugaba el todo por el todo–. Te voy a pedir que me des tiempo para pensar sobre nosotros.

–Pero me has tramitado por días, con explicaciones que he respetado, ¿y ahora me sales con esto?

–Te lo suplico, dame tiempo.

–¿Por qué me rechazas? ¿Crees que te persigo por una simple calentura?

A Nésida, una de las cosas que más le molestaba de Adolfo, era su rudeza para referirse a lo afectivo y al sexo.

–Sé que te sientes solo y mi compañía, la poca que has recibido, te gusta, y te atraigo, lo que te agradezco, pero no es suficiente.

–¿Qué quieres, entonces?

–Que tengas un poco de paciencia, solo eso.

Adolfo bebió un trago y asintió.

Ella, en agradecimiento, besó su mejilla.

Él esbozó una sonrisa que desapareció de inmediato.

Al día siguiente, apenas llegó al restorán de la coreana, Nésida habló con ella.

–He decidido irme, señora. Gracias por todo, pero no soporto la crueldad con que me tratan mis compañeras. Además, usted tarde o temprano tendrá que despedirme.

La mujer, sabiendo que Nésida tenía razón, hizo una liquidación rápida en la calculadora, le pasó algunos billetes, y dio fin al asunto.

A los pocos días, terminada la jornada, ya en su cama, detuvo sus pensamientos en su interés por apoyar a Adolfo por casi nada. Se inquietó al comprender que sin darse cuenta se estaba entusiasmando con él, y se asustó: ambos solitarios y llenos de dificultades laborales y económicas, y una gran necesidad afectiva, eran demasiado vulnerables. Todo apuntaba a que terminaran juntos en la misma cama, lo que le pareció desastroso. Más temprano que tarde pasaría el entusiasmo y la relación se convertiría en un infierno. Por primera vez, consideró con seriedad la posibilidad de buscar un trabajo de asesora del hogar, puertas adentro. Además de salir de allí, le urgía enviar a su madre algunos dólares para ayudar a su padre, aún cesante, y también, por fin, comenzar a ahorrar. Resolvió no comentarlo con Adolfo y desaparecer de improviso.

Pero las cosas se le pusieron difíciles, pues no encontró una patrona dispuesta a arriesgarse con una peruana sin referencias. Hasta que la propietaria de una oficina de empleos de segunda categoría, le inventó unas atractivas recomendaciones provenientes de Lima. Con estas pudo colocarla en un hogar que la recibió a prueba, previo acuerdo de pagarle, durante los primeros meses, solo la mitad de lo que hubiera ganado una chilena.

Consciente de su situación no regateó, y un jueves por la mañana, después que Adolfo salió al banco, tomó sus cosas y desapareció. Para lavar un tanto su culpa, le dejó una nota.

Querido Adolfo:

Lamento irme de improviso. Debo reconocer que es una forma de arrancar, pero no tengo ya manera de evitarte y no quiero que hagamos algo de lo que más tarde nos arrepentiremos.

Espero volver a verte en mejores condiciones. Tal vez, entonces, sin tanta presión, podamos conversar al respecto.

Ojalá no te sientas traicionado, porque te juro, lo hago por el bien de ambos.

*Gracias por todo, en especial por tu paciencia.
Te recordaré siempre,
Nésida.*

Tal como le habían contado las mujeres de paso por Arica, se encontró en un barrio impresionante, con casas espléndidas; sin embargo, solo había una empleada en la casa, la cual debía encargarse de todas las tareas. Eso le significó trabajar desde las seis y media de la mañana hasta después de las once de la noche, y en ocasiones, hasta después de las doce, ejecutando diversas labores: cocinar, lavar, planchar, hacer aseo...

Demoró poco en comprender que esa no era vida para un ser humano. Pensó en sus coterráneas, las cholitas, quienes provenientes de la sierra, en Lima entregaban su vida casi como esclavas a las familias adineradas, las que a pesar de sus supuestos principios y sus arraigados credos, las explotaban sin piedad. Y ella, salvo unos pesos de diferencia, había caído en las mismas fauces. Las posibilidades de ganar en Santiago el dinero fácil, no eran como le habían contado. Muy por el contrario, su sueldo era apenas superior al percibido en Arica, y debía soportar la humillación de escuchar las cínicas conversaciones de su patrona con las amigas, acerca del riesgo de tener una peruana en la casa, aduciendo a que eran flojas y ladronas.

Nésida lamentó la ignorancia de estas personas al expresarse de esa manera, pues la verdad era muy diferente; por pertenecer a la clase media de Perú, jamás hubiera prestado esos servicios en su país de origen, ya que no cumplía con las características de ignorancia y sometimiento requeridas por las familias empleadoras para explotar a su antojo.

Los inmigrantes peruanos, en su mayoría tenían estudios, incluso superiores, y provenían de hogares con valores firmes, en busca de oportunidades para ganar un dinero que les permitiera ayudar a sus parientes, y en algunos casos, ahorrar para algún día pagar sus estudios universitarios o instalarse en condiciones laborales y de vida mínimas para un ser humano.

Aquellas conversaciones, repletas de crueldad, mostraban a tajo abierto la bajeza a la que seres humanos poseedores de poder eran capaces de descender.

Esa misma carencia de valores superiores se vio reflejada luego que Nésida cumpliera casi dos meses al servicio en aquel lugar, cuando la hija mayor recorrió el interior de la casa, vociferando por su reloj extraviado. Al pasar junto a Nésida, sus ojos la observaban con evidente intención acusatoria, y repetía con vehemencia que alguien se lo había robado.

Nésida apenas podía creer que una niña a punto de cumplir la mayoría de edad y educada en un colegio católico, fuera capaz de dejar caer su acusación de manera tan irresponsable en la piel de la persona más vulnerable de la casa.

Los demás ojos, por supuesto, no dudaron en apuntar también hacia Nésida, y la madre de la muchacha, su patrona, le pidió que confesara, bajo la promesa de no involucrar a la policía.

Nésida lloró la noche completa, humillada y asustada, desorientada además por no saber de qué manera actuar: ofrecer su renuncia la inculpaba, y callar era la mejor forma de incentivarlos para despedirla y denigrarla. Deseó regresar a Perú, pero no estaba dispuesta a hacerlo fracasada. Por otro lado, continuar en Chile con aquella vida impropia para un ser humano, le parecía terrible.

En la mañana el patrón, antes de partir con destino a su oficina, la encaró y le pidió que tomara sus cosas y se fuera. Y que agradeciera que no la denunciara a las autoridades, porque no quería complicarse la vida.

Justo en ese momento, entró la hija, luciendo el reloj en su muñeca.

Nésida lo hizo notar, aliviada de poder aclarar la situación, pero grande fue su sorpresa pues

la joven no le dio asunto y el padre mantuvo incólume su decisión. De paso, retó a su esposa por introducir a gente desconocida en la casa, más encima una peruana, como si ello conllevara una suerte de lepra.

Le pagó de mala gana, y ante el asombro de la muchacha, retuvo veinte mil pesos.

–Por si acaso, muchacha, hasta que llegue la cuenta del teléfono. Ya pagué el noviciado con un junior de tu país en mi oficina, que se fue y dejó una tremenda cuenta... Porque has hecho llamadas a Perú, ¿o lo vas a negar?

–Solo dos veces, señor, y con el permiso de la patrona.

–Veremos si es cierto cuando llegue la cuenta, y no te retengo una cantidad superior, nada más porque soy decente y no puedo mandarte a la calle con una mano por delante y otra por atrás.

Nésida no supo qué contestar. Esta vez había hablado solo dos veces y muy cortas. Las demás comunicaciones, con su familia y Lucrecia, las hizo desde celulares facilitados en las calles Catedral y Ahumada, por un precio módico.

Intentó convencerlo, pero fue categórico y cerró a sus espaldas la sólida puerta de roble.

De ahí, su destino fue claro: el muro lateral de la Catedral de Santiago, en la Plaza de Armas.

Restados un envío que hizo a su madre y algunos gastos personales, le quedó el equivalente a menos de cien dólares, de modo que se encontró igual que al principio, solo que varios meses después, asustada, frustrada y muy decepcionada.

Allí tuvo la oportunidad de conversar con otras muchachas, fracasadas como ella, presas del desaliento, con dramáticas historias que por momentos parecieron desplazar la suya, lo que la sumió en una profunda depresión.

Una de ellas, la que más le impresionó y con quien entablaron una gran amistad, que cultivaron con sinceridad, fue Anita.

CAPÍTULO XVI DE VUELTA EN LA PLAZA

Nésida había recorrido más de tres mil kilómetros para llegar a ese desconocido lugar, y durante algunos meses que le parecieron eternos, iba con frecuencia a instalarse en aquel muro, frente a la Plaza de Armas de aquella ciudad, en un país al que nunca tomó en cuenta hasta que Lucrecia del Canto la convenció de viajar juntas.

“¿Qué diablos hago aquí?” Confusa y decepcionada, recordó a Lucrecia, sus problemas y su fortaleza para resolverlos, pese a todas las dificultades, “¿o debido a ellas?” La invadió una suerte de envidia y rememoró sus palabras en Arica, como si se las repitiera desde la lejanía.

“Ojalá nunca necesites hacerlo... Una saca fortaleza, no sé de dónde”.

Nésida negó con la cabeza. Las experiencias terribles vividas por sus amigas, una con Bartolo y la otra con Julio, se robaron durante instantes su atención. Una brusca cortina musical proveniente de los altoparlantes situados en el escenario de la Plaza, la sobresaltaron. Puso por enésima vez los ojos en el ir y venir de los apurados santiaguinos, y sus ojos recorrieron las diferentes actividades desarrolladas en aquel sitio: parejas besándose, un círculo formado por curiosos entretenidos con la representación de dos actores callejeros, la gran cantidad de personas reunidas por los mensajes de un predicador evangelista... Más allá un tipo haciendo graciosas piruetas en una cuerda tendida sobre el suelo, y la gran cantidad de pintores, caricaturistas y retratistas, con sus caballetes, pinceles y pinturas, empeñados en vender sus obras.

Giró la cabeza en sentido contrario y enfocó, sentados contra el muro lateral de la Catedral, en una hilera ordenada, a sus coterráneos, esperanzados en conseguir algún dato para iniciar la semana con una oportunidad que les permitiera ganar aquellos pesos que llegaron a buscar a ese lejano lugar.

Se observó en la misma denigrante condición y reconoció su pavor a regresar a Lima fracasada, y tener que reconocer ante sus padres el error de haberlos abandonado. Admitió haber quedado, gracias a su amiga Lucrecia, bien instalada en Arica, y que se había aventurado por su propia cuenta, deslumbrada por lo que decían las bocas que a modo de cubrir sus fracasos, inventaban las falsedades de sus éxitos.

Dudó de haber hecho lo correcto al ser tan considerada con sus padres, a sabiendas de que hubieran hecho lo posible por pagarle los estudios, pero de inmediato recordó cuando los oía decirse tantas cosas hirientes, producto de su situación económica, cada día más agravada. Quedarse hubiera sido una desvergüenza de su parte.

Pensó de nuevo en Lucrecia, una buena amiga tanto de su madre Rosa como de ella, con quien llegaron a tener una estrecha relación de confidentes. De edad intermedia entre ambas, era jovial, con el carácter de una adolescente, llena de historias que compartieron bajo juramento de no contarlas, menos a su mamá.

Nésida jamás supo cuánto había de imaginación en las historias de su amiga, lo que tampoco le importaba, y demostró creerlas sin reparos. Así y todo, Lucrecia mantuvo en silencio su secreto respecto a Amancio.

Con Rosa y Domingo, los padres de Nésida, Lucrecia y Bartolo se conocieron en Huaral. Eran también campesinos en las tierras de su suegro y fueron los únicos amigos que tuvieron, a pesar de ser mayores.

En Lucrecia encontraron una riqueza inmensa, proporcionada por su habilidad para dar a todas

las dificultades carácter de pasajeras, capaz de enfrentarlas con una alegría envidiable que le brotaba del corazón, de manera natural, transmitida como manantial inagotable, incluso a pesar de los arrebatos que en ocasiones tenía su marido sin motivos.

Debido a muchas necesidades insatisfechas, Rosa y Domingo decidieron emigrar con su familia a la capital. A pesar de la distancia, con Lucrecia y Bartolo siguieron visitándose durante muchos años, hasta que a raíz de la última prueba que les puso el destino, ellos también tuvieron que trasladarse: apareció en Bartolo un nivel de incoherencias mayor al acostumbrado y sus diálogos se hicieron cada vez más incongruentes, hasta poner a Lucrecia sobre aviso de que algo grave ocurría. Al comienzo se pensó en el mal de Alzheimer, pero después los médicos diagnosticaron una extraña enfermedad originada en los mismos fundamentos de su precario desarrollo intelectual, igualmente incurable, que lo destruiría hasta dejarlo en estado vegetal...

Entre tanto pensamiento, recordó a su amiga Anita y se inquietó por su demora. Miró el reloj, los punteros indicaban las dos y cinco: treinta y cinco minutos de atraso.

Pensó que su historia era peor aún que la de Lucrecia, al menos más impactante. La recorrió desde sus inicios en Tacna, se la imaginó en el hospital, entrando al restorán y enfrente del camionero, una vez hecha su desquiciada elección. Su relato era sin duda un huracán de malas vibraciones. La conoció en el restorán que se encuentra frente a la gran pared de la Catedral, en la calle del mismo nombre, donde un empresario chileno se estableció para proveer a los peruanos del muro, de un lugar que los identifique con sus raíces, donde comer su comida típica – proveniente de sus ancestros orientales–. Buena, abundante y barata, y lo más importante, un baño al cual recurrir.

En aquel restorán trabaja una buena mezcla de ambas idiosincrasias, entre mujeres chilenas que rasguñan por no volver a ocuparse como asesoras del hogar, y peruanos dispuestos a realizar cualquier trabajo por dinero. Resulta sobrecogedora la forma en que celan su oportunidad, creando un espacio laboral en el cual un paso en falso puede ser fatal. El encargado de las compras y los cocineros, todos peruanos, son la plana más importante del personal, por lo cual quienes llevan las de perder en la batalla diaria de poder, son las meseras chilenas, aceptadas siempre y cuando tengan una relación íntima con algún peruano, lo que casi siempre significa convivir y embarazarse.

Fue en una de esas mesas de construcción liviana, cubiertas por manteles de hule y carpetas de llamativos colores en el mismo material, donde Nésida la conoció, entre muros naranjos y amarillos, con sucias jabas para envases arrumbadas a las paredes del fondo y de un costado, y gruesos pilares verdes con letreros advirtiendo los precios de las cervezas.

El lugar estaba repleto de personas comiendo, satisfechas por el servicio, sobre todo porque las meseras aceptaban jugarse por ellas y les daban casi doble ración por el mismo precio.

Nésida observó en el rincón una mesa ocupada por una muchacha, más o menos de su edad. Se acercó e indicó alrededor con la mano abierta para mostrar que todas las demás estaban ocupadas, y le pidió autorización para sentarse.

La muchacha aceptó de inmediato. Retiró su cartera y una bolsa plástica con algunas compras, y las dejó sobre la silla que tenía al lado.

–Voy a mirar qué me sirvo y vuelvo. –Nésida caminó hacia la vitrina que exhibía tras un cristal los diferentes guisos en recipientes de acero inoxidable, justo a la entrada, a los pies de la escalera conducente al exterior.

–Uno de esos, con sopa por favor, y de postre una mazamorra.

Tras el mostrador, un hombre joven de chaqueta y gorro blanco, servía las porciones que los clientes solicitaban.

–De inmediato se lo envió a la mesa, le costará mil quinientos pesos el seco con la sopa, y

trescientos la mazamorra.

–Está bien.

–O sea, son mil ochocientos.

–Está bien, no tengo inconveniente.

Regresó a sentarse frente a Anita, con quien entablaron una cálida conversación.

Después de juntarse varias veces en el muro, el restorán o algún banco de la plaza, Nésida logró convencer a Anita para ir por la noche a bailar, lo que ella deseaba desde la primera vez que en el muro de la Catedral escuchó hablar, a sus coterráneos, acerca del local ubicado en calle San Antonio.

Fueron varias veces, y por estar solas, recibieron ofertas de todo tipo, desde la ingenua invitación a bailar que en más de una ocasión aceptaron, hasta insinuaciones comprometedoras, incluso a formar parte de un grupo de niñas encargadas de satisfacer a varones, con un alto beneficio económico. Juntas, apoyadas la una en la otra, lograron sobreponerse y salir airoso...

De pronto la vio aparecer entre los transeúntes, de prisa, bastante transpirada.

–Disculpa, Nésida, pero me ha pasado algo increíble. No puedo quedarme, he venido solo a avisarte, debo hacer algo muy importante. –Se atropellaba con las palabras, mientras sacaba un pañuelo de la cartera para secar el sudor de su rostro y el cuello.

–¿Pero no me dirás más nada, me dejarás así?

–Casi al llegar acá, en la otra esquina, me encontré... ¡adivina con quién!

Nésida buscó en su cabeza, pero no se le ocurrió.

–Con Samuel, Nésida, con Samuel.

–¿Samuel? ¿El del camión?

El mismo, Nésida, el mismo, después de meses, parece un milagro... Luego te cuento.

La miró alejarse tan apurada como había llegado. Meneó la cabeza y sonrió, feliz por ella.

Recordó la historia de Anita en el camión, a partir de la primera noche, en las cercanías de Iquique, cuando por la mañana apenas fue capaz de levantarse.

Con el rostro deslavado y el pelo mojado, destacando la redondez de su cara, despertó el interés de Samuel en ella. Sentada también a la mesa, se miraron durante un rato. Anita, algo adormilada, solo ordenó un café lo más negro posible.

–Quiero agradecer tu tierno respeto. Jamás, mientras viva, te lo prometo, me olvidaré. Me alegro de haberte escogido entre todos los hombres que tomaban desayuno, ayer por la mañana, en aquel restorán.

Samuel hizo un gesto de complacencia.

Anita lo miró con cariño.

–Habría sido terrible que me hubieras presionado. Todavía tengo en mi cabeza el estallido, el resplandor... el viento y la arena... –Unas lágrimas corrieron por sus mejillas y las secó con la manga.

Samuel le alargó una servilleta.

Ella sonrió con dulzura.

–No sé si pueda superarlo alguna vez y no quiero abusar de tu buena voluntad... Si te parece bien, déjame aquí, ya veré cómo me las arreglo.

–¿Estás loca?

–Sí, completamente. ¿Te das cuenta de todo lo que me ha pasado? Y capaz que hasta me busquen por asesinato.

–¿Pero quién, si no existes?

Ambos rieron. Ella, a pesar de sus lágrimas.

–Tienes razón, pero no puedo evitar sentirme así.

–Ya lo superarás, será cuestión de tiempo. Olvida lo que me has dicho, súbete al camión y sigamos.

El resto del trayecto, aunque lento, fue rico en comunicación y se creó una amistad coronada durante la última noche. Antes de llegar a Santiago, en Los Vilos, después de comer su última cena, ella quiso agradecerle, y estando en el interior de la cama, se le apegó y le hizo cariño.

Él la tomó con dulzura y le hizo el amor tres veces. Ella nunca lo olvidaría; sin embargo, después de haber dormido, la invadió un arrepentimiento que la descompuso, a tal punto, que apenas llegaron a Santiago aprovechó una luz roja para abrir la portezuela, saltar del camión y echar a correr. Durante cada uno de los días que se sucedieron se arrepintió de aquel impulso, en especial por las noches, sola, en su pequeño cuarto junto a la cocina. Porque se había dirigido a una agencia de empleos y sentada esperando a que alguna clienta la eligiera, esa misma tarde una mujer la contrató.

En sus primeras salidas deambuló por las calles del centro, y así llegó a la Plaza de Armas, donde conoció a Nésida.

Sin saber qué hacer con sus sueldos, fue cambiándolos por dólares que guardó bajo el colchón. Su única expectativa consistía en aumentarlos y soñar con una vejez tranquila...

Los pensamientos de Nésida, mientras se paraba de la muralla para cruzar a comer algo en el restorán, abandonaron los sucesos vividos por Anita y se pasaron por su propia realidad, centrados en su familia: su madre Rosa, su padre Domingo, sus dos hermanas... Recuerdos que le produjeron una gran nostalgia y algunas lágrimas. Refregó su nariz con el puño de la blusa y bajó las escaleras hacia los comedores. Frente a la vitrina, escogió su almuerzo. Después, sentada ante una mesa, lo esperó con paciencia. Su mente recorrió, nostálgica, cada uno de los episodios que le habían contado sus amigas, repasó sus propias experiencias y sacó del interior de su bolso un pequeño pañuelo blanco para sonarse y enjugar las lágrimas.

Posó los ojos sobre el humeante seco de carne recién servido y luego, en las sucias jabas. Recordó una vez más a su gente y a Lima, la ciudad que la vio partir, sin imaginar que un día como aquel se encontraría allí, en esa concurrida Plaza de Armas tratando de conseguir alojamiento y partir, una vez más, desde cero.

Observó la piel de sus manos: oscura y cuarteada. Suspiró. Durante algunos instantes, deseó que fuera blanca.

CAPÍTULO XVII

UNA APARICIÓN DESASTROSA

Detenido frente a la luz roja de un semáforo, Samuel observó a Anita saltar del camión. ¿Cómo dejar ese armatoste a mitad de camino para correr tras ella?

Cambió a verde y muy a su pesar, sin salir del asombro, debió ponerlo en marcha y avanzar en medio de la congestión. Se preguntó qué podría haber gatillado aquel extraño comportamiento, en circunstancias de haber establecido una relación que parecía conveniente para ambos, y para nada exenta de intimidad. Después de viajar juntos, dormir juntos, y en el estacionamiento para camiones de Los Vilos, luego de cenar y regresar a la cabina, hacer el amor tres veces. Lo que él ignoraba era que por la mañana, presa de un cargo de conciencia terrible, que se apoderó de ella sin piedad, apenas llegados a Santiago, decidió escapar. En esa luz roja, sin dar más vueltas para no arrepentirse, abrió su puerta y saltó del camión echando a correr como si arrancara del diablo.

Samuel, quien nada pudo hacer para detenerla, en el lento trayecto por las atiborradas calles recordó a su ex esposa y aquella lamentable pillada que le hiciera, junto al vecino, en su propia cama, asunto que lo condujo a pasar un tiempo entre rejas. Aunque no fue muy largo, bastó para conocer lo que era bajar hasta el infierno. Por su mente cruzaron algunas imágenes de aquella cruenta experiencia, debiendo defenderse no solo de caer en las fauces de otros reos, sino en las de los gendarmes, algunos de los cuales eran peores que los presos.

Su mente volvió a centrarse en su ex mujer y reconoció no haberse interesado en conocer su paradero, pues sin duda, en alguna parte debía estar. Su relación se había deteriorado a raíz de las ausencias provocadas por su trabajo, lo que el vecino aprovechó para cortejarla. Y ella comenzó a hacer comparaciones entre ambos, resultando el amante ampliamente beneficiado, pues no tenía más obligaciones que satisfacerla.

Así las cosas, para él lo mejor que podía suceder era que no regresara. Pero no buscarla se convirtió en un agravante que contribuyó a ser formalizado por su muerte, y el fallo incluyó el encarcelamiento preventivo; sin embargo, nada pudieron probarle y fue dejado en libertad. Despedido de su trabajo, con la indemnización compró un camión.

Luego de avanzar unas cuadras y habiendo salido de la impresión de ver a Anita abrir la puerta y saltar, recapacitó: tal vez fuera lo mejor, pues como camionero sus ausencias de la casa eran peores que antes.

Pero al pasar el tiempo, descubrió que la vivencia con la muchacha de piel oscura había sido para él más importante que la de una relación pasajera. Soñó con ella, no solo dormido, sino también despierto, y la incluyó en todas sus fantasías: frente al volante, en la cama y ante diferentes situaciones de la vida cotidiana. Incluso, en sus juegos eróticos. Sintió celos, y la rabia producida por estos, en varias ocasiones le descompuso el ánimo.

Durante todo ese verano de 1999 trató de arrancarla de su mente, hasta que comprendió que era imposible, y en conocimiento de que la Plaza de Armas era el principal lugar de reunión para los peruanos, fue, entre marzo y abril, varias veces. Incluso almorzó en el restorán peruano del frente, esperanzado en verla aparecer en cualquier momento, pero eso nunca ocurrió, y decepcionado dejó de ir. Transcurrieron los meses de mayo, junio y julio sin poder desprender de su mente la imagen de Anita. En algunas oportunidades se dejó ver por la plaza, pero nada; sin embargo, a comienzos de agosto, en un viaje de regreso de Perú, durante el largo trayecto, maduró la idea de volver a intentarlo, y ese frío domingo ocho, a medio día, fue a dar una vuelta.

Entonces, como sucede con los milagros, la vio aparecer. Al principio la siguió, indeciso de hablarle, pero el deseo era muy grande, y habiéndola ubicado, no dejaría que la oportunidad se esfumara. Apuró el tranco y se puso a su lado. Ella creyó que el corazón le saltaría por la boca, y sin darse cuenta, en medio del gentío, sin recato alguno, lo besó como nunca antes hiciera con alguien. Luego le pidió que la esperara en la esquina, que tenían mucho de qué hablar, y corrió donde Nésida para avisarle que no le sería posible almorzar con ella.

Volvió, se colgó del brazo de Samuel, y como si hubieran estado juntos por mucho tiempo, caminaron hasta la Alameda Bernardo O'Higgins. Cruzaron y siguieron por San Diego hasta un restorán de carnes, donde entraron a comer.

Se contaron detalles de sus vidas, también lo mucho que se habían echado de menos. Anita, emocionada, se enteró de las veces que Samuel había ido a la Plaza de Armas por ella, y él, se sintió halagado de haber formado parte tan importante de sus recuerdos, así como por su arrepentimiento de saltar del camión esa mañana.

Samuel le comentó, entre otras cosas, sobre su incursión en un negocio fácil y rentable:

—Consiste en una importación de motores diesel para recambio y los he vendido todos; sin embargo, la casa importadora con la que hice el negocio tiene que pagar los derechos y le falta dinero; el dueño es un buen tipo, pero le ha ido mal y no tiene los recursos, y los clientes no quieren entregar una parte del saldo que pagarán contra entrega. Es tonto, pero cuando se pierde la confianza y los interesados se ponen nerviosos... He pensado vender el camión, pero no me decido. El dinero que necesita el importador no es tanto como para eso, a menos que lleguemos a un acuerdo para instalar un negocio de repuestos, de lo cual no me ha podido convencer. El banco, por otra parte, tampoco quiso jugarse, por falta de garantías reales, dijeron. Debo encontrar una solución, pero no nos enredemos en eso, ya la encontraré. Sigamos hablando sobre nosotros...

Anita pensó en sus ahorros y que tal vez era una buena oportunidad, además si era con Samuel, tanto mejor.

—He ahorrado más de mil dólares, ¿te sirven?

Samuel hizo algunos cálculos rápidos.

—Pienso que sí, podemos sacar de aduana una parte y con el pago de los saldos de esos, pagar los derechos de internación del resto... Y tus dólares podrían verse aumentados significativamente.

—¿Estará el importador dispuesto?

—El grueso del dinero lo han puesto los clientes que personalmente conseguí, el importador solo gana su comisión, de manera que tu participación será para él un regalo caído del cielo.

De pronto, el rostro de Anita se opacó.

—Pero no puedo hacer negocios.

—¿No puedes qué?

—No tengo identidad, ¿recuerdas?

—Pero eso no tiene importancia, todo el papeleo se ha hecho a nombre del importador y los clientes, de manera que no aparecerás en ninguna parte, solo que... deberás confiar en mí.

Anita lo abrazó y selló la proposición con un prolongado beso en la boca.

Salieron juntos durante el resto de agosto y Samuel, antes de terminar el mes, le devolvió sus mil dólares, más otros quinientos correspondientes a su ganancia. Aprovechó la oportunidad para proponerle que dejara su trabajo de sirvienta y le ayudara en un puesto de compra y venta de cachureos que había instalado en el Mercado Persa. Anita se comprometió a pensarlo y le contó a Nésida, la única persona disponible para confiar sus asuntos personales; sin embargo, la acogida de su amiga, colmada de escepticismo, no fue la que esperaba oír.

—¿No te parece que estás siendo un poco desconfiada? Tengo la posibilidad de un trabajo

bastante más atractivo que el de empleada doméstica, de paso ayudarle a Samuel, y capaz que hasta pudiera aportar un poco de dinero.

–Eso mismo es lo que me asusta, Anita. Son tus ahorros, conseguidos con muchos meses de esfuerzo; y es todo lo que tienes.

–Pero con él ya me fue bien una vez. Me cumplió tal cual me dijo, y los mil dólares que le pasé, los aumenté nada menos que a mil quinientos. ¿Por qué voy a desconfiar justo ahora? Y si puedo aportar de nuevo mis dólares, entonces ganaría por trabajar, y al mismo tiempo por el capital...

Le contó sobre su visita al Persa y la gran cantidad de puestos, uno pegado al otro, con una variedad inimaginable de productos. El de ellos era uno de los más raros, repleto de todo tipo de piezas viejas y nuevas para repuestos de automóviles, casas, jardines, etcétera. Samuel le indicó que hombres pobres, en su mayor parte tirando de carretones, ofrecían el producto de su recolección en los basureros, que no siempre eran vejestorios. Entre medio, encontraban partes nuevas, botadas por faltarles algún gancho o pata para sujetarse. También vendían algunas en perfecto estado, y en tal caso, nadie preguntaba su origen.

–Tal vez tengas razón, pero insisto en que es demasiado pronto para confiar tanto. En todo caso, te veo muy entusiasmada, y mi opinión no te hará desistir de lo que ya has decidido, espero que no te arrepientas.

–No te preocupes, Nésida, nada malo me va a pasar, por el contrario, creo que por fin podré rehacer mi vida, y te lo debo a ti.

En el rostro de Nésida se marcó la curiosidad, lo que no pasó desapercibido para Anita.

–En primer lugar, si no fuera porque nos íbamos a juntar, no hubiera estado ahí en el momento oportuno, y por otro lado, me has ayudado a recuperar las ganas de vivir. Eres una gran amiga...

Una semana después de aquella conversación, Anita se trasladó a vivir con Samuel, dispuesta a ser amante de punto fijo y socia. Le entregó el fajo de dólares que mes a mes había guardado bajo su colchón, más la ganancia del negocio de los motores, y se involucró en el de los cachureos a tal punto, que en menos de un mes fue capaz de manejarlo sola y Samuel pudo continuar con su trabajo de camionero.

Fue una época magnífica, a pesar de las frecuentes pesadillas de Anita que se veía perdida en el desierto y despertaba sudorosa, preguntándose si hacía bien en suplantarse a Julio por aquel hombre, quien la celaba en forma desmedida, arrepentido de haberla dejado a cargo del negocio, pues el riesgo a que se involucrara con otro tipo era muy grande.

Esa desconfianza, marcada por la experiencia con su ex mujer, se vio aumentada a causa de la desenvoltura de Anita, cuya calidez conquistó la simpatía de todos aquellos con quienes trataba. Samuel no fue capaz de soportarlo y buscó motivos para dudar de su fidelidad. En diciembre, la situación llegó al extremo: pocos días antes de Navidad, luego de estar ausente de la casa por casi dos semanas, antes de regresar, pasó la tarde jugando al dominó y bebiendo junto a sus amigos. Por la noche, a poco de llegar, los celos lo superaron y Anita tuvo su verdadera desilusión.

Todo comenzó con la respuesta que recibió al contarle que estaba retrasada.

–¿A dónde tienes que ir que sea tan importante? ¿Y por qué tan contenta? –La voz de beodo que salía de la boca de Samuel, sonaba aguda.

–Retrasada, tonto, me refiero a mi período. Estoy embarazada, parece.

–¿Y de quién, de quién es?

La sonrisa de Anita se apagó de inmediato. Apenas podía creer lo que oía y quedó paralizada.

–Sí, porque las últimas veces, cuando llego, solo hablas del negocio del Persa, y a mí que me coman los piojos. ¿No será que tienes a otro? Y capaz que sean más de uno.

–Eso no es cierto, Samuel, ¿no te parece que estás siendo muy injusto conmigo?

–Eso es lo que siento, y si lo siento, por algo será. Así que dime, pues, ¿de quién es el supuesto crío?

Las lágrimas inundaron el rostro de Anita y no fue capaz de responder.

Samuel abrió una cerveza y luego otra. Su borrachera aumentó y agravó las cosas, pues intentó agredirla. Alcanzó a tomarle el vestido a la altura del cuello, y tan fuerte fue el tirón que dio ella para zafarse, que saltaron los dos botones superiores.

Sujetando el escote con las manos, Anita arrancó de la casa para evitar que le pegara, decidida a nunca más volver. Sin embargo, entrada la noche, se asustó y optó por regresar. Además, ahí tenía guardado el dinero correspondiente a sus ganancias en el negocio y parte de lo que había recuperado del capital invertido.

El hombre, fuera de sí, de nuevo intentó golpearla, pero no pudo darle alcance y trastabilló, cayendo. La insultó y el mareo lo venció, vaciando el estómago en plena sala. A duras penas se arrastró hasta el dormitorio y se dejó caer sobre la cama, donde luego de hacer más arcadas, perdió el sentido.

Anita aprovechó para tomar su dinero, las llaves del negocio, y salió a la calle. Pero antes de andar media cuadra comprendió que era una locura hacerlo sola, a esa hora, y con casi dos mil dólares auestas. Regresó, entonces, y haciendo un gran esfuerzo por mantenerse despierta, entre cargadas tazas de café, esperó a que amaneciera.

Poco antes de las siete, salió a la calle y fue directo al negocio. Escarbó en la caja de fondos y sacó todo el efectivo, más algunos cheques.

Dejó una nota explicativa:

Samuel:

He sacado el dinero que el negocio me debe, ya que lo necesito para comenzar de nuevo. Espero no causarte problemas.

Lamento tus celos y que todo haya terminado tan mal, pero no estoy dispuesta a soportar tus infamias, menos ahora que llevo un niño adentro y deseas golpearme a tontas y a locas.

En el futuro, tal vez nos encontremos. Ojalá sea en condiciones menos tristes.

Anita.

Al día siguiente, Samuel se sintió despreciable y fue a buscarla a la Plaza de Armas, pero no la encontró. De ahí se dirigió al negocio, donde halló la carta y se enteró del dinero faltante. Al principio se indignó y lanzó algunos improperios, pero luego se calmó y el arrepentimiento le permitió justificarla. Durante todos los días de esa semana, en especial el sábado y el domingo, fue a la plaza, pero de ella no encontró rastro.

Volvió, entonces, a su camión, y luego de cargar, partió rumbo al norte.

Durante mucho tiempo, Anita no fue a la Plaza de Armas, y apoyada en su amiga Nésida, logró superar la desilusión sufrida con Samuel, y gestar sin mayores contratiempos a su hijo.

Nésida había encontrado una nueva casa para trabajar, pero no estaba contenta, pues aunque la patrona la trataba bien y su sueldo era bueno, el patrón, cada vez que las circunstancias se lo permitían, la hostigaba para que fuera complaciente, con impertinencia, hasta el límite de tener conductas en apariencia casuales, pero repletas de lujuria, como pasearse desnudo con la puerta de su dormitorio abierta, y en una ocasión, incluso, atreverse a llegar así hasta la cocina, sacar un vaso, servirse una cerveza y volver a su dormitorio, como si allí nada hubiera pasado.

Nésida decidió buscar otro trabajo. En los avisos económicos de empleos, del diario El

Mercurio, encontró uno que solicitaba una mujer joven, de buena presencia y estudios de enseñanza media completos, para prestar atención a un público exigente. Aprovechó su día de salida y antes de juntarse con Anita para conocer los pormenores de su ruptura con Samuel, fue a la dirección, a poco más de tres cuadras al poniente de la Plaza de Armas.

Era un edificio poco agraciado: antiguo, gris, sucio y chato. Subió por sus escaleras hasta el segundo piso y pulsó el timbre de la única puerta.

Abrió una mujer joven, pintada en exceso, vestida con una minifalda de cuero negro ajustada y una blusa amarilla desabotonada hasta poco más abajo de sus abultados pechos.

–Adelante, querida, ¿vienes por el aviso?

–Sí, señora, quisiera saber de qué se trata.

–Pasa por aquí.

Cruzaron el ordenado y elegante living, para entrar a la habitación contigua.

–Siéntate, por favor... Veo que no eres chilena.

–No, señora, soy peruana y ando en busca de...

–No te preocupes, está bien así.

–Pero, ¿de qué se trata? –Poco convencía a Nésida la apariencia del lugar y las fachas de algunas niñas que vio a la pasada.

–Deberás atender a algunos varones, mientras esperan por el servicio que vienen a buscar.

–¿Pero de qué se trata?

–Nuestros clientes son muy selectos, querida, y mirándote mejor, no sé si seas la persona adecuada.

–No, si sé, el color de mi piel...

–Espero que no te ofendas.

Nésida estaba ya de pie y cruzó el living hacia la puerta de salida.

Después de eso, Anita no tuvo dificultad para convencerla en dejar su empleo e irse a vivir con ella. Le contó que había decidido abrir un negocio y necesitaba su ayuda.

–He juntado algún dinero que alcanza para montar un negocio de comida para llevar. Encontré un local pequeño en la calle Diez de Julio al llegar a Carmen, donde hacían empanadas. No es muy caro y tiene autorizadas todas las instalaciones que necesitamos. Alrededor trabajan miles de personas que necesitan comer bien a precios razonables, y creo que la comida peruana les va a gustar.

A comienzos de febrero abrieron al público las puertas de su pequeño negocio de comida para llevar, y pronto sus deliciosos platos fueron conocidos en los alrededores.

A mediados de marzo se les presentó la oportunidad para arrendar los altos de una casa en la calle Carmen, a poco más de media cuadra del local, de modo que la vida se les simplificó y aumentó su efectividad en el negocio.

Todo anduvo bien, hasta que por casualidad apareció Samuel. Fue a comienzos de abril. Nésida no lo conocía en persona y lo atendió con su acostumbrada amabilidad.

–He abierto un negocio de repuestos, así que me tendrá por aquí bastante seguido.

Nésida le sonrió como lo hacía con todos los clientes, sobre todo los nuevos, sin perjuicio de encontrarlo particularmente atractivo.

–Usted es peruana, ¿no?

–Es cierto, de Lima.

–Es una hermosa ciudad.

–De Huaral, en realidad, o sea de las dos partes.

–Es también un hermoso lugar. □ Recordó haber transportado en varias ocasiones cajones

repletos de aromáticas naranjas; sin embargo, no quiso hacer comentarios pues lo invadió una gran nostalgia, ya que para asociarse con el importador de motores diesel e iniciar el negocio de importación y venta de repuestos, había vendido su amado camión.

Nésida le recordó a Anita por su origen, el color de la piel y su juventud. Sonrió. Estuvo a punto de preguntarle si la conocía, pero hacer referencia a una ex conviviente no era la mejor manera de iniciar una conquista.

Recibió las dos bandejas de aluminio con su pedido, agradeció y abandonó el lugar.

Por la noche, Anita se divirtió al escuchar a su amiga contarle, entusiasmada, que había conocido a un tipo guapísimo.

–Parecía que nunca ibas a encontrar un hombre que te acomodara.

–Es que tiene una mirada tan especial... y me pareció que yo también le gusté.

–Me alegro por ti. Lo que es yo, parece que no nací para esos quehaceres. Las dos relaciones serias que tuve con hombres, terminaron en verdaderos desastres. Espero no volver a enamorarme.

–No digas eso, Anita, lo sabes igual que yo: enamorarte sería lo mejor que te podría pasar.

–Depende, Samuel me pareció tan buen tipo, pero ya lo ves, resultó ser un maricón borracho... Ten cuidado, usa el corazón, pero pídele de vez en cuando consejo a la cabeza.

Ambas rieron.

Anita aprovechó ese paréntesis.

–Estás trabajando tanto como yo, incluso más, Nésida...

–Ni me doy cuenta. Me gusta lo que hago, por fin he ganado un poco de dinero, y me siento útil. Además te quiero mucho y aún más a ese bebé que está en camino; ayer envié unos pocos dólares a mis padres y les hablé desde un celular en la Plaza de Armas; por solo mil pesos pude hacerlo durante diez minutos. Les prometí ir a verlos apenas el negocio se afianzara. Les dije que era el brazo derecho de una gran empresaria...

–¡Socia! Socia de una gran empresaria.

Nésida agradeció el gesto de confianza.

–No estoy piropeándote, amiga. Déjame continuar y no me interrumpas, ¿ya? Has trabajado como si el negocio fuera tuyo, y durante estos días en que he estado en cama con gripe, te has encargado de todo para yo poder cuidarme, y de paso a este bebé que llevo aquí adentro. Además, me permitiste usar tu nombre para iniciar el negocio... Sin duda te mereces una parte.

–Pero lo he hecho con gusto, Anita, con mucho gusto. Además me diste los dólares necesarios para pagar la Visa y por fin tengo mi situación aquí regularizada.

–Sí, pero no es suficiente, creo que la mitad del negocio te pertenece.

–Me emocionas, Anita, pero no sé si estoy preparada para tener un negocio mío, aunque sea un pedazo.

–Piénsalo, la única diferencia será que ganarás más dinero.

–Está bien, tú mejórate, y cuando te levantes, conversaremos. Capaz que para entonces te hayas arrepentido.

–Nunca, Nésida, me conoces, soy de una sola línea.

–Lo sé, Anita, no te molestes, fue una broma. Disculpa, eres lejos lo mejor que me ha ocurrido en este país.

–Bien, piénsalo si quieres, pero no dejaré que te niegues.

Nésida se retiró a lavar los platos de la comida y después se acostó. El hombre de los repuestos apareció en su mente y se durmió en su compañía.

Fue una noche tranquila y despertó temprano. Durante la mañana, entre los preparativos del

almuerzo, volvió a recordarlo, y esperó ansiosa la hora en que entraría a hacer su pedido.

Poco después de las dos, apareció.

–Buenas tardes, señorita.

–Hola, señor, me alegro de tenerlo de nuevo por aquí, ¿qué le sirvo?

–Me encanta la comida peruana, y usted cocina de maravilla... Veo que tiene cebiche de corvina, y se ve delicioso.

–Sí, y está recién hecho.

–Bien... ¿Usted almuerza?

–Sí, claro, salgo un rato. –No se atrevió a decirle que vivía casi al frente.

–Y, ¿puedo invitarla a mi negocio si llevo dos porciones?

–Espere un poco, por favor. –Entró a la trastienda y llamó por teléfono a Anita.

–¿Te importa si no voy a almorzar?

Anita comprendió de inmediato lo que ocurría.

–No te entusiasmes tan rápido; se ven caras, pero no corazones.

–¿Necesitas algo?

–No, Nésida, anda tranquila, por cualquier cosa te llamo en la tarde, y si no, me cuentas en la noche. Suerte y acuérdate... ten cuidado.

Colgó el auricular y se acercó a la muchacha encargada de ayudarle en la cocina durante la mañana y con la atención de público en los momentos de más movimiento.

–Tú, Gabriela, hazte cargo.

–Está bien, señorita.

Nésida regresó hasta donde la esperaba Samuel, sin ocultar su alegría.

–¡Vamos!

Caminaron unos pasos hacia el poniente y entraron a un local, luego a una espaciosa oficina.

–Está bien instalado, señor.

–Por favor, no me trates de usted, menos de señor.

–Está bien, disculpe... disculpa.

Ambos rieron.

–No me has dicho cómo te llamas, supongo que no tendremos que esperar a que nos presente alguien.

Volvieron a reír.

–Nésida, me llamo Nésida, ¿y usted...? Perdón, ¿y tú...?

–Sam, querido socio... –Ambas miradas convergieron en la puerta-. Disculpen, mmh, veo que estás ocupado, está bien, no se pare, señorita. Solo es para que sepas que pasaré a retirar la culata del motor de Morales.

Los ojos de la muchacha se posaron sobre la figura de aquel hombre. Se notaba en él un gusto exquisito: sus mocasines argentinos color marrón combinaban a la perfección con el cinturón, llevaba una camisa amarilla igual a los calcetines, y planchados pantalones azules con una caída perfecta.

–Te presento a Nésida, nuestra vecina del restorán nuevo, el de comida peruana para llevar... Él es mi socio, Sebastián.

–Mucho gusto, señorita, ya me voy, espero que Sam la atienda como corresponde.

Lo miraron salir.

–¿Sam? Bonito nombre, me gusta. Es corto y me recuerda a... Se largó a reír.

El rostro de Samuel evidenció su curiosidad.

–Me recuerda al vaquero de las caricaturas, el que persigue con sus dos pistolas al conejo de

la suerte.

–¿Acaso tengo cara de caricatura?

–No, solo que es el único Sam que conozco.

Rieron otra vez.

–El cebiche está realmente delicioso.

–Es una receta de mi amiga, la dueña.

–¿No eres tú la dueña?

–No, es una buena amiga que me trajo a trabajar con ella. “Y me quiere hacer su socia...” Le pareció poco apropiado divulgarlo mientras no fuera una realidad, de modo que se lo guardó.

–Ha hecho una buena elección, pues la representas muy bien, probablemente mejor de lo que ella misma lo hace.

–Cuando la conozcas, no opinarás lo mismo. Es una mujer fantástica.

Terminaron el almuerzo y ella se paró.

–Es hora de volver a echar un vistazo al negocio. –Sin dar oportunidad a una réplica, salió de la oficina y luego a la calle, encantada con su nuevo amigo.

Al poco rato, apareció Samuel, sonriente.

–Por si no te diste cuenta, no te pagué el almuerzo.

Nésida se ruborizó.

–No es nada, olvídale.

–Por ningún motivo, los tratos son tratos, más aún si no eres la dueña.

La muchacha agradeció aquella deferencia y recibió el billete. Dio el vuelto y una generosa sonrisa.

–¿Puedo volver a invitarte en otra ocasión?

–Sí, por supuesto, no veo inconveniente.

–¿Esta tarde?

–Déjame ver y te respondo más rato.

–Está bien, espero tu respuesta. Podemos ir a comer algo y bailar un rato, lo pasaremos bien, anímate.

–No, si ánimo no me falta, lo que ocurre es que mi amiga, la dueña del negocio, está enferma y además embarazada. No puedo llegar y abandonarla...

Apenas llegó a la casa, le preguntó a Anita si no le importaba que saliera un rato luego de cerrar el negocio.

–Por supuesto que no, pero dime, ¿estás segura de lo que haces? ¿No van demasiado rápido?

–Te juro que ni mi mamá, allá en el Perú, era tan controladora.

–Está bien, pero después no digas que no te lo advertí.

–Anita, no soy una niña. Sé perfectamente en qué me estoy metiendo, y me gusta. La verdad es que me había convertido en una monja... Y no me mires con esa cara, porque no ando buscando marido, solo deseo divertirme un poco.

–¿Divertirte? Está bien, pero ten cuidado, no abuses, si no, ¡mírame! –Tomó su barriga entre las manos.

–No es tan malo, ¿no?

–Hubiera preferido que tuviera un padre, como debe ser.

–Está bien, me cuidaré. –Antes de regresar a su local, fue hasta el de Samuel para concertar su cita.

–Cierro a las siete. Hago el arqueo de la caja y puedes ir por mí a eso de las siete y media, ¿te parece?...

Mientras caminaba hasta su negocio, se alegró de que funcionara solo durante el día, en el mismo horario que la mayor parte de los locales de venta de repuestos y servicios para automóviles. Pensó que cuando les autorizaran la patente de alcoholes, el asunto cambiaría. Deseó que nunca lo hicieran y se sintió culpable, pues recordó el interés de Anita por hacerla socia.

A la hora convenida, Samuel pasó por ella y condujo su automóvil hasta la calle Irarrázaval, y por ahí con dirección a la cordillera. Lo estacionó frente a un amplio restorán, donde cenaron, bailaron y coquetearon. Se besaron y acariciaron con mucha pasión.

Al salir del recinto, Nésida desprendía alegría por todos sus poros.

—Creo que nunca lo había pasado tan bien, te lo juro.

Samuel le tomó la mano, y en lugar de regresar al auto, para sorpresa de ella, cruzaron la calle.

—Mira, allí al frente hay un lugar en donde podremos seguir pasándolo mejor todavía.

Se produjo un silencio y, aunque sintió vergüenza, Nésida se dejó llevar como si no tuviera voluntad. El par de copas que había bebido permitieron que sus ganas prevalecieran sobre el temor de estar, como le dijera Anita, yendo muy rápido. Sabía que su fecha menstrual no era propicia, y no tenía con qué cuidarse, pero ese hombre la excitaba de manera impresionante. Supuso que de ser necesario, en el interior del lugar podrían facilitarles un condón. Absorta en sus pensamientos, subió por una escalera y entró a un cuarto ciego.

Él la acarició y volvieron a besarse.

Ella se mostró al principio muy tensa, pero Samuel supo relajarla. Se dejó tender en la cama, desvestirse, y casi sin darse cuenta, penetrar, tan entusiasmada, que olvidó por completo sus aprensiones, incluido el riesgo de quedar embarazada.

El relajo los condujo a dormirse. De pronto, Nésida abrió los ojos.

—¡Está amaneciendo! Es una locura, Anita se pondrá furiosa.

—¿Anita? —La coincidencia de nombres impactó en la mente de Samuel, como un cuchillo.

—Sí, Anita, mi amiga y jefa. Jamás he salido hasta tan tarde, mejor dicho, nunca lo hice hasta ninguna hora.

Samuel sonrió al observar sus rápidos movimientos para vestirse, mientras gesticulaba, mirándolo casi todo el tiempo. La encontró encantadora.

—En verdad, me gustas mucho. A cada momento, más.

Nésida le agradeció con un beso, después tomó su mano y tiró de ella.

—Ahora levántate y vístete.

—Si me prometes que volveremos mañana.

—¿Aquí? ¿Pretendes que salgamos todas las noches? No, no puedo.

—Puede ser cerca del negocio y a la hora que tú quieras.

—Bueno, no sé...

—¿Quieres que me vista? Entonces, simplemente dime que sí.

Nésida miró por la ventana y vio que la claridad avanzaba sin piedad.

—Está bien, te lo prometo, pero vístete y vámonos.

Caminaron veloces hasta el automóvil.

—No sé dónde vives, para poder ir a dejarte.

—Casi frente al negocio, en la calle Carmen al llegar a Diez de Julio.

—¿Allí vives, casi frente al negocio?

—Ella afirmó con la cabeza.

—Está bien, vamos.

CAPÍTULO XVIII

NÉSIDA, SAMUEL... Y ANITA

Aquel domingo, a mediados de abril, abrieron tarde el negocio a sabiendas de tener una jornada floja, pero no quisieron defraudar a los pocos clientes que trabajaban y con mayor razón irían por algunos de sus platos. En todo caso, decidieron hacer una cantidad inferior de raciones y a Gabriela le dieron libre el fin de semana para que pudiera visitar a su familia.

—¡He decidido irme al Perú!

Aquella afirmación de Anita, poco después de subir las cortinas, pilló desprevenida a Nésida, que no supo qué responder.

—A diario pienso en todo lo ocurrido desde que tuve la maldita idea de hacerle caso a Julio y venirnos a la mala. Desde entonces, todo ha sido una verdadera locura, excepto tú... Pienso en mi mamá, en mi papá, en mis hermanas, en la mamá de Julio, en nuestros demás parientes, y también en nuestros amigos. Desaparecimos, nadie sabe qué nos hicimos, tal vez la pena que tienen sea peor que enterarse de lo sucedido.

—¿Estás segura, Anita, digo, que quieres ir?

—Completamente, y ahora que eres dueña de la mitad de esto, me siento menos culpable de dejarte sola por un par de semanas. Creo, eso sí, que debemos guardar la patente para alcoholes que conseguimos, hasta que yo vuelva.

—¿Y cómo lo harás, si no existes?

—Iré a la oficina de migración y expondré mi caso, no tengo idea de las consecuencias, pero espero que después de todo no sea tan grave, y si lo es, tendré que apechugar, pues. Por otra parte, creo que me ayudará estar embarazada: serán racistas, pero imagino que nunca tan inhumanos.

—Espera, Anita, tal vez tenga la solución, quizás puedo ayudarte.

Anita, sorprendida, se mantuvo callada.

—Tengo una gran amiga, la que me trajo, la Lucre, ella es amiga del encargado de migración, espero que no lo hayan cambiado, él puede ayudarte, puede timbrarte una tarjeta de turismo, como que algún día saliste... No sé cómo no se me ocurrió antes, soy una tonta.

—Bueno, no importa por qué no te acordaste, por lo demás no lo necesité porque me prestaste tu nombre, así que olvídale. Ahora debes pensar en cómo hacerlo para ubicar a tu amiga.

—Simple, nos hemos mantenido en contacto. Nésida cogió el teléfono y marcó.

—Aún no me lo creo de poder llamar directo, pagando, como Dios manda.

Anita rió y la apuró.

—Espera, no depende de mí, está ocupado. —Cortó y volvió a marcar—. Ahora sí, está llamando.

Después de hablar varios minutos, mientras se divertía con la ansiedad expresada en el rostro de Anita, le contó su situación. Luego la escuchó durante algunos instantes, le agradeció, y colgó.

—Me llamará apenas hable con su amigo. Estamos de suerte, aún sigue en migración y parece que más importante que nunca. Ten fe, Anita, pronto tu sueño se hará realidad y estarás pasando al Perú como Dios manda, sin secuelas: te lo prometo... Mira quien viene entrando, es Sam, ahora te lo presentaré...

Se quedaron con las miradas enfrentadas, Nésida comprendió de inmediato.

—¡No puede ser! ¿Es Sam...muel?

—Anita no respondió, él tampoco habló, ambos estaban paralizados.

—Tú... eres... —La voz de Nésida acusaba su completo desconcierto.

Samuel observó el vientre abultado de Anita, y se preguntó si en realidad el bebé sería de él.

–Te ha ido bien, veo.

–No ha sido fácil, pero ya ves, aquí estoy.

Nésida intentó salir, pero él le cerró el paso.

–No, espera, creo que es mejor que te quedes. Aunque no te guste, estás involucrada.

–¡Ya no! –Lo esquivó y abandonó el recinto.

–¿Puedes hablar con ella y explicarle que entre nosotros ya no hay nada?

Anita puso la mano sobre su barriga.

–¿Nada?

–¿Qué constancia hay?

–No te asustes, no intento pedirte que la reconozcas ni nada, pero no harás sufrir a Nésida como hiciste conmigo. Menos con mi ayuda. Ella bien sabe la clase de tipo que eres, no la convencerás ni en un siglo, de manera que puedes irte a...

–¿A dónde, a ver, a dónde?

–A hacer tus conquistas a otro lado.

–Tú podrías convencerla...

–Pero, ¿estás enfermo de la cabeza? ¿Qué te has imaginado? ¡Sinvergüenza, sal de aquí o hago que te saquen a la fuerza! –Anita levantó el auricular del teléfono para comunicarse con urgencia policial.

–Recuerda que eres ilegal, querida, extremadamente ilegal, así que no vengas a amenazarme, y mejor cuelga ese teléfono. –Su rostro se puso hosco—. ¿Qué te crees, puta de mierda? –Le cogió la muñeca y apretó con fuerza. –Me abandonaste, me robaste, me dejaste botado, te busqué por todas partes, me preocupé de ti, ¿y ahora me pagas de esta manera? Eres una ramera inmunda.

–Mira, Samuel, mejor dejémoslo aquí. Olvidemos esta situación escandalosa y aquí no ha pasado nada... ¡Ay!, estás apretando mucho.

–¡Eso, gime y arrástrate! Vamos, puerca de mierda.

–Me lastimas.

–Eso pretendo, puta ladrona.

Nésida, que se había quedado observando desde afuera, vio que el tipo insinuaba un golpe en el vientre de Anita y enfurecida entró, saltó a sus espaldas y le clavó las uñas en el cuello.

El hombre soltó a Anita y se desprendió de Nésida. De paso, ella lo arañó en la cara.

El hombre, furioso, la abofeteó.

–¡A mí no, maricón, a mí no me pegas de esa manera y te la llevas gratis! –Su pie se incrustó entre sus piernas.

El hombre se agachó adolorido y Nésida aprovechó para pegarle otro puntapié, esta vez en el estómago.

Anita, asustada, lo vio caer.

–¡Está sin respiración!

–¡Te reventaré las bolas, las dos, pedazo de mierda! –Nésida volvió a patearlo, completamente desquiciada.

Anita, que nunca había visto a Nésida en esas condiciones, la sujetó, aterrorizada.

–¡Para, lo vas a matar!

–Se lo merece, y si no lo hacemos nosotras, lo hará él.

–No estarás hablando en serio...

Nésida se soltó y la patada fue en el aire, pues Samuel alcanzó a moverse, retorciéndose, con la cara azulada.

Anita volvió a retener a Nésida.

–¡Estás fuera de ti, para, por favor! Tienes razón, un tipo así no merece vivir, pero nada sacas con acriminarte, menos con alguien como él, no vale la pena.

Después de un rato, el hombre se puso de rodillas para levantarse.

–Debí matarte, desgraciado. Espero que no vuelvas a poner un pie aquí, nunca más en tu vida, porque te lo juro, no responderé de mí. Podrás tener más fuerza y golpearme, pero yo te lo juro, te mato.

Samuel la miró con furia, pero comprendió que la muchacha era capaz de cumplir su amenaza y no le daría el gusto de demostrarlo. Adolorido y humillado, salió con dificultad.

–Ya encontraré la forma de vengarme.

Sonó el teléfono y Anita, aún con la mirada en la puerta y el corazón a punto de saltarle por la boca, respondió.

–Es para ti, Nésida, parece que es tu amiga.

–¿Aló? Lucre, qué rápido me has llamado... Sí, fantástico, por supuesto, como tú digas, perfecto... Te vuelvo a llamar luego de conversar con Anita... Sí, gracias, mil gracias... Sí, yo también te quiero mucho... De acuerdo, ya, sí, perfecto... Sí, te llamo lo antes que pueda... Sí, hoy, sí, antes del mediodía... Sí, ya me dijiste que Amancio se va, sí, de acuerdo, te llamo... Un beso grande.

–Listo, Anita, debes irte lo antes posible, pues Amancio ha sido ascendido y lo trasladarán en cualquier momento a otro puesto, en otro lugar. Tienes que comprar el pasaje ahora y llamar, ya me escuchaste, antes del mediodía, para avisar a qué hora puedes estar en Arica y en migración.

–¿Y dejarte, así, de buenas a primeras?

–Nésida afirmó con la cabeza.

–¿Con lo que acaba de ocurrir?

–Anita, es tu única oportunidad, yo ya sabré arreglármelas... si hace falta.

–Dije que deseaba ir pronto, pero nunca pensé en hacerlo ya.

–Anita, ese señor es tu salvación, y lo trasladarán en cualquier momento.

–Está bien, compraré el boleto.

–Vamos, yo te acompaño. Aquí no pasará mucho y tampoco estoy de ánimo para atender a nadie, además no les llamaré la atención si no abrimos.

Esa misma noche, Anita partió en un autobús con destino a Arica para encontrarse, el martes dieciocho a primera hora, en la oficina de migración, ante el funcionario que atendía tras una de las ventanillas.

–Don Amancio aún no ha llegado. Y no sé si venga, entiendo que lo han trasladado.

Anita palideció, pero decidió hacerse de una cuota de confianza y paciencia.

–Dígale, por favor, si llega, que lo espero en esa banca.

Media hora después, percibió una figura junto a ella.

–¡Señorita!, ¿es usted Anita?

–Sí, señor... ¿Don Amancio?

–Sígame, por favor.

Entraron a una oficina sin ventanas, con paredes verde pálido, algunos afiches contra la drogadicción, una fotografía del primer mandatario Lagos y un escritorio con dos sillas.

Le ofreció asiento y le pidió que llenara una tarjeta de turista. Después la timbró y se la devolvió.

–Si alguien le pregunta por el pasaporte, diga que lo ha perdido. A mí, señorita, no me conoce. Si me nombra, negaré haberla visto y me encargaré de hacerle la vida insufrible. ¿Estamos claros?

Es un favor que no me gusta hacer, pero viniendo la petición de quien viene, no me puedo negar. Hasta nunca... señorita.

Abrió la puerta y la dejó salir al bullicio.

Anita continuó a Tacna, donde abordó el autobús que la llevaría a Lima.

Nésida no supo de ella hasta el fin de semana, cuando la llamó por la noche para contarle con lujo de detalles su llegada a Lima y las penosas conversaciones sostenidas con sus seres queridos, incluida la mamá de Julio. Luego de colgar, pensó en Samuel y el curso tomado por los acontecimientos, así como en el inconveniente de ser vecinos. Se asomó al balcón y observó el poco movimiento de vehículos, en general buses vacíos que corrían por Carmen, de norte a sur.

Envidió a Anita, hubiera querido ser ella quien estuviera en Perú con su familia por unos días. Recapacitó: no era grata su diligencia, en lo más mínimo. Repasó los acontecimientos vividos desde su llegada con Lucrecia a Arica. Se detuvo al recordar lo ocurrido con Adolfo y Amanda, y se preguntó qué habría ocurrido entre ellos: ¿La buscaría él? De ser así, ¿la encontró? Sintió curiosidad por conocer el efecto de la carta que le había dejado al abandonarlo. Por primera vez adquirió conciencia de estar trabajando y viviendo relativamente cerca.

—Ya pasaré a verlo... Apenas me sienta segura económicamente. —Se tendió sobre la cama y puso la mirada en el futuro, la vuelta de Anita, la patente de alcoholes, la ampliación a restorán y el crío, ¿o niña? Bostezó, cerró los ojos e hizo el intento de relajarse y dormir un rato.

Anita regularizó su documentación en Perú y a comienzos de mayo cruzó hacia Chile, como turista. Llegó a los altos de la calle Carmen el domingo 6, muy temprano.

Nésida la recibió con los brazos abiertos, la convenció de dormir hasta el mediodía, y durante la tarde hicieron planes para el futuro.

De pronto, un personaje ocupó la mente de Anita.

—¿Qué de Samuel?

Nésida dudó: no era buena para mentir y nunca creyó en eso de las mentiras piadosas, pues tarde o temprano se quedaba al descubierto, perdiendo la confianza por parte de las demás personas. Además, Anita era su amiga y no quería perderla. Consideró que lo más atinado era descubrirse y contarle la verdad. Por otra parte, la prolongación de ese silencio delató que algo no andaba bien, de modo que Anita esperó, impaciente.

—Sam volvió al día siguiente que te fuiste, a eso de las siete y media. Calculó muy bien, pues recién había terminado de hacer el arqueo y me aprontaba para apagar las luces y cerrar. Entró de improvisado y me asusté al encontrarme con él a solas, sin conocer sus intenciones. Me pidió permiso para permanecer en el negocio unos minutos y me rogó que lo escuchara. Tuve ganas de despedirlo de inmediato, pero no me atreví, a pesar de encontrarse muy tranquilo. *Deseo pedirte disculpas*, me dijo. Yo permanecí inmutable, mientras él proseguía: *Lo que pasó ayer fue lamentable, creo que todos perdimos los estribos. No todos*, le dije yo; *Anita, a pesar de todo, se comportó muy bien. Si no fuera por ella, tal vez te hubiera matado*. Y entonces me preguntó por qué me había metido, porque yo no tenía nada que ver, que era un asunto pendiente entre tú y él. *Pero estuviste a punto de pegarle, Sam, y en su vientre*, le dije, y él me respondió que no, que nunca hubiera hecho eso, y que no importaba si el niño era o no de él. *Es tuyo*, le dije, y me preguntó si me constaba... Hubiera querido decirle que sí, pero dudé... —Nésida miró a Anita—. Es de él, ¿no?

Anita no respondió, sintió una espina punzar en su garganta, después un ardor en el estómago, y por último, un poco de náuseas.

—Me dijo que te había perdonado por robarle y dejarlo, que te buscó sin resultados, y que si hubiera sido su hijo no habrías arrancado como lo hiciste. Si lo hubieras amado, tampoco...

Anita continuó en silencio.

–Reconoció haber bebido más de la cuenta aquel día y haberse puesto violento, pero que nunca te hubiera golpeado, solo trató de asustarte... *Tú lo viste ayer*, me dijo, *me fui con la cola entre las piernas y aquí me tienes. Pero intentaste pegarle en su guata*, insistí. *No*, me respondió, *solo quise asustarla. Estaba muy molesto, es cierto, pero, ¿acaso lo hice? No*, le dije. *Pero me pegaste a mí, en la cara*. Y él me preguntó si me había dado cuenta de que le había enterrado las uñas en el cuello, y que lo había arañado... *¿Qué querías?*, me dijo, *estabas completamente desquiciada*. Y recordé que no era primera vez que me pasaba. Durante niña, las pocas rabietas que tuve, siempre terminaron de un modo similar. Me enojo muy pocas veces, pero cuando lo hago pierdo los estribos, y debo reconocer que también la dimensión justa de las cosas. Piensa que realmente quería matarlo... Le dije que me sentía confundida, que no sabía qué pensar, y que por favor se fuera. Antes de salir, cuando ya estaba en la puerta, se dio media vuelta y me pidió que recapacitara, porque sabía que me gustaba tanto como yo a él. Que lo habíamos sentido la otra noche y ninguno de los dos estaba fingiendo, que todo eso era un terrible mal entendido, que por favor le diera una oportunidad para demostrármelo. *Vete, Sam, por favor vete*, insistí. Salió triste, cabizbajo, era imposible que estuviera disimulando. Algo en él me conmovió y esa noche prácticamente no dormí.

Se produjo un silencio en la habitación, Nésida se paró de su asiento y caminó un par de veces entre los muros, mientras Anita se mantenía en silencio. Volvió a sentarse.

–Regresó al día siguiente, a la misma hora, y nuevamente al otro. Cada vez me convenció un poco más, hasta que el domingo, me persuadió de cerrar temprano y caminar un rato. Me negué al principio, pero no cedió y logró que yo disminuyera mi escepticismo. De pronto me sentí más que desconcertada, ridícula, y lo acompañé hasta los jardines de Avenida Matta. Esa noche de vuelta, sola, acostada, me sentí más desorientada que nunca. Su gentileza era asombrosa y su comportamiento, muy respetuoso. No me tocó un pelo, tampoco se insinuó. Solo me dio explicaciones, se disculpó, te comprendió y me dijo que esperaba que lo perdonáramos. Después, el lunes y el martes volvió a comprar su almuerzo, y el miércoles, nuevamente me invitó a almorzar. Me rogó, hasta convencerme, Anita, y de repente me encontré en su oficina, como había ocurrido un tiempo antes. Esa noche me invitó a comer afuera, como aquella vez, ¿recuerdas...? Me negué, por supuesto.

Anita levantó las cejas y abrió muy grandes los ojos.

–No te asustes, me di cuenta de lo comprometedor que hubiera sido y no me dejé convencer.

–No, si no me asusto, solo que... me tienes aterrorizada.

Nésida esbozó una leve sonrisa y volvió a su rostro circunspecto.

–No ha logrado convencerme, más bien, te tengo a ti presente todo el tiempo y no podría, pero me muero de ganas... Me gusta demasiado. Lo siento, Anita, soy deplorable.

Las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Nésida y Anita la abrazó.

Nésida se dejó acoger hasta calmarse lo suficiente como para poder hablar.

–Pero hay algo más que debo contarte.

–Nésida, por favor no me digas lo que no quiero escuchar.

–Lo lamento, Anita, pero la regla debió llegarme hace más de una semana.

–¡No puede ser! ¡Tú embarazada! ¡Y de ese tipo! ¡No, no puede ser!

–Anita, yo lo amo.

–Nésida, tú estás loca. ¿Te das cuenta? Loca de remate.

Anita fue quien se paró y comenzó a caminar entre los muros, igual que una leona al interior de una jaula.

–¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Esto es una maldición! ¡Estamos malditas, Nésida, no puede ser!

–Pero lo es y una de las dos no lo puede tener, y como están las cosas, soy yo la que debe abortar y Sam no debe enterarse, por ningún motivo, a menos que...

–No te dejaré hacerlo.

–Espera, no he terminado aún. A menos que me vaya a tenerlo en Lima.

–Tampoco te dejaré hacer eso, sería tu ruina. Si resulta ser de la manera que dices, apechugaremos juntas. En las buenas y en las malas, juntas. Y sácate a ese tipo de la cabeza, por favor, te lo ruego, no lo dejemos que arruine nuestra relación ni nuestras vidas, ya ha hecho suficiente daño, piensa que si tuvo celos conmigo, cómo será contigo.

–¿Qué quieres decir?

–Simple, pues Nésida. ¿Cuántas veces te acostaste con él?

Nésida abrió sus ojos como dos brillantes lámparas.

–Tú sabes que una. Solo una.

–Y él, ¿crees que acepte tanta... casualidad?

–Está bien, Anita, me has atrapado. Tienes razón, me tratará lo más bajo que pueda. Con mayor razón, entonces, no lo debe saber.

Juraron guardar el secreto y Nésida prometió evitarlo hasta que se aburriera de perseguirla.

Se acostó poco convencida de su reciente promesa. Era cortar con algo muy importante. Se sintió desdichada y lamentó no ser lesbiana y estar enamorada de Anita para facilitar su elección y hacer más simples las cosas. Se durmió, dando una y otra vuelta a todo ese engorroso asunto. Por momentos le pareció no ser ella quien lo estaba viviendo.

Al día siguiente despertó temprano y se encontró otra vez frente a su trágica realidad. La mañana pasó rápido, pues hubo mucho que hacer en el negocio, incluso por momentos olvidó lo que le estaba ocurriendo.

De pronto, al agacharse para sacar una fuente, sintió una humedad entre las piernas. ¿Era posible? Corrió al baño, se bajó los calzones y comprobó, extasiada, que la pesadilla había terminado. Nunca en su vida, una regla le había producido tanta emoción y felicidad. Se sintió liberada, dueña de su vida, y se quedó sentada en la taza del escusado un largo rato para tranquilizarse y volver más calmada al trabajo.

Tomó la mano de Anita y la llevó hasta la calle, se alejaron unos pasos y le comunicó el milagro.

Anita respiró profundo, se abrazaron y lloraron.

Esa noche Nésida recordó a Lucrecia, a Bartolo y la historia del embarazo que resultó ser un quiste. Se enteró que no había ido al doctor hasta después de casarse, en parte porque no tenía molestias, y por los preparativos de la ceremonia. Además, no hacerlo hasta tener la barriga crecida, era corriente en el campo. Pero dos semanas después del matrimonio tuvo una hemorragia. Trasladada de urgencia al hospital local, se descubrió la verdad.

La noticia del médico fue en presencia de Bartolo y las dos madres.

–Es un quiste, aparentemente benigno. Hemos controlado la hemorragia, pero habrá que operar y extraerlo. Aunque es de urgencia, no implica gran peligro.

Lucrecia escuchó en silencio y observó la expresión de tristeza marcada en el rostro de Bartolo. Ella también sintió un dolor profundo.

Después de la operación, escuchó la segunda parte, la más difícil.

–Con el quiste... hubo que sacar el útero, lo lamento.

–¿Significa eso que...?

–Sí, pero al menos el quiste parece benigno, de todos modos ha sido enviado para su análisis.

–¿Significa que...?

Su madre la cogió de ambas manos, consciente del dolor que invadía a su hija.

–Sí, querida, significa que no podrás tener más hijos.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Lucrecia.

La madre de Bartolo también quiso aportar una cuota de consuelo, de lo cual se arrepintió de inmediato.

–Eres una chiquilla y lo olvidarás pronto, además no tendrás que preocuparte por las molestias de tu período.

Antonia salió de la habitación para no llorar ante su hija.

El médico la acompañó.

–Es tan niña, doctor.

–Sí, así es. Eso mismo la ayudará a reponerse más rápido de lo que usted imagina.

–No, doctor, de eso una mujer, por joven que sea, nunca se repone. Es una carga para toda la vida.

Y así fue. A pesar de su jovialidad y encanto, nunca lo superó. En sus momentos de soledad, intensificados desde que Bartolo enfermó, la carga se le hizo presente con frecuencia.

Sin notarlo, Nésida fue vencida por el sueño.

Al despertar se sintió libre y saltó de la cama, dispuesta a enfrentar la jornada con todas sus fuerzas.

Mientras Nésida afanaba en la cocina, Anita se dispuso para atender, de manera que cuando Samuel entró para pedir su comida y de paso saludar a Nésida, se encontró con ella.

–¿Qué deseas pedir?

Él escogió su menú, sorprendido de que Anita actuara como si entre ellos jamás hubiera ocurrido algo.

Mientras la joven llenaba la bandeja de aluminio, él se animó a preguntar si podría hablar con Nésida.

–Está ocupada, no puede venir.

–¿Puedes llamarla, por favor?

–No, ahora no. Puedo decirle que si le interesa hablar contigo vaya a tu local, pero aquí, frente a mis ojos, no. Y por favor, no armes un escándalo.

–Está bien, dile por favor que vaya, es conveniente para todos. No sacas nada con evitar que nos veamos. Lo haremos igual, con tu aprobación o sin ella.

–De acuerdo. Aquí está tu pedido. Dirigió la mirada a otro cliente que acababa de entrar.

–¿Qué le sirvo a usted, señor?

Samuel se mordió la lengua y salió a la calle.

Anita sonrió con una extraña sensación de triunfo.

Nésida, molesta, se sintió sometida y manipulada por su amiga. No quería estar escondida, tampoco ser cuestionada, menos perder su libertad. Si se había enamorado de Sam, fue bajo condiciones que no pudo manejar, y si Anita ya nada tenía que ver con él, ni le interesaba, le pareció que era injusto no poder verlo. De vuelta en su piso, se lo planteó.

–Es asunto tuyo, Nésida, solo te digo que estás jugando con fuego; es un tipo egoísta, enfermo de celoso y bueno para el trago, por favor no hagas algo de lo que te arrepentirás para siempre.

–Hemos demostrado ser amigas inseparables, pero la situación se hace muy difícil de sobrellevar y me siento obligada a elegir entre tú y él. Lamentablemente, Sam me fascina, no puedo ni quiero vivir sin él.

–Está bien, eres libre de elegir, créeme que lo lamento, quiero que sepas que si te vas con él, aquí, en caso necesario, tendrás siempre las puertas abiertas, pero como lo has dicho, tienes que elegir: somos él o yo. Sé que no puedo ir contra tus sentimientos, veo que realmente has perdido la cabeza y te quiero. Cuenta siempre conmigo, no importa las circunstancias en que cada una se encuentre.

Nésida casi no durmió esa noche, ansiosa porque llegara lo antes posible el día siguiente para conversar con Samuel y definir los términos de sus futuros.

Por la mañana, una vez abierto el local, se dirigió a su negocio para aceptar la invitación a cenar. Ambos sabían que aquello era un sí incondicional a todo.

Pasadas las siete y treinta de la tarde, la recogió en el negocio y la llevó al restorán de calle Irarrázaval. Comieron, bailaron y después cruzaron enfrente para amarse en privado, igual que la vez anterior, solo que ahora sin el apuro de volver.

Además del vino consumido durante la cena, habían bebido un par de copas de champaña y acababan de hacer el amor.

–Me alegra que te hayas decidido por nosotros.

–Tendré que dejar el negocio y buscar otro lugar para vivir.

–¡Qué! ¿Te ha echado a la calle?

–No así, pero en parte sí, como que he tenido que elegir entre ella y tú...

–A ver, Nésida, aclaremos las cosas: ¿me dices que te has quedado sin trabajo y no tienes dónde vivir?

–Así es, Sam... Bueno, pero puedo vivir contigo, ¿no?

Samuel se paró de un brinco. Se sintió ridículo con sus presas colgando y se puso los calzoncillos.

Nésida se reincorporó nerviosa, y sentada sobre la cama lo miró a los ojos.

–No me dejarás sola, supongo.

–Pero Nésida, nunca hablamos de vivir juntos.

–¿Y qué esperabas de mí? ¿De nosotros?

–Bueno, salir, pasarlo bien... pero no vivir juntos.

–Pero me hiciste creer que...

–Nada, yo no te he hecho creer nada. Eres tú la que anda formándose expectativas construidas en el aire.

Nésida percibió una molestia interior que, conforme avanzaba la conversación, se convirtió en una sensación de intolerancia insoportable, similar a la de aquella mañana en que lo arañó y pateó hasta derribarlo.

Samuel sintió satisfacción por la forma de estar llevando a cabo su venganza y tuvo la tentación de hacérselo saber, a ver qué cara ponía. La observó y aumentó su desprecio por ella. Terminó por decírselo con todas sus letras, saboreando cada palabra a medida que veía descomponerse su rostro.

–¡Maldito! ¿Tu venganza? Me has tomado el pelo hasta agarrarme las vísceras. Apenas lo puedo creer. No, no puede ser...

La sonrisa que había aparecido en el rostro de Samuel se convirtió en una estruendosa carcajada.

Humillada, explotó y, fuera de sí, como una felina furiosa, le saltó encima.

Samuel alcanzó a sujetarla de las muñecas, mientras ella trataba de soltarse para incrustarle las uñas. Le apretó hasta que la hizo gemir. Entonces, la soltó, y sin darle tiempo a reaccionar, le profirió dos bofetadas: una de ida, y otra de vuelta, aún más violenta.

Ella, desnuda, fue a dar de bruces contra el suelo. El cuerpo le temblaba de ira, y en lugar de llorar, se le nubló la mente. Se arrastró hasta la mesa del rincón y se apoyó sobre su cubierta. Se puso de pie y cogió una botella de pisco. Ante el desconcierto de Sam, la reventó contra su cabeza, dándole en medio del rostro. Saltaron los vidrios y el licor lo empapó todo. Un aroma fuerte a alcohol impregnó el ambiente y la sangre brotó a borbotones. De inmediato, sin discernir, con el puño apretado al gollete, arremetió y le enterró lo que quedaba de botella entre las costillas. Sintió el dolor producido por los cortes en su mano, pero ello no evitó que le diera, ciega por completo, un último golpe. Después se vio empapada, toda roja y perdió el conocimiento.

Despertó fuera de sí, gimiendo como una fiera herida de muerte. Amarrada de manos y pies, sujeta por la cintura a una angosta camilla, apenas sintió que le inyectaban un tranquilizante que casi no le hizo efecto. Habló incoherencias entre gritos desgarradores, hasta que sintió el primer golpe de corriente, pues trasladada a una sala especial, le aplicaron tanta electricidad como fue necesario para aquietarla. Sumida en un letargo, solo salió para caer en ataques de pánico y agresividad que obligaron a los especialistas a medicarla con fuertes drogas.

Anita la visitó un par de veces y comprendió que no había cómo ayudarla, pues su locura era su mejor alternativa. Su destino en la cárcel, acusada de asesinato, sin duda era peor.

Vendió el negocio y viajó a Lima para parir allá, lo que no fue bien recibido por sus familiares. Se instaló en un pequeño apartamento hacia el interior y actualmente hace planes para emigrar en busca de nuevos horizontes. El presidente Alberto Fujimori, superado por el sistema, escapó y se espera un recrudecimiento de los movimientos revolucionarios armados. Anita no desea que su único heredero crezca entre tanta miseria. No ha tomado una decisión, pero en eso está. Partirá esta vez, según piensa, por la puerta de adelante.

Quiso contar lo sucedido a la familia de Nésida, pero no supo por dónde empezar y no se atrevió a enfrentarlos. Optó por ubicar a Lucrecia, quien consternada recibió la noticia. A su vez, demoró en llevarla hasta oídos de Rosa, Domingo y sus hermanas.

Un fin de semana, a comienzos de agosto, decidió armarse de valor. Ellos estaban muy extrañados de no recibir durante tanto tiempo noticias de su hija; sin embargo, jamás imaginaron que le hubiera ocurrido algo tan tremendo.

Domingo se pasó las manos por la pelada, como si se arreglara el pelo.

Rosa, por su parte, se cubrió de aquella coraza que se forma alrededor de los sentimientos de las personas cuando se ven enfrentadas a dramas que las superan.

CAPÍTULO XIX

UN ESCRITOR ENTRE FRONTERAS

Mientras Elisa gesticulaba, por su boca las palabras salían rápidas. Aún así eran nítidas, sin atropellarse, y a pesar de la importancia de su contenido, mi mente estaba allí solo en parte, pues divagaba entre Anita, Nésida y los sucesos vividos con ambas.

—¡Es fantástica!

Aquella exclamación me hizo regresar al presente. La observé pasearse de pared a pared y puse mayor atención.

—Nunca esperé tanto de ti. Mis esperanzas estaban centradas en la espectacularidad de una sangría a tajo abierto, y debo reconocerlo, nunca en tu calidad. Me alegra, sinceramente, que hayas vuelto a mí. Fue una gran ocurrencia.

Sus palabras volvieron a alejarse y mi concentración otra vez voló hacia Anita. Su rostro expresaba una especie de nostalgia que la hacía atractiva para mis intereses. Me la imaginé, desde un comienzo, como la llave para entrar en aquel mundo que, pese a mis esfuerzos, me había sido negado.

La conocí junto a Nésida poco antes de trastornarse, y me parecieron, en aquel boliche de la calle Diez de Julio, interesantes de sondear. No estaban al servicio doméstico, tampoco eran meseras, ni coperas. Habían instalado un negocio de comida peruana para llevar y les iba de maravilla, incluso preveían montar un restorán.

Me congracié con ambas sin dificultad: Nésida me cayó en gracia desde el principio, y a pesar de su entusiasmo por Sam, demostró hacia mí un sentimiento recíproco. Me ayudó en forma abierta, agradecida por ser tomada en cuenta para un proyecto que desde un inicio catalogó de maravilloso. Con Anita, a pesar de su estado, desde un comienzo jugamos a coquetearnos, de modo que pronto entramos en una relación de amistad que jamás esperé.

El resultado fue asombroso: entre las paredes de su piso —casi nunca fuimos a otro lugar, porque mis finanzas estaban cada vez más desinfladas □ se abrió un canal de información que me llevó a desarrollar las bases sustanciales de las historias plasmadas en el libro, enriquecidas gracias a la investigación anterior...

—¿Estás escuchando? —Sin esperar respuesta, Elisa se sentó sobre mis piernas. Sentí sus caricias y asombrado la escuché decir sin el menor asomo de vergüenza:

—Hazme el amor y te firmo un contrato, con anticipo y todo.

Se paró, fue hacia la puerta y echó llave. La vi sacarse la blusa y la falda, y de nuevo puso sus nalgas sobre mis rodillas, esta vez a la espera de que yo fuera quien continuara con la iniciativa.

Me costó trabajo arrancar de mi mente a Anita y en especial a Nésida, después del sangriento acontecimiento con Samuel. Acompañé a Anita en todas sus visitas al lugar en que estaba recluida Nésida, y continué haciéndolo con posterioridad a su regreso a Perú. Poco tiempo después, Nésida recobró la cordura; sin embargo, como estar loca era su mejor opción, siguió tomando los calmantes que le daban por la mañana y al acostarse, de manera que sus momentos de lucidez eran relativos. A medida que mis visitas se hicieron frecuentes, su confianza aumentó, lo que permitió que se fiara de mí, permitiéndome ayudarlo para engañar a las enfermeras. Echaba las dos píldoras rosadas en su boca y las aplastaba con la lengua, así el agua escurría hasta su garganta sin arrastrarlas. Después las recogía con los dedos y las guardaba para entregármelas, de manera que las pruebas desaparecieran. De no haber sido por mí, pronto la hubieran pillado. Me narró sus

experiencias y las de Anita, con más detalle aún que las veces anteriores, lo que me permitió aclarar y completar muchos pasajes que habían quedado trancos. Coincidían a plenitud, lo que me condujo a creer sin reparos la historia de Lucrecia. Todas esas insólitas aventuras parecían adquirir vida propia en la boca de Nésida, y de a poco las plasmé a través del teclado de mi computadora.

—¿Se puede saber en qué piensas? Pareces estar en otro lugar. —Sin esperar a que le diera una respuesta, Elisa tiró de mi camisa con tal fuerza, que saltaron algunos botones.

Entonces la observé con detención. La cubrían, apenas, sus pequeños calzones. Lo de los botones le hizo gracia, y sin importarle mi asombro, terminó por arrancar los últimos. De inmediato intentó hacer lo mismo con mis pantalones, pero le retuve las manos y me los saqué a la carrera, quedando en una facha similar a la suya. Entonces volvió a sorprenderme. Parada, sin pizca de vergüenza por su torso desnudo, giró una parte de la biblioteca y apareció el interior de un pequeño refrigerador. Sacó dos vasos fríos, cogió algunos hielos y vertió unos chorros de whisky.

Su figura me pareció bien. Sus pechos me gustaron aún más que antes. Parecían armados por un sostén imaginario. Supuse que en algún momento, quién sabía cuándo, se los habría operado. Sentí deseos de tocarlos, apretarlos y saborearlos.

Alargó su mano con uno de los vasos.

—Por nosotros... y por este escritor metido entre fronteras.

Me quedé con el mío en camino a chocar con el suyo.

—¡Espera, has dado en el clavo!

Me miró extrañada, pero no habló.

—Eso, eso es... has encontrado el título perfecto, brindemos por ello. ¡Un escritor entre fronteras! —Juntamos los vasos y bebí un largo trago.

—¿Sabes? Entre fronteras, así pelado, suena mejor. Es más limpio, más directo.

—Mira, me he tomado la libertad de escribir cuatro capítulos adicionales.

Su rostro no ocultó la sorpresa ni la curiosidad.

Alargué la mano y le entregué algunas hojas.

—Ahí está, es corto, puedes leerlo si quieres.

Tomó asiento ante su escritorio y puso frente a sí los papeles.

Leyó, me miró, volteó la página y continuó. Volvió a mirarme sin hacer comentarios y siguió con la lectura.

Mientras tanto, me entretuve con las diferentes expresiones de su rostro, además de lo ridícula que se veía leyendo casi desnuda.

—¡Esto es una locura! ¡Es descabellado! ¡Te has vuelto completamente loco!

No pude evitar que mi sonrisa se convirtiera en risa.

—Y más encima te ríes.

En la televisión se llaman... ¿chascarros, cámara oculta, tras bambalinas?

No estoy para bromas. Estás demente si piensas que publicaré esto.

¿Por qué no? A mí me parece encantador.

Para ti lo será, pero... ¿y cómo quedo yo?

Es una novela, Elisa, una novela. Nada en ella tiene por qué ser cierto... Y quedarán con la incertidumbre de que pudiera serlo. Por otra parte, tú y yo tendremos para siempre de qué reírnos, cómplices... será nuestro secreto.

—Un secreto bastante poco secreto.

—¿Desde cuándo tienes ese tipo de escrúpulos?

–No tengo por qué andar venteando mi intimidad.

–No, si soy yo el que lo hace, y no veo qué tanto te complica aparecer como una persona normal. Además, no fuiste tú la que me pidió que le pusiera un poco de pimienta adicional.

–A mí me parece que fuera ají peruano... –Sonrió–. ¡Un escritor entre fronteras! Mmh, debo reconocer que suena bien, pero igual me gusta más “Entre Fronteras”.

Me mantuve en silencio. Estaba digiriendo la proposición, un buen síntoma. No sería raro que me diera en el gusto e incluyera aquella licencia que me había tomado.

–Está bien, espero no arrepentirme, pero insisto, me gusta “Entre Fronteras”.

Dejó caer dos cubos de hielo y otro chorro de whisky en ambos vasos, levantó el suyo, me conminó a hacer lo mismo y bebimos para festejar, esta vez al seco.

Yo accedí a su propuesta de título, y una vez insertos los nuevos capítulos, mientras se resolvían algunos asuntos de la edición, se puso en acción para esbozar la continuidad de mi flamante carrera de novelista, proponiendo un nuevo tema: la infidelidad.

Nunca he sabido si lo hizo a propósito. Material me sobraba, pues era cuestión de echar mano a mi propia historia, que bastante relacionada con ella, sin duda se la haría muy interesante.

Me resistí, pero no era una mujer fácil de convencer cuando se le fijaba una idea entre ceja y ceja.

–La editora soy yo, y tú, si quieres estabilizar tu consagración, deberás hacerme caso. Siéntate frente a la pantalla de tu computadora y escribe lo que yo te sugiera.

–Pero ni siquiera sé por dónde empezar.

–No seas cínico.

–Elisa, no querrás desenterrar historias poco gratas, ¿no?

–Sí, destaparé cualquier cosa en bien de la literatura.

–¿Aunque ello nos arruine?

–Aunque nos lleve al mismísimo infierno.

–Pero nuestra relación es lo más importante, de manera que no escribiré algo que de una u otra forma nos perjudicará.

–Sí lo harás, de lo contrario, olvídate de mí.

–Pero Elisa, fijate en lo que pides.

–Es nuestro destino, además, no pretenderás que te mantenga, ¿no? Tu deber es entregarte a los lectores, aunque en ello se te vaya la vida.

Volví a ceder, el mango de la sartén aún estaba de su lado. Horas después, sentado ante la pantalla de mi computadora, abrí una nueva página de Microsoft Word y “Entre Fronteras” quedó en el pasado, aunque mis amigas peruanas nunca desaparecerán de mi memoria, ni Nésida de mi vida.

He planeado un viaje a Lima y de paso a Huaral. Espero conocer a los demás personajes de aquella novela y entregarles alguna noticia positiva respecto a Nésida, aunque de momento, su túnel no tiene salida. Su otra opción es cadena perpetua. En su lugar, tampoco dudaría en mantener su actual condición, aunque igual su destino es ser una muerta en vida.

Por mi parte, le hago creer que sigo escribiendo la novela, pues es lo único que la mantiene viva. El día que le comunique haberla terminado, temo que decida acabar con su vida. Por eso ruego a mis queridos lectores que si por algún motivo, debido a una de esas lujosas excentricidades que a veces nos juega el destino, ocurriera que alguno la conociera y tuviera la oportunidad de conversar con ella, por ningún motivo le haga saber que ha sido terminada... menos, por supuesto, publicada.

Muchas gracias.

Esta tercera edición
terminó de ser revisada
el 14 de febrero del 2016